Domenico Starnone

El error

Lumen

El error

Domenico Starnone

Traducción del italiano de
Celia Filipetto

Lumen

narrativa

Sábado

1

Fue una tarde complicada. Livia, mi mujer, estaba en Génova en un congreso sobre el envejecimiento precoz, nuestros tres hijos (de diez meses, tres y cinco años) tenían sus exigencias, a mí me apremiaba Claudia, con la que escribía guiones sobre las aventuras de la arquitecta Sarcante. Cuando no encontraba los pañales para Giulio o el muñeco de Nilde o, qué sé yo, la pulsera de Sara, mandaba mensajes a Livia; y si Claudia necesitaba algún dato para las escenas que estaba escribiendo, rebuscaba en mis apuntes, en algún libro, le enviaba nombres, fechas, lo necesario. La cuestión es que en un momento dado me encontré con que Nilde chillaba porque se habían terminado sus galletas y quería otras enseguida; Claudia no se acordaba de cómo habíamos decidido llamar a la nueva amante de la arquitecta; mi mujer, aunque de tanto en tanto le tocaba intervenir, me contestó con su paciencia habitual: el otro paquete de galletas está en el cajón de debajo del fregadero; y yo —fueron apenas unos instantes, pero fatales— le escribí a Claudia el nombre del personaje: Tea, y a mi mujer, con gratitud: te quiero, y a continuación resolví lo de las galletas y le di una a Nilde que, durante un momento, se calmó. Pero después —sí, sí, después— llegaron las consecuencias, implacables. Mi mujer me escribió: ¿quién es Tea? Y al cabo de un minuto apareció el mensaje de

Claudia acompañado de una carita entusiasmada y dos corazones rojos: por fin te has decidido, yo también te quiero.

Los segundos pasaron muy lentos, la que había liado. En ese momento, Giulio lloraba, Nilde quería más galletas y, como yo tardaba en obedecerla, a modo de protesta se metió debajo de la cama; enfurruñada, Sara se puso a dibujar pese a que no encontraba el rotulador verde. Pero en esa ocasión los ignoré a los tres y me concentré en el teléfono. Tranquilo, me dije, es un contratiempo banal. Sin embargo, fuera o no un contratiempo, había que reaccionar enseguida, el hecho de tardar en corregirme estaba complicando la situación, y me dispuse a remediarlo. Con mi mujer fue fácil, le escribí: me equivoqué, el mensaje era para Claudia, necesitaba el nombre de un personaje. Pero ¿qué debía escribirle a mi colega? Miré fijamente aquellas pocas letras, *yo también te quiero*, y no me lo podía creer. O tal vez sí. Me acordé de un amigo común, Carlo, un señor con bastante experiencia, mucha autoridad y perspicacia, que apenas unas semanas antes me había dicho sin ironía, es más, casi emocionado: cuánto te desea esa mujer. Yo había reaccionado riéndome —qué dices, solo faltaría, como mucho lo que Claudia quiere es que trabaje un poco más—, y el comentario me entró por un oído y me salió por el otro. Pero en ese momento tuve que reconocer que Carlo, como siempre, había acertado y me apresuré a escribir: perdona, Claudia, el mensaje era para mi mujer, cada vez que la molesto cuando trabaja, añado un te quiero para que no se enfade.

Antes de enviarlo, sin embargo, el retrato caprichoso de una mujer esperando en el cuartito donde nos reuníamos a menudo para trabajar se me había dibujado nítidamente en la cabeza, y entonces

la vi sentada ante el escritorio de siempre, repleto de libros, con el móvil en la palma de la mano, segura de que recibiría pronto a saber qué otras palabras apasionadas. Me sentí culpable. No podía hacerme el desentendido y zanjar el tema con un par de líneas descuidadas. Sabía incluso demasiado bien el tipo de mujer que era Claudia, seguramente no de las que tendían a los trinos seductores, las carantoñas, las frivolidades. En nuestra relación no había ningún rasgo, ni por mi parte y mucho menos por la suya, que sugiriese ni por asomo una inclinación sentimental. Por no hablar de caritas amarillas y corazones rojos, que a mí al menos nunca me había mandado. Si me había contestado de ese modo, no podía escabullirme como si nada.

Por ello, mientras los niños me notaban distraído y hacían cosas insensatas para captar mi atención, me dio por pensar que podía fingir que había atribuido al mensaje de Claudia —*por fin te has decidido*, *yo también te quiero*— un tono irónico, como de quien capta el error y se lo toma a pitorreo. Pensé en escribirle: haces bien en tomarme el pelo, qué idiota soy, perdona, naturalmente ese te quiero era para Livia. Pero esa solución tampoco me pareció adecuada. Claudia sabía escribir bien y, como reacción a un empalagoso te quiero, habría prestado atención al formular frases con inequívocos tintes irónicos. Encima, lo que faltaba, ¿ironías ella, sobre esas cosas? Me habría dicho fríamente: llevamos dos años viéndonos casi a diario y no te has enterado de cómo soy. Así que mejor no contestar, concluí, apremiado por mis hijos, y me disponía a dejar el móvil en un estante de la librería al que Nilde no habría llegado ni encaramándose a una silla, cuando volví a cambiar de

idea. Si no respondo, pensé, la hiero aún más. De mala gana me decanté por una carita sonriente.

2

Eso no me tranquilizó. Claudia y yo nos habíamos conocido a través de la arquitecta-detective Sarcante, protagonista de una serie de televisión ideada por ella, serie afortunada que ya iba por la tercera temporada y en la que, a partir de la segunda, me llamaron para colaborar. Claudia había resultado ser una persona imaginativa, construía tramas con gran habilidad y dedicaba al trabajo todo el tiempo que quería, aunque tuviera una niña de seis años muy simpática y un compañero igual de simpático —pensándolo bien, había más amistad entre él y yo que entre ella y yo—, abogado ocupadísimo que, por lo tanto, apenas prestaba ayuda en casa.

Era amable y abierta, trabajar con ella me resultaba fácil. Claro que a veces había visto en ella una oscuridad de fondo y notado cambios de humor, pero todo se había mantenido siempre bajo control, sin arrebatos de rabia, sin confidencias, sin quejas de mujer afligida. Solo cuando los productores incordiaban demasiado o el mundo reaccionaba mal a nuestro trabajo, sacaba a relucir una determinación para la lucha que en cierto modo me daba angustia. Por poner un ejemplo, cuando al final de la segunda temporada un juez interpuso una querella contra todos —productor, guionistas, director, autor de la música— porque se había sentido involucrado en una escena de justicia manipulada, yo me preocupé y ella no; es

más, al encarar la tercera temporada quería echar más leña al fuego. Eso sí, no tenía nada que ver con el gélido placer de las luchas auténticas, se veía claramente que le costaba bastante esfuerzo. Pero cuanto más se esforzaba, más notabas que era imposible conseguir que desistiera. ¿Una mujer así habría lanzado aunque fuese un solo suspiro sin aquel te quiero mío? No, debía darle una escapatoria que le permitiese salir del paso con dignidad, sobre todo porque tendríamos que seguir trabajando juntos.

Miraba continuamente el móvil para ver si Claudia me mandaba más palabras caritas corazones, a la vez que me peleaba con Sara y Nilde, que querían apoderarse de él. Al cabo de un rato me convencí de que los efectos de aquel contratiempo se habían agotado milagrosamente y que, de haber quedado alguna secuela, lo habríamos hablado entre bromas cuando el trabajo nos hubiese obligado a vernos otra vez. Cosa que no ocurriría de inmediato, considerando que era sábado y Livia regresaría el lunes.

Ese lapso prolongado —tiempo suficiente para que la cosa se diluyera— me tranquilizó. Además, debía ocuparme de los niños, tres hijos pequeños dan mucho trabajo y me costaba lo mío, sobre todo con Sara y Nilde. La primera fingía ser la madre de Giulio e insistía en llevarlo en brazos de cuarto en cuarto aunque pesara lo suyo. La segunda intentaba quitárselo porque no quería seguir siendo hermana para siempre, ella también aspiraba a ser un poco madre. Y cada vez que las obligaba a llegar a un acuerdo, no tardaban en romperlo. De modo que para protegerme al menos un poquito del nerviosismo y el aburrimiento, acabé volviendo al mensaje de Claudia y tuve que reconocer que aquellas pocas palabras, sumadas a la ansiedad, habían sido para mí una sacudida de satisfacción. La

ansiedad se había atenuado ya, pero la satisfacción comenzaba a ganar terreno —mira tú por dónde, qué cosas me pasan—, se estaba reforzando. Dediqué de modo más o menos consciente buena parte de la tarde a pensar en Claudia no solo como compañera de trabajo, sino también como mujer con cuerpo de mujer.

Sin embargo, no tardé en darme cuenta de que en la cabeza no guardaba más que una especie de nube gris de rasgos someramente femeninos y, para colmo, deshilachados por el viento. Habría podido dibujar con cierta precisión —la ilustración se me da bastante bien— sus ojos vivaces, la nariz delicada, la frente muy amplia, los pómulos altos. Pero no recordaba la boca, el cuello, las caderas, la forma del pecho o de las nalgas, las piernas. Con estupor e incluso una pizca de incredulidad —imposible, te estás mintiendo, pero si hasta habéis ido de vacaciones a la playa, tú con tu familia, ella con la suya, alguna mirada le habrás echado—, concluí que jamás había pensado conscientemente en ella como una posible fuente de placeres sexuales.

¿Era uno de esos que no se entusiasmaba especialmente con las mujeres? No, me habían gustado las mujeres desde los trece años, hasta el punto de que durante mucho tiempo no tuve otros intereses. Explorar sus cuerpos con devoción era lo que me procuraba más dicha. Pero cuando cumplí los veinte años, al aumentar la conciencia de ser casi siempre capaz de atraer a quien me atraía, me había vuelto vulgar y expeditivo, hasta el punto de que acabé metido en historias bastante feas de las que todavía me avergonzaba. Después, por suerte, me pasó lo que en general suele pasarle incluso a los más irresponsables. A los veinticinco años, en el más gris de los edificios universitarios donde aún me demoraba —un

año de ingeniería, dos de arquitectura, dos de letras modernas e incluso un inútil y costoso curso de escritura—, conocí a Livia, y me enamoré de ella hasta tal punto que aquello que antes había llamado *enamorarse* resultó que era muy distinto de lo que descubrí con ella.

Así pues, fin de una enrevesada etapa de la existencia. Livia y yo nos habíamos ido a vivir juntos, habíamos llevado una intensa vida social, no terminé ninguna carrera, me dediqué a los trabajos más variados, contribuí a traer al mundo a los dos primeros hijos y, recientemente, nos casamos para celebrar la llegada del tercero, Giulio. En fin, que los años pasaron volando —una docena—, pero ninguna otra mujer, absolutamente ninguna, había vuelto a atraerme. En una hipotética charla entre hombres, si alguno especialmente bruto me hubiese preguntado si mi compañera de trabajo tenía el pecho abundante, normal o escaso, o el culo en forma de mandolina o de guitarra, le habría contestado: amigo mío, qué quieres que te diga, ni idea. Y probablemente, sin aquel error tan banal, Claudia habría seguido siendo a mis ojos poco más que una inteligente y fantasiosa damajuana, un vidrio enfundado en mimbre ennegrecido, con el cuello verde oscuro.

3

Con la cabeza todo el rato en otra parte, recogí mecánicamente los juguetes esparcidos por la casa, preparé la papilla para Giulio y le di de comer. Cuando se quedó lleno —aunque nunca se quedaba

realmente lleno— y se puso a jugar con uno de sus perritos, bastante estropeado, las niñas irrumpieron en la cocina, requirieron toda mi atención, ellas también tenían hambre. Sumando desorden al desorden, entre risas y bromas me ayudaron a preparar nuestra cena.

Su madre hizo la videollamada de las buenas noches cuando los cuatro ya estábamos en pijama, resignados poco a poco al sueño, en mi caso fingido; en el de ellos, cada vez más en serio.

Livia hizo que cada una de las niñas le contara cómo había sido el día. Giulio, que ya dormitaba, se despertó al oír a sus hermanas decir mamá, dejó escapar balbuceos de lánguida nostalgia y volvió a dormirse entre mis brazos. Solo cuando con mil precauciones encontré la manera de meterlo en la cama, solo cuando Sara y Nilde decidieron poner fin a la comunicación y acostarse, conseguí escabullirme hasta la sala de estar para llamar a mi mujer y preguntarle qué tal había ido su presentación.

Muy bien, dijo, pero habría dicho muy bien aunque la presentación hubiese ido mal. Livia es una mujer que está siempre de buen humor, en parte porque esa es su naturaleza, en parte por autodisciplina. El descontento le molesta y casi siempre consigue borrarlo en ella y atenuarlo en los demás. Le habían hecho muchos elogios, me contó, muchas preguntas, casi todas estimulantes, de las que se derivó un debate sumamente útil. En ese momento se encontraba en Albaro, cenando con unas veinte personas en un restaurante con vistas al mar, estaba algo achispada. Yo la quería por su alegría de estar en el mundo y por mil cosas más. Se lo dije, me contestó que le mentía, luego quiso conocer cada detalle, sobre todo de Giulio, y me preguntó si había novedades.

Yo vacilé.

Estuve a punto de contarle, divertido, mi metedura de pata. Era la cosa más natural que podía hacer, nunca le había ocultado nada. Imagínate —estuve a punto de decirle— que ese te quiero que te escribí a ti acabé mandándoselo a Claudia. Sin embargo, me contuve. Con frivolidad, podía llevar adelante sin problemas mi historieta, pero ¿y después? ¿Qué hacía con la respuesta de Claudia? Ellas dos tenían una buena relación, a veces habían ido de compras juntas, la niña de Claudia se había encariñado mucho con Sara, de modo que, con vergüenza, con pena, no me atreví. Dije: no, ninguna novedad. Después me corregí con desenvoltura, sí que había una novedad: había llamado Carlo, se había invitado para el día siguiente por la noche.

—¿Sabe que estás solo con los niños?

—No, no se lo he dicho.

Carlo era un amigo nuestro, el que me había comentado que Claudia sentía algo por mí, un viejo escritor bastante conocido que tiempo atrás incluso había dirigido un par de películas. Lo conocimos porque Alberto, el abogado, pareja de Claudia, se había ocupado de algunas injusticias fiscales cometidas contra él y se habían hecho amigos. Livia se había enterado de esa amistad y, como conocía buena parte de los libros de Carlo y le gustaban, le había insistido a Alberto para que se lo presentara. La pareja de Claudia se puso enseguida manos a la obra y organizó una cena en la que, sin embargo, al principio nos sentimos algo incómodos, Carlo tenía un aura que intimidaba. Pero el clima no tardó en mejorar gracias a la vitalidad de Alberto y, sobre todo, a la capacidad de mi mujer de salvar hábilmente todos los obstáculos. De ese modo yo también

llegué a ser menos huraño y le caí bien al viejo. Conversamos toda la velada con placer mutuo, y después la relación se fue consolidando. Ahora me llamaba a menudo, se pasaba por casa con frecuencia. Y naturalmente Livia estaba contenta, Carlo era una persona que no se daba aires, tranquilizaba tanto con sus formas como con su tono. Aun así, pese a la estima que yo le tenía como escritor, en ocasiones lo consideraba inoportuno: se ocupaba demasiado de nuestros asuntos, a menudo soltaba comentarios incómodos, se invitaba a comer o a cenar sin pensar que teníamos tres hijos pequeños muy exigentes. Subrayó:

—Es de los que tienden a quedarse hasta tarde.

—No te preocupes.

—Acabarás por olvidarte de todo.

—De mis hijos no.

—¿Y de mí?

—Ya me gustaría, pero no puedo. Te quiero aquí enseguida, tengo un dolor en el estómago, estás preciosa.

No exageraba, mi mujer estaba realmente preciosa. Y no solo lo pensaba yo, que estaba enamorado de ella, lo pensaban todos, hombres y mujeres. La vi, allí en Albaro, rodeada de expertos deslumbrados por aquella inesperada mezcla de inteligencia, buen humor y espléndido aspecto. Nunca entendí por qué se había dejado cautivar precisamente por mí; ella con una carrera fulgurante, y yo, lento, algo indolente, dado a muchas artes pero desaplicado en todas, reducido al trabajo gris de guionista, para colmo de males precario y cada vez peor pagado. La llamada, en el apartamento por fin en silencio, no tardó en convertirse en un susurro de amor. Hasta

que, justo cuando Livia me decía que tenía que colgar —estaban sirviendo el postre—, el teléfono vibró, miré la pantalla, era Claudia.

¿Me estaba llamando un sábado a las diez y diez de la noche? No era propio de ella, que se preocupaba excesivamente por los horarios y evitaba aquellos en los que podía molestar; la anomalía me inquietó. Por instinto traté de entretener un poco más a Livia, el tiempo suficiente que habría llevado a mi compañera de trabajo a renunciar a la llamada. Pero entretanto unas voces masculinas y femeninas habían comenzado a llamar a mi mujer con un pequeño coro de estadio, y ella se despidió riendo y colgó. En mi pantalla continuaba el nombre de Claudia, insistente.

Seguro que su hija dormía, era improbable que Alberto siguiese en el bufete, la madre anciana de él vivía con ellos y ya debía de haberse retirado a su cuarto. Era el momento de las distracciones en pareja, la televisión, las charlas, algo de amor. ¿Por qué me llamaba? ¿Tenía problemas muy urgentes con la arquitecta Sarcante? O, lo más probable, ¿buscaba de mí palabras que confirmaran y ampliaran aquel te quiero?

Para saberlo tendría que haberle contestado, pero no lo hice. Porque, en un rápido destello, me vino a la cabeza el momento en que, tal vez a principios del verano anterior, estábamos trabajando en su estudio diminuto y ella, que llevaba una blusa blanca sin mangas, se apoyó en el respaldo de la silla bufando aburrida, levantó los brazos delgados entrelazando las manos detrás de la nuca y me reveló el hueco de las axilas, apenas sombreadas de azul. Mientras el nombre de Claudia desaparecía por fin de la pantalla, pensé: ahí tienes un detalle de su cuerpo, algo que noté en estos dos años, a saber cuántos fragmentos así tengo en la cabeza y yo

sin saberlo. Asombrado, le escribí enseguida: ahora no puedo, los niños siguen despiertos, mañana hablamos. Un instante después contestó: vale.

Domingo

4

Recogí la cocina, me preparé para acostarme. Poco antes de la medianoche Giulio se despertó, le di el biberón, volvió a dormirse. Empezaba a hacer frío, pero aún faltaban unos días para la fecha en que se podía encender la calefacción y la casa estaba helada. Por la noche, Nilde y Sara se destapaban, pero si Nilde parecía invulnerable, Sara siempre estaba resfriada. Remetí cuidadosamente las mantas, sobre todo las de ella, y por fin me fui a la cama. Estaba convencido de que pasaría las horas dando vueltas y más vueltas, pensando en qué decirle a Claudia a la mañana siguiente, pero mis hijos me habían dejado tan cansado que me dormí enseguida.

A las seis y media, sin embargo, ya estaba despierto. No había escapatoria, el recuerdo de Claudia y de la llamada telefónica permanecía a la espera. Intenté distraerme escuchando el resumen de prensa con el volumen muy bajo. Ninguna sorpresa, las noticias del día corroboraban que el gran capital de Occidente se estaba dotando de estructuras políticas neoautoritarias con el fin de ganar una guerra global aterradora contra las antiguas estructuras políticas autoritarias del gran capital de Oriente. Abrí la ventana poco antes

de las ocho —los niños seguían durmiendo profundamente— y me encontré con un día frío, ventoso, de un azul muy claro.

Livia me telefoneó a las ocho en punto. Habló del pésimo desayuno del hotel, del aburrimiento de la recta final del congreso, de un par de citas que tenía por la tarde con una colega francesa y otra inglesa, de la tremenda jaqueca que tenía. Concluyó: aquí está nublado, pero si ahí hace buen tiempo saca a los niños, por favor, que es domingo. Era domingo, en efecto, lo recordé de golpe, y tomé nota, aliviado. Claudia dedicaba ese día por completo a su familia, y lo hacía con un rigor tal que, aunque estuviéramos con el agua al cuello, los domingos no encendía el ordenador, no escribía ni una línea. Pensé: quizás cuando dijo vale no se acordaba de que hoy es domingo; será mejor que no la moleste, si le urge hablar conmigo, me llamará.

Puras excusas, naturalmente. Solo buscaba un buen motivo para no enredarme yo solo en una red de verbos sustantivos adjetivos que, si no conseguía controlar con firmeza, me habrían limitado aún más. O tal vez no, es difícil comprender qué es lo que realmente tiene uno en la cabeza. Lo que sí tenía claro era que no me apetecía telefonear, pero por si acaso tenía el móvil al alcance de la mano. Una llamada de Claudia me habría alterado, sin duda, y pese a ello me parecía un destino a cuya fuerza acabaría rindiéndome finalmente con placer.

Cuando me convencí de que la tramontana y el sol habían alcanzado una combinación tolerable —tenía miedo por Sara, el aire frío podía agudizarle la tos— obedecí a Livia, abrigué bien a los niños, los senté en el coche, metí el cochecito en el maletero y me los llevé a Villa Torlonia. Vivíamos en un feo edificio a la altura de la

Batteria Nomentana. Era un trayecto breve que conocía a la perfección, lo hacía a menudo para que mis tres retoños tomaran el aire, como si el de Villa Torlonia no estuviera prácticamente tan contaminado como el de la transitadísima via Nomentana que pasaba a su lado. Mientras recorría calles amarillentas —en otoño Roma entera parece un cúmulo de piedras de color ocre—, Giulio en su sillita no paraba de berrear, entretenido por sus hermanas que, con el fin de calmarlo, lo irritaban aún más.

Como era habitual, me costó encontrar aparcamiento, pero a fuerza de dar vueltas tuve suerte en la via Musa. Las niñas soltaron vivas, Giulio se calmó. Lo senté en el medio de transporte que más le gustaba, el cochecito, y nos fuimos hacia la entrada de la Villa tras alcanzar un tormentoso acuerdo: Sara empujaría el cochecito por el lado derecho, Nilde lo haría por el lado izquierdo y yo vigilaría el centro. Seguimos así, en fila, con otros grupitos de familias hasta que, por sorpresa, al final de la calle aparecieron Alberto, el compañero de Claudia, y su hija Abigail.

—Abi —gritó Sara, entusiasmada.

La contuve, quería salir lanzada. Se soltó, corrió al encuentro de su amiga dejando el cochecito a Nilde. Miré alrededor para comprobar si también estaba Claudia, pero no la vi. Quizás ha dejado que Alberto y Abi se apearan, supuse, y está buscando aparcamiento. Pero lo descarté, ella conducía rara vez y, de haber querido hacerlo, Alberto no se lo habría permitido, era de esas personas que tiende a ponerse al volante incluso en coches ajenos. Lo saludé con alegría sincera —hola, menos mal, así las niñas están juntas un rato— y me pareció que él también estaba contento, podíamos repartirnos la carga de los hijos. No sé exactamente

cuántos años tenía, tal vez unos diez más que Claudia, pero rebosaba energía y unas ganas de llevar el peso del mundo que a mí me faltaban desde hacía mucho. Más alto que yo, y eso que yo era alto, tenía una constitución maciza de remero, unos rasgos faciales definidos, una generosidad que, como abogado, lo impulsaba a comprometerse en mil iniciativas humanitarias. En fin, admirable, y como su activismo lo llevaba a trabajar incluso en días festivos, era raro verlo con su hija.

Alabamos el bonito día —fresquito, pero qué sol más bueno—, y enseguida se puso a hablar de política —todo estaba empeorando, la pobreza generalizada, las guerras locales siempre numerosas, la matanza de inocentes, el planeta, empujado a la podredumbre por la lógica del lucro desmedido, ¿has visto la que montó ese, te has enterado de lo que declaró aquel otro?—, y yo asentía cada vez, aunque a diferencia de Alberto que, en general, tenía opiniones bien razonadas, en las encuestas yo me identificaba desde hacía tiempo con el grupo malhumorado de los no sabe/no contesta. Al final le pregunté:

—¿Y Claudia?

—Dijo que tenía que trabajar.

—La culpa la tengo yo, porque Livia está en un congreso en Génova. Lo siento, os he fastidiado el domingo.

—La culpa la tiene esa arquitecta vuestra.

—Sí, Claudia se trabaja muchísimo el guion.

—Tú también.

—No, ella más. Sarcante es una invención de Claudia, yo trabajo en los personajes menores y las tramas secundarias.

—No sé, os veo siempre con cara de estar en otro mundo.

—Tal cual, pero en el fondo nos esforzamos inútilmente. Los directores y los actores hacen lo que les viene en gana, los guionistas no contamos para nada.

Seguimos así un rato hasta que me empezó a vibrar el móvil en el bolsillo de la cazadora. Podía ser Livia, pero temí que fuera Claudia. Perdona, dije mirando a Alberto y le di la espalda con brusquedad, era precisamente Claudia. Cuánta insistencia, y nunca en el momento adecuado: el día anterior se había colado en una conversación con mi mujer, ahora se colaba en mi conversación con su compañero. Normalmente habría exclamado: es Claudia, y habría contestado. Sin embargo, me quedé mirando el móvil como hipnotizado, con pensamientos inconexos cruzando por mi cabeza: de veras me necesita para continuar con el trabajo; se ha quedado en casa adrede para llamarme en secreto. Entretanto me alejé unos pasos, sentí la tentación de soltar un imprudente dígame en voz baja, esperé a que hablara ella. Pero después me tocaría a mí, y qué habría podido decirle en esa situación, a pocos metros de Alberto, Sara y Abi, que chillaban de alegría en el columpio, y Nilde, que ya protestaba porque *esas* se habían compinchado y la excluían. No, como mucho habría conseguido susurrar: estoy en Villa Torlonia, también está Alberto; con el riesgo de que contestara, humillándome: ¿qué problema hay? Solo quiero consultarte algo del guion, ni siquiera nos hemos explicado y ya estás jugando a convertir la relación en clandestina, de verdad, qué tonto eres. Así que rechacé la llamada diciendo para mí mismo, aunque en voz lo bastante alta para que Alberto me oyera: plastas.

Qué mal me sonó aquella palabra. Sentí vergüenza de hablar así de Claudia. No se lo merecía, en general era una persona con mucho

tacto, le había tomado cariño incluso por sus inflexibles buenos modales. De qué podía culparla, era yo quien había puesto en marcha aquella situación. Entretanto —no había manera— la imaginación corría, ya me estaba prefigurando un domingo no muy distinto de ese, quizás al cabo de dos o tres semanas, o cerca de Navidad: Abi y Sara en los columpios; yo hablando con Alberto de la situación del mundo; Claudia y Livia un poco más allá conversando sobre cine, teatro, trabajo; y detrás de aquella fachada de familias idílicas nosotros dos ya éramos amantes, nuestros encuentros clandestinos a saber dónde, en un hotel, en la casa de un conocido. Ah, qué tontería incluso esbozar deprisa una situación tan trivial, basta, basta. Me concentré en Nilde, que corría hacia mí llorando, y me disponía a acudir a su encuentro cuando el móvil de Alberto sonó con un potente timbrazo.

Contestó enseguida, serio, mirando fijamente la grava. Me retiré unos metros en parte para mostrar discreción, en parte para gritarle a las niñas: por favor, Sara, Abi, dejad a Nilde jugar con vosotras, pero en realidad agucé el oído para saber si Claudia, tras haberme llamado a mí, lo había llamado a él. Alberto estaba diciendo: todo bien, sí, hablé con Fiorillo, mañana viene a echar un vistazo. Y pensé: es una llamada de trabajo, aunque sea domingo. Pero él prosiguió: Abi se ha tranquilizado, ahora está muy bien, se ha encontrado con Sara. Entonces no, pensé, no es una llamada de trabajo, es Claudia. De hecho, Alberto miró hacia donde yo estaba y dijo:

—Está aquí, ¿quieres que te lo pase?

Sonreí mostrándome disponible, a pesar de que Nilde me tiraba de la mano y protestaba. Pero Alberto, después de algún sí, añadió:

como quieras, de acuerdo, y colgó con cara de insatisfacción.

—Hay que tener paciencia —dijo.

—¿Pasa algo?

—No, todo bien. Pero cuando trabajáis con tanta angustia no resulta fácil, se vuelve irritable e irritante.

—La culpa la tengo yo —repetí.

—Anda, qué va, estás siempre más que pendiente, es ella la que exagera. Le dije: sal, que te hará bien, además, a la niña le gusta. Ni caso, y ahora tiene jaqueca, quiere dar una vuelta, tomar el aire.

¿Una vuelta? Vivían en Città Giardino, ¿por dónde quería dar una vuelta, por Montesacro? ¿O tenía intención de ir más allá, enfilar la Nomentana y recorrerla entera hasta Villa Torlonia, mientras el viento arrancaba hojas amarillentas a los plátanos? Eran cuarenta minutos a buen paso y menos de veinte en autobús. Me entraron los nervios, temí que Alberto lo notara, le dije a Nilde: quédate con papá, que nos divertiremos, y la convencí para que me acompañara al tobogán de los pequeños. La cosa se calmó, dejé que bajara muy contenta, con su hermanito en brazos. Se lanzó así infinidad de veces, y sus gritos felices no tardaron en llamar la atención de Sara y Abi, que llegaron corriendo y exigieron lanzarse ellas también con Giulio por el tobogán, pero —subrayaron— el de los mayores. Alberto intervino, les dio permiso, las acompañó él mismo llevándose al niño. Privada de su juego, Nilde se quedó callada con gesto sombrío, pero en cuanto el secuestrador y sus cómplices se encontraron a suficiente distancia, se tiró al suelo dando patadas y voces. La dejé hacer, estaba harto de lágrimas y de su cuerpo descontrolado, lo único que me interesaba ya era la probable aparición de Claudia.

5

Llegó por un sendero que parecía una cinta de embalar pegada expresamente ahí para impedir que el viento levantara el mantillo y las hojas acumuladas en círculo al pie de los árboles. Alberto y yo ya habíamos agotado todos nuestros temas de conversación y estábamos tratando de convencer a las tres niñas para volver a casa. El sol calentaba poco, en las zonas de sombra el frío empezaba a ser un riesgo. Giulio tenía las manos heladas, la nariz roja, se había hartado del gorro con orejeras, quería arrancárselo y estaba al borde de una de sus crisis de desesperación originadas por el hambre. Y entonces llegó ella, fui el primero en verla, creo. Llevaba un abrigo jaspeado largo y ancho que le dejaba el cuello y el pecho al aire. Avanzaba sin prisa, con las manos en los bolsillos, el bolso colgado de un hombro. Nubes de pelo recién lavado brillaban al sol como la maraña de finísimos piercings que le adornaban las orejas.

Probablemente aquel abrigo ya se lo había puesto el invierno anterior, cuando fuimos, yo qué sé, a reuniones con productores o al teatro con Livia y Alberto; probablemente los largos mechones de pelo recién lavado eran algo normal, Livia también se lavaba la cabeza con frecuencia; probablemente su andar algo indolente y aquella mueca irónica de la boca no eran una reacción al incómodo momento que estábamos viviendo, sino algo que formaba parte de su día a día. Yo, sin embargo, reparé en ello solo en el instante en que la vi contra el fondo vertiginoso de hojarasca. Y solo entonces,

quizás por primera vez, le dediqué una atención consciente, casi inquisitiva, con el fin de poner orden en el cúmulo de telas y gestos y voz y dientes blancos con que la había esquematizado distraídamente en los últimos dos años.

Abi corrió hacia ella con una mezcla de alegría y reproches. Quiso mostrarle enseguida sus proezas en el columpio, y Sara me dijo en voz baja que si Abi repetía sus hazañas para su madre, ella también quería repetir las suyas para mí. Alberto recibió a Claudia con entusiasmo, la estrechó contra él y le preguntó por la jaqueca. Y allí me entrometí yo, con el refunfuño habitual, diciendo cuánto lamentaba haber descargado en ella todo el trabajo que me habría correspondido hacer a mí. Pero —le aseguré— mañana vuelve Livia y puedes tomarte unos días de descanso, yo me ocuparé de todo. Entonces ella me miró a los ojos y dijo con un tono vagamente divertido: pero antes debemos comentar una serie de cosas, pequeñas pero importantes, de lo contrario ocurrirá que una tontería acabará desequilibrándolo todo. Pregunté: ¿te refieres a la escena del jardín? Contestó: a la del hotel. Y enseguida se puso a hablar de trabajo, aunque yo llevara en brazos a Giulio, que gritaba de hambre, y Nilde me tirara de los pantalones diciendo: tengo frío, me está entrando una tos peor que la de Sara. Hasta tal punto que, por hacernos el favor, Alberto me dijo: dame a Giulio, anda, si es tan urgente intento tranquilizarlo yo, vosotros aprovechad para resolver los problemas del jardín y del hotel.

Aquel ofrecimiento servicial funcionó como si acabara de pillarme un dedo en una puerta y quitara la mano de golpe. Sentí que era necesario retroceder, que sobre todo debía coger a los niños, meterlos en el coche, llevarlos a la seguridad del feo apartamento de

la Batteria Nomentana. Incluso porque, mientras Alberto trataba de calmar a Giulio distrayéndolo hábilmente, chasqueando los dedos y haciendo morisquetas graciosas, yo me estaba dando cuenta de que la escena del jardín seguramente estaba en el guion, era la número treinta y dos, pero la del hotel no, nunca había existido. Entonces ¿qué estaba haciendo Claudia, estaba usando un lenguaje cifrado? ¿Con casi cuarenta años todavía no se había enterado de que por más que se maquillen las palabras en público, la voz, los ojos dicen lo que callamos? ¿No eran precisamente esas representaciones malogradas las que hacían visibles a los demás la fuerza reprimida del deseo?

Yo conocía a fondo esos juegos y según mi experiencia, acumulada de joven, siempre acababan mal, mejor dicho, muy mal, para los adultos y para los niños, y no veía ninguna buena razón para andar con insinuaciones delante de Alberto; era un tipo simpático y yo lo apreciaba. Por ello dije: sí, lo del jardín lo dejaría como está. Y además añadí: lo del hotel tenemos que comentarlo mejor, así de buenas a primeras no sabría decirte. Aclararlo, pensé, aclararlo, aclararlo lo antes posible: quiero a Livia, me gusta como nunca me ha gustado ninguna mujer, el te quiero era para ella. Y dirigiéndome a Alberto dije:

—No, gracias, cuando le toca comer no hay quien calme a Giulio, se vuelve loco. Además, nos tenemos que ir, Sara está muy resfriada.

Recuperé a mi hijo, grité: Sara, ven aquí, hace frío, tu hermano tiene que comer. Luego eché una mirada más intensa a Claudia, envuelta en su abrigo largo y ancho, quería llevarme una última visión de conjunto antes de volver a unirla para siempre al esbozo

de la compañera de trabajo. Por mi expresión —aunque no sé realmente cuál era mi expresión—, por las palabras, ella debió de creer que había cometido algún error. Apretó los labios, borró de los ojos y la boca todo rastro de diversión y dijo muy seria: sí, sí, marchaos deprisa, hace frío, y con un clínex le limpió la nariz a Giulio. Después, mientras me ayudaba a meterlo enrabietado en el cochecito, murmuró: hablamos en cuanto puedas.

Entonces me despedí de la pequeña familia —no éramos más que eso: típicas pequeñas familias de clase media culta; Livia y yo solo nos habíamos pasado un poco en el número de hijos—, llegué al coche con dificultad y los cuatro volvimos a casa de pésimo humor.

En cuanto entró en calor, Nilde refunfuñó siguiéndome de cerca:

—Se lo contaré a mamá.

—¿Qué le contarás? —le pregunté mientras preparaba a toda prisa la comida de Giulio, al que Sara entretenía en vano.

—Que te pusiste a hablar con Claudia, y por eso me entró el frío y ahora estoy enferma.

6

Cuando llamó Livia, Nilde le dijo de viva voz lo siguiente: por culpa de papá, que hablaba con Claudia, me entró el frío.

—Pues no lo dejes entrar más, al frío —dijo su madre.

—Papá se distrae siempre.

—No me distraigo —intervine yo con el tono de quien se había distraído de verdad.

—Papá siempre está pendiente, incluso cuando habla de trabajo con Claudia —aclaró Livia.

—No es cierto —se enfadó Nilde, y se fue a jugar tosiendo.

—Está fingiendo esa tos —le dije a Livia.

—¿Seguro?

—¿Te acuerdas de que con dos años ya decía mentiras?

—Precoz como su padre.

—Yo solo miento por trabajo.

A lo largo de la tarde, mientras las niñas como de costumbre utilizaban de juguete a su hermano, que por suerte disfrutaba; mientras preparaba la cena y planeaba una velada para Carlo y para mí, me venían a la cabeza pensamientos grandes y pequeños. Con Livia había reaccionado como si, en verdad deslumbrado por Claudia, hubiese descuidado a Nilde haciendo que enfermara; como si la alusión a mi tendencia a inventar mentiras fuera en realidad una sospecha y no, como era el caso, un simple juego entre nosotros. Por eso me enfadé conmigo mismo. ¿Era inocente y aun así actuaba como el culpable que, ante la evidencia, estaba a punto de confesar?

Sabía bien cómo me funcionaba la cabeza. Quería a mi mujer y me espantaba —me espantaba, sí, quiero insistir en esto— que se alarmara, que sospechara, que la alarma y la sospecha echasen a perder nuestra relación; en definitiva, que un error cometido por casualidad tuviera pequeñas consecuencias capaces de generar grandes tensiones. De modo que me guardaba hasta lo irrelevante, si lo irrelevante podía llegar a parecerle remotamente importante. Fue en esa situación que pasé por alto contarle tanto lo de mi error como la reacción de Claudia a ese error mío. Y la situación dejaba claro, en primer lugar a mí mismo, que se había tratado de un

descuido bienintencionado, yo no tenía culpas reales. Además, daba por sentado que si la cosa llegaba a complicarse, no habría dudado en contárselo todo. Omitirlo tenía la ventaja de poder transformarse fácilmente en un *me olvidé de contártelo*. Así que calma. Me había equivocado, pero por casualidad, y no era una equivocación grave. Claudia y yo no tardaríamos en explicarnos, mientras tanto bastaba con arrinconarlo todo. Eran otras las cosas por las que debía preocuparme.

Pero ¿cuáles? ¿Los niños, que no querían irse a la cama? ¿El trabajo, que me deprimía ante la sola idea de tener que hablar de los coprotagonistas de la arquitecta-detective? ¿Mis ambiciones adormecidas? ¿Livia, su magnífica carrera universitaria, el sacrificio de mi tiempo con el fin de que ella tuviera el suficiente para sí misma?

No, por más que intentara concentrarme en los momentos cruciales de mi vida, durante toda la tarde de aquel domingo —y especialmente cuando los niños se entregaron por fin al sueño— prevaleció Claudia. La encerraba dentro de nuestro tiempo de trabajo y reaparecía de inmediato como la había visto en el parque. Vista, quiero decir, como nunca se me había ocurrido mirarla. Y vista y vuelto a ver en ese momento, en la cabeza: el conjunto y los detalles; aumentada y reducida; los mechones de pelo agitados por la tramontana; aquel abrigo fluctuante con el cuello de un terciopelo negro que se repetía en los bordes de los bolsillos; y la figura delgada de movimientos elegantes intuida a través de los temblores, los impactos, gracias a la fluidez de la tela, de un bonito color obtenido mezclando hilos blancos con negros y anaranjados. Eso era de lo que quizás tendría que cuidarme: de aquella imagen de la

mañana y, en paralelo, de los fragmentos que comenzaban a surgir de la memoria cada vez con más frecuencia: las manos delicadas y pálidas, una uña violácea, los ojos oblicuos, un tobillo. A velocidad creciente, además, un material insospechado —muchos detalles minúsculos de un cuerpo registrado distraídamente en los últimos dos años— se estaba acumulando adrede para ayudarme a colocar bajo aquel abrigo un organismo femenino y no solo la maraña de invenciones, ideas, argumentaciones inteligentes y cultas, diálogos puestos a prueba primero oralmente y después escritos, que admiraba desde hacía tiempo con la humildad de un compañero de equipo. Naturalmente, sabía que tendría que ir al grano, pero mientras tanto me detenía con un placer distraído en torno a aquella Claudia en construcción, puliéndola con destellos de la juventud furiosa, cruelmente enamorada, antiguas imágenes de mujeres tomadas de las películas de la infancia, palabras de canciones todas en inglés, versos —yo era buen lector de poesía— de amor, que al que es amado amar requiere la tigre ausencia, etcétera.

Me sentí ridículo cuando me vino a la cabeza una última imagen estilizada del todo inoportuna, una reminiscencia seguramente también poética, cuya procedencia no supe precisar en el momento. Claudia, con su abrigo, me recordó a uno de esos compases de balaustre con la cabeza pequeñita, un busto estrecho y larguísimas piernas delgadas cuya apertura regula con precisión un tornillo. Me gustaban los compases, estaba seguro de que la literatura había registrado en alguna parte su belleza y su elegancia milenaria. Pero reducir a Claudia a un compás así de pronto, vamos, que me pareció excesivo. Un compás con abrigo jaspeado. Y, encima, «de balaustre» descartaba que fuese capaz de dar rienda suelta al eros. Me puse a

ironizar para mis adentros sobre posibles versos de amor que emplearan el compás de balaustre. Y pensé, riéndome solo, que si hubiese enviado alguno a Claudia, seguramente habría neutralizado ese te quiero mío equivocado. Me di cuenta de que no hace falta mucho para frenar la mente que divaga y desactivar cualquier detonante. Solo hay que contrarrestar las palabras que inflaman con palabras que las apagan.

Pero en vez de sentirme más ligero, me sentí triste. Recordé de pronto, sin un motivo claro, un episodio de la juventud tan feo que en cuanto pensaba en él lo borraba deprisa, fuera el principio, fuera el final, y procuraba no darle forma. Me había pasado a los veinte años, cuando era el amante de una mujer que tenía quince más que yo. Entonces todo era fácil, una mirada fugaz, unas palabras, un poco de placer sin remordimientos. Ella no, para ella era difícil, tenía hijos —dos varones pequeños—, un trabajo importante, un marido, la angustia le consumía la mirada. Pero yo estaba libre y sin trabajo, pretendía que nos encontráramos todas las veces que me venía en gana y si ella no podía, yo decía: de acuerdo, entonces dejemos de vernos. Apreciaba que se arriesgase, parecía la medida de mi valor. ¿Las consecuencias? Qué me importaban a mí las consecuencias. Era evidente que por el privilegio de amarme debía arriesgar su trabajo y su pequeña familia falsamente feliz.

El marido no tardó en enterarse de nuestra relación, llegaron los líos, quiso verme. Yo lo conocía de vista, era un profesor de mi colegio, enseñaba italiano y latín. Alguna vez había hecho sustituciones en mi clase y me había parecido bueno. Nos vimos en piazza Mazzini, un día de mucho calor. No sé cuántas vueltas dimos a aquella plaza charlando aparentemente como amigos. De hecho, él

me odiaba, yo lo despreciaba; me dio por pensar que tal vez ciento cincuenta años antes nos habríamos batido en duelo con sable o pistola y, como era un inútil, habría tenido que matarlo. Intentó convencerme de que debía dejar en paz a su mujer, me habló de la vida que tenían, de los hijos todavía pequeños, de siete y cuatro años. Palabras bien ordenadas pero empalagosas, por momentos conmovedoras, que me resultaron inadecuadas. Recuerdo bien un solo momento de la conversación, ese que en pocos instantes estropeó el tono civilizado de la confrontación. Dijo de pronto, decidido, con los ojos brillantes:

—Eres muy joven y no entiendes que de este modo la arruinas a ella, a mí y a nuestros hijos.

—Seré muy joven, pero el que no entiendes eres tú, no soy yo el problema —contesté.

—¿Ah, no? ¿Soy yo?

—Sí, tú. Porque no quieres reconocer que podría haber pasado mil veces por delante de ella, podría haberle dicho un montón de palabras dulces, podría haberle suplicado, pero si tu mujer no hubiese querido, no habría ocurrido nada de nada.

Fue en ese momento cuando me soltó una bofetada. Era un tipo fornido, pero de escasa agresividad. La bofetada fue lenta, quería golpearme en la mejilla pero me dio en el mentón y solo con la punta de los dedos. Con toda probabilidad, si yo no hubiese mencionado brutalmente el consentimiento de su mujer, él no habría ido más allá de la recriminación y el ruego. Pero recalcarle el sí de ella —la relevancia de aquel sí— lo humilló hasta el punto de desear no solo hacerme daño, sino verme agonizar en mi propia sangre. Y así, con el paso de los minutos, fue más allá, y más allá, y más allá

todavía, y después se vino abajo abajo abajo, hasta que se le rompió el lenguaje, la sintaxis rica en subordinadas. Yo tenía en el estómago un agujero que no quería cerrarse.

7

Aparté de mi cabeza a aquel hombre, me prohibí seguir dando vueltas a su alrededor. ¿Pasar tres días solo con los niños me estaba atontando? Menos mal que el timbrazo del portero automático rompió el silencio del apartamento; era Carlo. Abrí el portal, fui a comprobar que Giulio no se hubiese despertado, del sueño profundo de Nilde y Sara no tenía dudas. Por eso me di prisa en abrir el portal y también la puerta de casa. Quería evitar que Carlo causara más alboroto volviendo a llamar.

Mi invitado salió del ascensor con sus pasos de viejo cauto, más pequeño y más blanco de lo habitual, elegante como si acabara de abandonar una fiesta con personas tan refinadas como él. Lo invité a sentarse, pero indicándole que no hablara en voz alta, los niños duermen, le susurré. Me entregó una botella de vino, dijo en voz no precisamente baja: nos la beberemos en silencio. Empleaba conmigo los habituales tonos de benévola y afectuosa curiosidad, fue el primer momento de aquel día agotador en que me sentí seguro. Busqué un par de copas, descorché la botella, distribuí en una mesita las pocas cosas que había preparado.

—¿Y Livia?

—En un congreso en Génova.

—¿Estás solo con los niños?

—Sí.

—¿Giulio también?

—Sí.

—Qué bien.

—Siempre tengo un poco de miedo en estos casos.

—¿Miedo de qué?

—De todo. Con los niños y con cualquier criatura delicada, toda precaución es poca.

—¿Livia también tiene miedo cuando la dejas sola con los niños?

—No, creo que no.

Hablamos de la infancia, como de costumbre se mostró competente sin pedantería. En su larga vida había tenido un número indeterminado de hijos —la mayor era una mujerona de más de cincuenta a la que había conocido hacía poco— de un número indeterminado de mujeres —¿tres, cinco?—, y digo *indeterminado* porque era un tema que él evitaba con discreción. Contó varias anécdotas —aquella vez en la que estaba solo y tuvo que ponerle una inyección de penicilina a la niña de dos años; aquella vez en la que otro de sus hijos se partió la cabeza haciendo una especie de salto mortal— y yo, mientras él hablaba, descubrí que no tenía nada similar que contar, nada que se rompiera pero tuviera arreglo, solo alguna pesadilla al amanecer, llena de agujeros y desgarros. Dije que me espantaba la fragilidad, la idea de organismos pequeños y expuestos.

Me elogió el tono con el que lo había dicho, y repitió como si yo hubiese usado a saber qué adjetivos: pequeños y expuestos. Comprendí que le interesaba el tema y me alegré. Sobre lo que

había hecho en la vida y su notoriedad no sabía demasiado. A diferencia de Livia, yo no había leído nada de él, solo media página una vez, y pensé: yo lo haría mejor. Más bien me gustaba su capacidad de hacerte sentir digno de atención, de soltarte la lengua e impulsarte a adecuar, en los límites de lo posible, tu fraseo al suyo para que no quedaras mal. Se empeñaba de ese modo con quien fuera, tal vez lo que quería era hacernos mejores a todos. Y desde un tiempo lo hacía también conmigo, me daba cuerda, me volvía inteligente, sacaba de mí ideas y fantasías. Es eso, pensaba yo, lo que hace de él un hombre estimable, no sus obras. Las obras son cambiantes, bellas ahora, feas mañana. Más bien cuenta el uso del cuerpo, la voz conciliadora, la expresión de un rostro afable. Incluso cuando Carlo me criticaba o me tomaba el pelo, yo sentía que me podía fiar.

Le hablé con fingida diversión de algunos de mis temores irracionales: cuando Nilde se metía debajo de la cama, temía que la mordiera algún animal venenoso; cuando llevaba a Giulio en brazos, pensaba: soy demasiado alto, si se me llega a caer, se lastimará. Temo sobre todo los gestos rutinarios, dije, te dan la impresión de que todo está en orden, pero en realidad actúan como anteojeras, la casa se incendia precisamente cuando nos parece que tenemos el control absoluto del fuego. Y así, de palabra en palabra, como si en la cabeza tuviese grabado un rastro que no podía conducir más que a ese lugar, acabé por confiarle el contratiempo telefónico que había tenido. Él me miró incrédulo, estalló en carcajadas:

—¿En serio?

—Sí, por desgracia.

—¿Y ella?

Reí socarrón y dije sin énfasis:

—Me contestó enseguida.

—Divertida, imagino.

—No, muy seria. Dijo que me corresponde.

Empleé de manera intencionada esa fórmula, confié en que volviera a reírse y me animara a tomarme aquello a la ligera. Pero en esa ocasión ni siquiera sonrió, negó con la cabeza, perplejo.

—Es decir, ¿le escribiste te quiero por error y ella te contestó: yo también?

—Sí —reconocí—, tal como habías intuido.

Los ojos de Carlo, que eran pequeños, con pupilas siempre vigilantes, se volvieron especialmente atentos.

—¿Intuido qué?

—Que ella estaba enamorada de mí.

—¿Yo? ¿Lo intuí yo, dices?

—Sí, y por eso te lo estoy confiando. Eres la persona que mejor puede aconsejarme sobre qué debo hacer.

Asintió varias veces, pero como si el asentimiento le sirviera solo para recordar y reflexionar. Dejó caer alguna frase manida sobre la ambigüedad estructural en las relaciones humanas y, clavando la vista en la copa vacía, farfulló: en estas cosas, mmm, consejos, no lo sé, veremos. Después, para consolarme, dijo que lo de equivocarse de destinatario tenía una apreciable tradición, citó alguna novela y alguna película, añadió que ya en tiempos de la correspondencia en papel, de vez en cuando, una carta iba a parar a la persona equivocada. Esperemos —deseó mientras se servía más vino— que la comunicación entre los humanos empiece a mejorar pronto, que los teléfonos móviles desaparezcan como desaparecieron tantas

otras cosas, que llegue algún artilugio que permita a los cerebros hablarse sin voz, sin alfabetos, sin soportes, reduciendo a cero los contratiempos y los equívocos. Por último añadió, con el tono más amable de que fue capaz:

—Nunca he dicho, creo yo, que Claudia estuviese enamorada de ti. A mi modo de ver, es imposible adivinar lo que pasa por la cabeza de una mujer tan compleja y hermética como ella.

8

Me sentí fatal. Recordaba muy bien sus palabras y solo por respeto a un hombre de su edad no quise insistir. Murmuré:

—Si no lo dijiste exactamente así, fue algo parecido.

—Es probable. El caso es que tal vez no se parezca a lo que dije sino a lo que tú querías oír.

—No entiendo.

Él sonrió, comprensivo.

—No hay nada que hacer, eres joven.

—¡Qué va!

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y ocho, casi treinta y nueve.

—Pues más de cuarenta y cinco años menos que yo, eres muy joven.

—De acuerdo, soy muy joven, pero ¿qué tiene que ver?

—Tiene que ver. Habré dicho alguna tontería de las mías y tú entendiste lo único que de verdad le importa a un hombre sano y

lleno de energía.

Sonreí de un modo artificial, negué levemente con la cabeza y busqué el mensaje de Claudia en mi móvil. Los viejos —pensé— son viejos incluso cuando se trata de personas talentosas. Le tendí el teléfono para que comprendiera la realidad del hecho, él lo rechazó con un gesto de la mano, incluso me agarró de la muñeca como para impedirme que pusiera el mensaje ante sus ojos. Son cosas privadas, dijo. Pero yo insistí para que leyera y él, paciente, se calzó las gafas y leyó. Adoptó una expresión ceñuda, se quitó las gafas y, como si hasta ese momento no hubiese conseguido creerme o no hubiese querido hacerlo, murmuró: es verdad, está ese *por fin*, mal asunto, tú dices te quiero por equivocación y ella dice te quiero en serio, un lío. Después añadió, preocupado: no será fácil aclarar la situación sin causar daños. Y siguió sumando una frase tras otra con un fondo de ternura y compasión:

—De todos modos, eso de querer, querer, en fin, se exagera siempre, será solo un poco de deseo. Y no está claro siquiera que el deseo tenga que ver con el sexo. Claudia escribe te quiero pero podría querer solamente, yo qué sé, tu pendiente, tu camisa azul, tu forma de bromear o de poner cara de enfado; en definitiva, cualquier cosa tuya que, por ahora, ni siquiera mi amigo Alberto o la pequeña Abigail pueden ofrecerle. Por eso, ojo, en los últimos cien años nos hemos excedido un poco con el deseo. Enseguida nos emocionamos como si fuera algo grandioso, y después descubrimos que sobre todo no es más que error y confusión.

—¿Me estás aconsejando que le suelte algo así?

—No, es una mujer muy inteligente, ni te atrevas a decirle estupideces.

—¿Y entonces?

—Entonces nada, tratad de entender qué queréis de veras.

Reí avergonzado.

—Lo que está claro es que no quiero hacerle daño.

—Bien, algo es algo.

—¿No es suficiente?

Él se pasó la mano por el pelo abundante y muy blanco, después se frotó la nariz, la frente.

—En esta situación, el problema está en qué significa daño para Claudia y qué significa daño para ti.

—No me lo hagas más complicado. Solo dime cómo te comportarías en mi lugar, necesito un poco de sabiduría.

—¿Quién dice que soy sabio?

—Yo, estoy seguro.

—¿Y si mi consejo te hace enfadar?

—Paciencia.

Adoptó un aire concentrado.

—Por ahora dejaría a Claudia a un lado y trataría de recordar con precisión la frase que me has atribuido, el lugar donde la pronuncié e incluso la hora.

Me irrité.

—Esa frase me la dijiste de verdad. ¿Te arrepientes?

—Nunca me arrepiento de nada.

—Entonces ¿por qué lo niegas?

—¿Y tú por qué no quieres hacer este pequeño ejercicio de memoria?

Estuve a punto de contestarle, con toda la amabilidad posible, que a su edad los ejercicios de memoria le convenían más a él, pero me

pareció tan convencido de la bondad de su sugerencia que, para ir al grano, le dije que de acuerdo. Eran casi las doce de la noche, Giulio no tardaría en despertarse para tomar el biberón.

—Voy a calentar la leche —dije, y en ese instante el niño lanzó un grito de protesta.

Carlo se levantó de inmediato sin demasiada dificultad, y dijo con tono eficiente y servicial:

—Tú prepara la leche, ya me ocupo yo de él.

No sé de qué iba a ocuparse, era un extraño, en cuanto lo viera, Giulio berrearía todavía más. Encima se había bebido más de la mitad de la botella, Livia nunca le habría permitido que, entonado como estaba, cogiera a nuestro hijo en brazos. Pero ya iba hacia la habitación de los niños, lo dejé hacer. Total, pensé, es tan bajito que si Giulio se le cae, no se hará nada.

9

Mientras le daba el biberón al niño medio dormido, Carlo recogió sus cosas, me indicó por señas que se marchaba, llegó a la puerta con sus pasitos achispados y la cerró a su espalda. Giulio no percibió el chasquido leve de la cerradura, siguió chupando ávidamente. La tibieza que emitía, el ruido que hacía al tragar la leche me resultaban tan familiares que casi me olvidé de que estaba sentado en una postura incómoda en el centro de la cama de matrimonio, con él en brazos.

Obedecí enseguida a Carlo como si se tratara de una prescripción médica. Hurgué en la memoria en busca del lugar y el momento en que él había vaticinado los sentimientos de Claudia. La mente me llevó de inmediato a otra parte. ¿Un bar? ¿Un paseo? ¿Por la mañana? ¿Al atardecer? ¿Era un día frío? ¿Caluroso? ¿Nublado? ¿Soleado? Y las palabras, las palabras exactas, ¿cuáles habían sido? Volví en mí cuando Giulio apuró la última gota de leche del biberón. Aquello que Carlo había sospechado se convirtió, sorbo a sorbo, en una certeza. Tuve que reconocer que no tenía nada claro en la cabeza. Pero el sentido, el sentido sí, golpeaba rítmicamente dentro de mí con tambores y platillos.

Me incorporé de la cama con cuidado, fui a dejar a Giulio en su camita, lo tapé, comprobé que las niñas no se hubiesen quitado las mantas mientras dormían. Después regresé apáticamente a la sala de estar, ordené un poco, me fijé en la hora. Era tarde. Las doce y veinte de la noche. Seguramente Livia dormía, seguramente también Claudia dormía, tuve que reconocer que por primera vez pensaba en mi compañera de trabajo durmiendo. La imaginé en la cama, pero no en pijama, ni siquiera en camisón. Me vino a la cabeza con el abrigo, las botas, las orejas adornadas de metal, el pelo desparramado en la almohada. Y esa imagen, en lugar de hacerme reír, me emocionó, me cautivó. Quitarle los zapatos, desprenderla poco a poco del abrigo mientras dormía, descubrirla, examinarla, entenderla, comprenderla. Negué enérgicamente con la cabeza, una especie de no que quizás tenía que servir también para sacudir esa visión y poner freno a la anarquía de la imaginación. Resoplé —uf, uf —, qué hacía todavía levantado, tenía que irme a la cama.

En cambio, me senté en el sillón, cogí el teléfono. Livia había mirado los mensajes por última vez a las 22.06. ¿Y Claudia? El móvil indicaba que a las 00.21 seguía despierta. ¿Por qué? ¿Estaba trabajando? ¿A esa hora? Pero si estaba trabajando, ¿por qué miraba el teléfono? Me levanté para dejar el teléfono sobre la mesa, me incomodaba ese espionaje mío, me senté otra vez en el sillón, encendí el televisor. Estalló un sonido altísimo. Nilde manipulaba el mando al tuntún, apagué el televisor a toda prisa. Agucé el oído esperando el llanto de Giulio, un grito de Sara. Silencio. Suspiré aliviado, como si hubiese recibido un gesto de benevolencia de divinidades lejanas. Bien, dije para mis adentros. Me levanté de golpe, cogí el móvil, tecleé: tenemos que resolver lo que pasó entre nosotros.

Esperé. Al cabo de un minuto Claudia me contestó: ¿te llamo? Tecleé: no es para hablarlo por teléfono. Ella: mañana entonces. Yo, como si fuera otro: ¿y si me pasara por tu casa? Ella: ¿ahora? Yo, como si el otro que ya era yo no tuviera niños dormidos en sus cuartos: sí. Ella: de acuerdo, te espero en el vestíbulo.

Miré la hora, la una menos diez. Por lo general, los niños no se quejaban porque tuvieran sed, pis u otra cosa antes de las cuatro, las cinco de la mañana. Fui a ver cómo estaban, pero lo hice sin prestar mucha atención: de hecho, aunque hubiesen estado con los ojos abiertos de par en par y las manos tendidas pidiendo un abrazo o como protesta no lo habría notado. En ese momento solo pensaba en Claudia y en las palabras que tenía que decirle urgentemente: te tengo mucho cariño, eres una mujer con una gran inteligencia y sensibilidad, pero ese mensaje que mandé ayer por la tarde era para mi mujer, quiero a Livia más que a mis hijos, más que a mí mismo.

Me puse la cazadora, lamenté tener la moto fuera de uso, comprobé que llevaba las llaves del coche y las de casa. Sara tenía miedo de la oscuridad, dejé todas las luces encendidas, cerré la puerta con una cautela muy alejada de la extrema cautela de Carlo, iba con prisa. Me disponía a bajar corriendo las escaleras cuando vacilé un instante. ¿No será mejor cerrar con dos vueltas? Seguramente mi hija mayor no saldría de casa, era juiciosa, pero Nilde, al no encontrar a nadie, podría bajar todos los tramos de la escalera, uno tras otro, sin siquiera aferrarse a la barandilla, y daría vueltas por ahí sola en plena noche. De modo que así, bien encerrados dentro, los niños estaban seguros: yo iría a casa de Claudia, le diría cara a cara lo que tenía pensado y volvería.

Renuncié a usar el ascensor. Bajé de dos en dos escalones, salí corriendo, qué frío. Conduje a velocidad regular hasta el todavía animado viale Gottardo, hasta las callejuelas desiertas detrás de via Cimone, hasta la verja de Claudia. La vi a través de la puerta de cristal, esperando; una sombra. Su figura en el parque había sido mucho más resplandeciente; sin embargo, en ese momento, a la una de la madrugada, con la luz pálida del vestíbulo a sus espaldas como una aureola, me pareció extraordinariamente viva e intensa. Me estaba esperando a mí.

No me molesté en aparcar, me bajé del coche como si acabara de encontrarme una serpiente entre el embrague y el acelerador. Claudia abrió el portón, entré, tengo que irme enseguida, dije, he dejado a los niños solos en casa, el portón se cerró con un golpe seco. Qué locura, exclamó ella, dejar a los niños así, y encima para venir aquí, a esta hora, si Alberto se despierta, si mi suegra se despierta. Ah, sí, qué locura, confirmé, pero con una especie de

orgullo, como si aquel corto viaje nocturno desde la Batteria Nomentana a via Cimone me hubiese sacado por fin de la mediocridad que caracteriza a la mayor parte de los seres humanos. Y como me pareció que ella, conmovida quizás por mi insensatez, estaba a punto de besarme, me acerqué despacio a sus labios, se los rocé apenas. Pero bastó ese levísimo contacto para sentirme con derecho a sujetarla, estrecharla contra mí —un organismo desconocido, era delgada, menuda, o tal vez no, quién sabe, la emoción desintegraba la experiencia—; y de inmediato ella me pasó los brazos alrededor del cuello, sentí que su pecho se comprimía, me sorprendió la tibieza líquida de su boca que ya se fundía dentro de la mía; un calor herméticamente encerrado por los labios contra los labios, tan apretados —los míos a los suyos, los suyos a los míos— que las bocas se abrieron a la vez y las lenguas, juntas, se buscaron, se tocaron, retorciéndose todo lo posible, como si esa fuese la única manera, en los pocos instantes de que disponíamos, de conocernos, de fundirnos el uno en la otra, de entendernos.

—¿Qué querías decirme? —preguntó ella cuando interrumpimos el beso.

—No lo sé, esto, creo, esto que hacemos, los besos.

—Entonces vete, pero no corras, por favor.

—Bésame otra vez.

Me besó, primero levemente, lamiéndome el labio inferior, después apretándolo apenas con los dientes, luego como si, a partir de la lengua, quisiera dejarme entrar entero en su boca.

—¿Está bien así?

—No, pero tengo que irme.

—Vete.

Me aparté de ella, le vi los ojos velados, toda su cara estaba velada. Por qué estoy aquí, por qué dejé solos a mis hijos en plena noche, por qué hice algo que nunca había pensado hacer, que nunca decidí hacer. Me subí al coche con el corazón latiéndome con fuerza, arranqué. Todo iba demasiado deprisa, hasta la respiración. Lancé una última mirada a la silueta oscura de Claudia. Nada de mi reflexiva e ingeniosa compañera de trabajo era coherente con los besos que acababa de darme. La sentí en el cuerpo, en la boca, fragmentada y difusa por la excitación.

10

Mientras conducía por la Nomentana desierta, la angustia por los niños encerrados bajo llave, solos en el apartamento, se fue haciendo insostenible a medida que caía en la cuenta de la tontería que había cometido. Me calmé un poco cuando me encontré delante de la puerta de casa. Nada de alborotos por parte de Giulio, nada de llantos o voces de Sara y Nilde. Abrí la puerta con suma cautela, reduciendo al mínimo el ruido seco de la cerradura. Eché de nuevo la llave, me quité la cazadora. A mi espalda noté primero la presencia de Nilde, y después me llegó su voz.

—¿Dónde estabas?

Me di la vuelta, se encontraba en el umbral de la cocina, descalza.

—¿Qué haces levantada?

—Tenía sed.

—¿Has bebido?

—No.

—Ya te doy yo agua.

La levanté en brazos, me di cuenta de que tenía el pijama mojado.

—¿Has hecho pis?

—Sí.

La llevé a la cocina, tomó un sorbito y no quiso más.

—La cama está mojada —dijo.

—No pasa nada, ahora te cambias el pijama.

—No quiero dormir en la cama de Sara.

—Duerme conmigo entonces.

Fui a buscar un pijama limpio, la lavé, la vestí.

—Nunca me hago pis en la cama.

—Es verdad, eres una campeona, pero a veces puede pasar, no tiene nada de malo.

Se acomodó satisfecha en el lugar de Livia, yo fui a cepillarme los dientes y a ponerme el pijama. Desde el dormitorio, me dijo:

—Te llamé, papá, papá, y tú no estabas.

—Bajé al sótano.

—¿Con la cazadora?

—Hace mucho frío.

—¿Qué tenías que coger?

—Un viejo libro que necesito para el trabajo.

—¿Dónde está? Lo quiero ver.

Me metí en la cama.

—No lo encontré.

—¿Lo necesita también Claudia?

—Sí, pero ahora vamos a dormir.

—No tengo sueño.

—Ya te vendrá.

Le acaricié el pelo, le conté el cuento de una jirafa que se llamaba Nilde.

—¿Se hace pis en la cama?

—Una sola vez, y después nunca más.

Se durmió al cabo de unos minutos, apagué la luz.

Pero la oscuridad resultó inútil, no logré conciliar el sueño. Pensamientos, inquietud, pensamientos. Nilde le contaría a Livia que se había despertado de noche, no me había encontrado en casa, se había asustado y se había hecho pis en la cama. O se lo confiaría todo a Sara y, jugando a ser cada una la testigo fiel de la otra, le notificaría a su madre mi ausencia nocturna. En consecuencia, me vería en la necesidad de mentirle a Livia, y sostener también ante ella que había ido al sótano a buscar un viejo libro, tal vez de arquitectura, que necesitaba para dotar de consistencia a la arquitecta, que daba caza a los criminales examinando la topografía de los apartamentos, los edificios e incluso las ciudades. ¿Acaso estaba llegando al punto de tenerle miedo a mis hijas? ¿Y por quién, por Claudia? No pienses en ella como la viste en Villa Torlonia, con el abrigo jaspeado. Bloquéalo todo, vuelve a la persona con la que trabajas. Arráncate el recuerdo de los besos, contrólate, por favor, nunca te enamores de ella.

Imposible, era incapaz de volver a verla como mi compañera de trabajo. De haberse tratado de la Claudia de apenas dos días antes, ¿habría salido de noche dejando encerrados a mis hijos con dos vueltas de llave y sin imaginar siquiera por un momento la posibilidad de un incendio, un terremoto, ladrones, asesinos? De haberse tratado de mi colega, ¿continuaría despierto a esas horas?

Sobre las cinco de la mañana, ya a punto de dormirme, tuve la impresión de que la silueta imprecisa que vislumbré detrás de los cristales solo tenía bien definida la boca.

Lunes

11

El tren de Livia llegó con un retraso nada menos que de una hora y cincuenta minutos. Sara, que con cinco años ya tenía escasa confianza en la estabilidad de las relaciones afectivas, me dijo al oído, cuando comenzaba a oscurecer: mamá nunca volverá. Yo la tranquilicé y al hacerlo tuve la sensación de estar tranquilizándome a mí mismo. Estaba cansado, preocupado, perdido entre propósitos y propuestas que se contradecían entre sí. En el fondo, desde hacía tiempo yo también temía que Livia acabara abandonándonos a los niños y a mí —un lastre nada despreciable— para irse a vivir con personas que se la merecían más.

Sin embargo, mi mujer apareció alrededor de las cinco de la tarde, cargada de regalos para los niños, exhausta y, pese a ello, alegre. En cuanto entró en casa, nuestros hijos, de distintas maneras, lanzaron sobre ella mil peticiones imperiosas y se olvidaron de mí. Me senté en un sillón, observando embelesado cómo besuqueaba a Giulio y cómo reaccionaba con delicadeza al feroz y punitivo empeño con el que Sara y Nilde ponían a prueba su amor. Menos mal, pensé, ha vuelto y está contenta.

Esa constatación me apaciguó. No había sido un lunes tranquilo, me había parecido que Sara estaba muy resfriada y no la mandé al colegio, de modo que tampoco Nilde había querido ir y no tuve un solo minuto para mí. Pero, sobre todo, desde las siete de la mañana no había conseguido comunicarme con Livia: o no había cobertura o el móvil estaba apagado. Cuando por fin pudimos hablar, la señal era pésima, no entendía si tenía problemas de algún tipo, seguramente estaba enfadada con la compañía de trenes por el retraso, le dolía la cabeza. Por eso mi malhumor había ido en aumento, los niños me martirizaban imponiéndome sus juegos y sus necesidades, no había enviado un solo mensaje a Claudia, que, por lo demás, tampoco daba señales de vida. En un momento dado, y como Claudia seguía callada, escribí con desgana: qué hermoso fue, te deseo. Pero todas esas palabras me sonaron falsas, de compromiso, y las borré. A partir de ese instante, sin embargo, la impresión de un mundo estropeado fue en aumento, desde las comunicaciones telefónicas y ferroviarias hasta esa estúpida producción mía de insulsos guiones de cine y televisión que me había despojado incluso de la capacidad de escribir dos líneas auténticas. Me entraron ganas de echarlo todo por tierra, ya ni siquiera me apetecía seguir trabajando con Claudia, mejor aprender a cambiar suelas de zapatos o a remendar calcetines agujereados.

Pero luego me fui recobrando poco a poco. El hecho de que Livia, después de sus tres días en Génova, siguiera siendo la misma de siempre, apacible, sin sospechas, ni siquiera la vi levemente malhumorada, me fortaleció. Mi mujer, cansada pero satisfecha, estaba otra vez en casa, íbamos a dormir juntos. Los niños estaban bien cuidados. Yo guardaría para mí aquella locura de la noche y lo

mismo haría Claudia. Y si casualmente ocurría otra pequeña cosa insignificante entre nosotros, eso no iba a obstaculizar nuestras vidas, que eran sanas y reaccionarían bien ante cualquier efecto secundario.

En fin, el engranaje se puso otra vez en marcha y se acabaron las sacudidas. Yo seguía queriendo cambiar mi vida, pero sin destruirla. Y perduraba el impulso de abandonar los guiones para tratar de hacer un mejor uso de la escritura. Descubrí que tenía la cabeza llena de ideas y ganas de darles forma. Si Carlo había tenido una vida plena de satisfacciones publicando libros, yo —otra generación, otras experiencias en busca de sentido— todavía estaba a tiempo de hacer lo mismo que él o más. Pensé en Claudia con ternura: sincerarme con ella, hablarle de ese repentino impulso por ponerme a prueba. Miré el reloj, eran las cinco y media. Busqué el móvil y escribí: Claudia ¿puedo ir a tu casa y trabajamos una horita? Ella contestó: si quieres. ¿Si quieres? Claro que quería. Escribí: enseguida llego, y a Livia le dije:

—Me voy a casa de Claudia una horita, tenemos que decidir unos detalles urgentes. Vuelvo para cenar.

—¿Has preparado algo? —preguntó ella.

—Tortilla de pasta.

—Rica —comentó dirigiéndose a las niñas, y dejó en el suelo a Giulio, que me alcanzó gateando mientras me ponía la cazadora.

Livia llegó justo después de su hijo.

—¿Ni un beso me vas a dar?

La besé en los labios y dije:

—No veía la hora de que volvieras.

—¿Y por qué te largas enseguida?

—Unos problemillas con Claudia, estuvo todo el fin de semana alterada. Y ahora está igual, fíjate, le digo: me paso por tu casa, y ella me contesta: si quieres.

—¿Nervios?

—Mmm…

—Después me cuentas.

—Sí, nos vemos dentro de un rato.

Salí antes de que Giulio armara jaleo para que lo aupase.

Al bajar las escaleras pensé otra vez en el si quieres de Claudia, tan incoherente con los besos de la noche anterior. Su tono me hizo apreciar aún más la tendencia de mi mujer a no recurrir nunca a frasecitas de ese tipo, transmitía un calor afectuoso incluso en sus protestas. Y sin embargo llegué al coche casi a la carrera, me incorporé al tráfico intenso de la Nomentana canturreando, busqué aparcamiento primero por via Cimone y después, confiado, en las calles aledañas.

12

Me abrió la pequeña Abigail junto con Clelia, la madre de Alberto, oriunda de Nápoles, profesora de literatura inglesa muy culta y cordial, jubilada desde hacía tiempo. Le dije a la niña que Sara tenía un fuerte resfriado pero que estaba impaciente por volver a verla, y a la señora Clelia le comenté que me quedaría poco rato, el tiempo justo para resolver un par de problemas de trabajo. La abuela y la nieta, agradablemente parlanchina la primera y muda la segunda,

me acompañaron por el largo pasillo —el apartamento era grande— hasta la puerta cerrada del cuartito donde trabajaba Claudia. Fue Abi quien me anunció a su madre entrando sin llamar, y Claudia, sentada delante del ordenador, se volvió apenas, me dijo pasa, mientras Clelia tiraba de la niña con frases del estilo: ven, que tienen que trabajar, y se retiró dejando la puerta entreabierta.

El ambiente me resultaba archiconocido. De las paredes colgaban carteles de películas escritas por Claudia, una pequeña estantería repleta de libros, alguna foto de Alberto y Abigail. La que me pareció nueva era ella, con un jersey blanco, falda oscura, el pelo recogido con unos bonitos pasadores, un buen perfume que tal vez era el suyo de siempre pero que noté por primera vez. Yo también me senté, mi lugar estaba habitualmente a su izquierda, en el lado del escritorio menos lleno de papeles y libros abiertos.

—Te veo muy bien —le dije, sorprendido de veras, pues me pareció una mujer llena de gracia surgida de un montón de blusones y vaqueros.

—Pues me siento mal —dijo en voz baja, con la vista clavada en la pantalla.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Me he equivocado en algo?

—Déjalo estar.

—Dime.

Tecleó para corregir no sé qué del texto.

—No me escribiste ni media palabra.

—Encontré a Nilde despierta, se había hecho pis encima.

—No te costaba nada decírmelo. Me pasé toda la noche sufriendo. Y esta mañana más de lo mismo. Y esta tarde igual.

—He estado ocupado con los niños. Sara está enferma, he venido corriendo en cuanto llegó Livia.

—¿Y llegó a las cinco nada menos?

—El tren vino con una hora y cincuenta minutos de retraso.

Calló, se giró por fin hacia mí, estiró las largas piernas. Estaba muy pálida, había descontento en sus ojos. Dijo:

—Hemos empezado mal.

Esa frase fue decisiva. Me di cuenta de que hasta ese momento no había hecho más que justificarme —Nilde que se había hecho pis en la cama, Sara resfriada, el retraso del tren—, y no porque la hubiera dejado sola con el trabajo, cargándola también con lo que yo debería haber escrito, sino porque, precisamente, entre nosotros *algo* había empezado. Se trataba de algo en sus inicios, un algo incierto como cualquier cosa en sus inicios, pero en el cual nosotros dos, para que ese comienzo avanzara bien a lo largo del tiempo, ya nos dedicábamos bastantes atenciones y teníamos obligaciones por completo distintas de las que implicaba la situación anterior. Salvo que por mi culpa ese comienzo corría el riesgo de coincidir con el fin. Claudia no lo decía claramente, pero me correspondía a mí intuir que habíamos empezado mal porque ella me había imaginado durante toda la noche, no sé, en el hospital tras haberme estrellado contra un muro con mi coche, tal vez en coma, y por lo tanto con mis hijos abandonados a sí mismos, y Livia que regresaba a casa y descubría a qué imbécil había confiado a sus hijos. ¿Cómo es posible —me estaba transmitiendo— que no se me hubiese ocurrido tranquilizarla? ¿Era tan insensible como para no entender que ella me quería y que,

en consecuencia, cualquier descuido mío le causaría angustia y malos pensamientos, una noche horrible, un día pésimo, razón por la que habría tenido todo el derecho a ponerse de morros, montarme un número, tal vez gritarme: lo nuestro se acabó? ¿Acaso el amor suponía que yo no me preocupaba por ella ni siquiera un poco y ella, en cambio, tenía que estar sufriendo por mí?

La miré atónito. Quizás —pensé—, como nos encontramos en el comienzo y ella misma está reconociendo que la cosa no funciona, sea el momento adecuado para decirle: sí, tienes razón, hemos empezado muy mal, y manifestarle que el origen de toda nuestra historia no es una declaración de amor sino un error de lo más banal, de manera que está claro que esto no va a acabar bien. Sin embargo, apreté enseguida los labios —los noté contra los dientes— por temor a que se me escaparan esas palabras. Sentía que tenía un cuerpo vivo, ansioso por actuar, dispuesto a cualquier experiencia —buena, mala, estremecedora—, algo que solo me había pasado cuando era un muchacho. Por no mencionar que en cuanto entré en el edificio y localicé el lugar exacto del vestíbulo donde nuestras sombras seguían besándose, se me había encendido la sangre, y no dejaba de quemar. Razón por la que si en ese momento le hubiese dicho a Claudia: sí, escribí te quiero pero creía que se lo escribía a mi mujer, y ella, lógicamente, al oírme, me hubiese respondido entre dientes: no quiero verte nunca más, en mi cabeza se habría extendido un desierto polvoriento, y no lo habría soportado ni un solo minuto. Le miré la boca, le rocé una mano con el índice, dije conciliador: perdona, he tenido muchas preocupaciones, lo siento.

Ella me creyó de inmediato. Entreabrió los labios, suavizó la mirada, murmuró: no, perdóname tú, estoy nerviosa, todo ocurrió

tan deprisa, he exagerado. Un instante, y fue como caer en la primera adolescencia. Le acaricié las medias azules a la altura de la rodilla, después la falda hasta el jersey, y el jersey hasta el bulto del pecho. Claudia, por su parte, me detuvo enseguida la mano, entrelazó sus dedos con los míos, los estrechó con fuerza. Los dos miramos la puerta entreabierta: cerrarla, echar la llave. Pero oímos la voz de Clelia, los pasos de Abigail, soltamos las manos. La puerta se abrió de par en par, Abi corrió junto a su madre.

—La abuela quiere saber si está seguro de que no se queda a cenar.

—Tiene que irse —dijo Claudia en voz baja.

—Sara, Giulio y Nilde me esperan —añadí yo.

—¿Puedo ir contigo? —me preguntó la niña.

—Sara está un poquito enferma —contesté—, pero cuando mejore, seguro que vendrás a cenar con nosotros.

—Sí —dijo Claudia, y se levantó, abandonó su sitio delante del ordenador con un gesto excesivamente veloz, como si acabara de recordar que tenía un compromiso urgente.

—Te acompaño al coche —dijo.

—Yo también —exclamó la niña.

—No, que hace frío. Vete a ayudar a la abuela, enseguida vuelvo.

13

Hacía realmente frío, pero a Claudia no se le ocurrió ponerse una chaqueta o el abrigo, cerró enseguida la puerta del apartamento

como si temiera que su hija y su suegra fuesen a retenerla.

—Sopla un viento helado —subrayé.

—Te acompaño hasta el coche y vuelvo.

—Lo he dejado por la zona de Acqua Sacra.

—Es un paseo.

—No quiero que te enfermes.

Se rio.

—Hay momentos en los que nada puede hacerte daño.

Sin embargo, en cuanto salió a la calle, se encogió, cubriéndose el pecho con los brazos para defenderse del viento. Por instinto le pasé el brazo por los hombros, ella no se resistió, noté el choque leve contra un cuerpo de mujer que no era la mía. Desde muy lejos me llegó la alegría de traspasar los límites. De hecho, desde la noche anterior podía acercarme a esa mujer como yo quisiera, y siempre de un modo más íntimo. Me lo había permitido con los besos, pronto me lo permitiría de muchas otras maneras, lo deseaba desde bastante antes que yo. Y esa confirmación me provocó una inesperada sensación de poder. Estaba saliendo del territorio conocido de Livia, tras muchos años me estaba aventurando hacia una arquitectura ósea que me resultaba extraña, de una elegancia distinta, con otra solidez. Me sentí lleno de vigor, caminamos apretados por via Picco dei Tre Signori. A ella le dio un escalofrío exagerado, aludió al riesgo de resbalarse a causa de la pinaza que cubría la calle, rio, la noté contenta de que la ciñera con fuerza de los hombros, se me acercó aún más con la cadera. Pero mientras tanto, con la vista baja, como si descifrara figuras a punto de desvanecerse en la alfombra vegetal sacudida por el viento, dijo: no es prudente, a esta hora Alberto vuelve a casa.

Aparté enseguida el brazo de sus hombros, pero ese gesto me pareció un cambio de conducta cobarde y enseguida le di otro significado quitándome la cazadora y colocándosela sobre los hombros, como si hubiese decidido darle mi calor para reavivar el suyo.

—Así enfermarás tú —murmuró.

—Soy invulnerable.

Quería decir: si la pasión te acoraza a ti, imagínate a mí. Y dentro de nuestro juego era totalmente cierto; sin embargo, fuera hacía un frío de perros, la tramontana me traspasaba la camisa, soy un raro ejemplo de varón friolero. Pero en estos casos el sentido común se desvanece, comprendí que lo que echaba de menos no era la cazadora, sino el hombro que había ceñido, la cadera que ella había pegado a la mía, en fin, su proximidad. Para recuperar la ecuanimidad, le pregunté cómo llevaba lo del guion. Ella me lanzó una mirada divertida, dijo que si tanto me importaba el guion no debería haberle enviado esa declaración de amor, porque desde el momento en que recibió mi mensaje había dejado de trabajar. En una palabra, llevaba retraso, y tú tendrás la culpa —me reprochó riendo— si no cumplimos con el plazo; la arquitecta Sarcante ya no me importa nada. Después, ya seria, murmuró:

—O resolvemos esta situación o acabaremos metiéndonos en líos.

Habíamos llegado al coche, nos detuvimos. Dije, también serio:

—Tratemos de resolverla evitando los líos.

—De acuerdo —replicó—, ¿y después?

Ese *y después* me sobresaltó; alcancé a vislumbrar por un instante imprudencias de la adolescencia tardía, placeres irresponsables, malos recuerdos estilizados, infamias. Tenía bastante conocimiento

de los *y después*, eran la señal de alarma, indicaban que después de algo bonito viene algo menos bonito, y, en definitiva, que el desorden conocido antes de Livia siempre podía reproducirse. Se me congelaron las palabras en la cabeza, respondí:

—Después, no lo sé.

—Si no lo sabes, ¿qué hacemos aquí? —exclamó, y se quitó la cazadora con un movimiento brusco, me la devolvió y refunfuñó—: Mejor me voy para casa, estoy tiritando.

La aferré de un brazo.

—Súbete al coche.

—Se te hará tarde.

—Solo será un momento.

Me senté al volante, ella se deslizó en el asiento de al lado. Cerró la portezuela con más energía de la necesaria y en un instante, saltándose a saber cuántos pasos lógicos, se dirigió a mí casi con rabia: ¿cómo puede ser que me quieras a mí, si tu mujer es tan hermosa, tan inteligente, tan…? Se detuvo en aquel tercer *tan* con una mueca de disgusto, sacudió la cabeza con fuerza, exclamó: explícamelo, y no me mientas, por favor, no lo soportaría.

Ahí estaba yo, de vuelta en el punto de partida. En ese momento lo obvio habría sido contestar, quizás en voz baja y con los ojos también bajos: la verdad es que aquel te quiero no era para ti, sino para Livia. Sin embargo, como un fogonazo, me vino a la cabeza Carlo, y con Carlo, una sospecha. Si él negó haberme vaticinado que Claudia sentía algo por mí, y yo no había conseguido probarme a mí mismo, de modo inequívoco, que sí lo había hecho, tal vez debía suponer —pese a haber dado siempre poco crédito al negro pozo del inconsciente— que en aquel maltrecho pedacito del cerebro se me

habían agazapado las ganas de escribir te quiero y equivocarme de destinataria. Al mismo tiempo me quedó muy claro que Claudia me exigía una confirmación sincera de mi amor, y que, por lo tanto, la confesión de mi error le habría parecido una vil mentira. En fin, de pronto me di cuenta de que corría el riesgo de convertir no a Claudia sino a Livia —a Livia, nada menos, ¿estaba loco?— en la destinataria equivocada del mensaje; y también que la situación podía enredarse con una verdad que habría sido rechazada de inmediato y que yo mismo, por culpa de Carlo, no tenía clara. En fin, que aunque no me hubiese dado cuenta, tampoco tenía mucho margen para divagar: Claudia estaba totalmente inclinada hacia mí —la cabeza, el largo cuello, los hombros, el pecho—, y tenía ojos apasionados, orejas elegantes pegadas a la cabeza, labios entreabiertos. Ni siquiera un rinconcito de su cuerpo quería que yo me explicara elucubrando —el consciente, el inconsciente, el declive de los imperativos religiosos y legales, la voluptuosa irresponsabilidad de nuestros tiempos, las verdades que son falsas y las mentiras que son verdaderas, todas esas bobadas que sirven para intentar tranquilizarse—; y lo mismo podía decir de cualquier rinconcito del mío, no había ni uno solo que tuviera realmente la intención de desperdiciar el poquísimo tiempo disponible en distinguir y aclarar nada. Cada uno de nuestros estremecimientos exigía, en cambio, que nos besáramos como nos habíamos besado la noche anterior, e incluso durante más tiempo y con un placer más profundo. Cosa que hicimos penetrándonos voluptuosamente con las lenguas.

Pero sentí enseguida que el beso de la noche antes, de pie, en el vestíbulo, nos había salido mejor. Ese otro, de hecho, resultó incómodo, con los pies todavía en el hueco de los pedales, el torso

girado a pesar del volante, los labios pegados pero los cuerpos separados. Tiré de ella hacia mí, ella me siguió, inútilmente. Las bocas resultaban ya insuficientes, quería buscar su cuerpo entero, acoplarlo, definirlo. Por eso pasé a besarle el cuello, la garganta, volví a la boca, liberé un brazo, acaricié la lana que le cubría el pecho, me deslicé dentro del jersey, encontré la tela de la blusa y debajo noté el contorno del sujetador, seguí hacia la cadera, subí por la curva de la nalga, bajé hacia el borde de la falda y volví a subir por el muslo delgado cubierto apenas, hasta que le golpeé levemente el sexo protegido por las medias, por las bragas. Retroceder, volver a los trece-catorce años, trepar hasta los dieciocho, hasta el coche que le quitaba a mi padre, hasta la oscuridad de las calles del extrarradio, hasta ese carácter fugaz del placer saboreado a toda prisa.

¿Y Claudia? No paraba de besarme abrazada a mi cuello, con una mano en la nuca. Parecía interesarle solo mi boca, pero mientras alargaba hacia mí el torso, separaba las piernas para alcanzarme y ser alcanzada ofreciéndose a cada pequeño avance. Qué brillante me había parecido su mente de compañera de trabajo creadora de ideas, de imágenes, de psicologías coherentes, de voces amenazantes o persuasivas, y en cambio qué oscura me resultaba ahora esta otra Claudia que yo iba esbozando, nueva en cada suspiro, en los arrebatos del deseo, en las esperas. Nada sabía de sus reacciones. Quizás esperaba que la desvistiera, como cuando era adolescente, en aquel exiguo espacio, no por completo, desde luego, lo indispensable para poder sentir mi mano sobre su piel en vez de sobre las prendas, para gozar de las caricias, si acaso para ser penetrada aunque nos encontráramos a pocos metros de su casa. O

quizás de un momento a otro se volviera exigente, tomara la iniciativa de mujer adulta que dice: querido mío, basta de preliminares, el tiempo apremia. O me retirase la mano con dulzura, se apartara con un largo suspiro de renuncia y murmurase: tengo que irme. O tal vez me aferrase por la muñeca, arrepentida de esa rendición, y se enderezase en el asiento, se acordase otra vez de Livia y me volviera a preguntar: ¿por qué yo, si ella es una mujer así y así? Sin embargo, se estremeció, apartó los labios de los míos, exclamó: Alberto, y se separó bajándose la falda.

¿Alberto?

La tensión erótica nos abandonó. Ella se ovilló rápidamente y dijo: está buscando aparcamiento, acaba de pasar, y la vi encogerse, a punto de escurrirse del asiento. Yo, como abultaba bastante más y no tenía modo de encogerme, me volví de espaldas a mi ventanilla, me llevé el pulgar de la mano izquierda al pómulo, los demás dedos a la frente, casi a modo de celada. Claudia espió con cautela desde el fondo del parabrisas, susurró como si su compañero pudiera oírnos: no encuentra sitio, vuelve hacia aquí. Agaché aún más la cabeza, por instinto, mientras me imaginaba el coche que volvía a pasar a mi espalda y a Alberto al volante, que hurgaba con la mirada en la penumbra de la calle buscando un hueco libre. Mientras tanto no pude evitar avergonzarme, por mí y por ella. Al fin y al cabo, si Alberto nos hubiera visto, qué problema había, le habríamos dicho: hablábamos de la arquitecta Sarcante. Es más, una parte de mí deseaba bajar del coche, llamarlo, y aunque su coche era mucho más grande que el mío, decirle: yo me voy, mira a ver si cabes aquí. Sin embargo, le pregunté a Claudia:

—¿Se ha ido?

—Sí.

Aparté la mano de la cara, ella se irguió.

—Me voy para casa —dijo.

—Te dejo en la puerta.

—Mejor no.

—El viento es gélido, y de todos modos no pasa nada si nos ve juntos.

—Evitémoslo, me voy.

Se bajó del coche, se acercó a mi lado, bajé la ventanilla. Vi que sus ojos se alegraban de repente.

—Me he puesto falda adrede —dijo riendo.

Esa confidencia también me sorprendió. A la Claudia que yo conocía jamás le habría atribuido una frase semejante, ni siquiera en un posible diálogo suyo con Alberto. La había imaginado muy contenida, carente de picardía, y por tanto sentí placer por esa despedida maliciosa, la consideré una primera manifestación de nuestra recién estrenada intimidad. Quise estar a la altura, también me reí y le dije:

—Pero te dejaste las medias.

—Eso sí, hace demasiado frío.

—¿A qué hora vengo mañana?

—Temprano.

—¿Nueve y media?

—Sí.

Se inclinó, me dio un ligero beso en los labios y se alejó encorvada, a paso veloz.

14

Conduje hasta casa fluctuando entre el entusiasmo y el espanto. El entusiasmo era una memoria que prometía un futuro inmediato dichoso: esa noche y la anterior se reproducirían mañana y pasado mañana con una intensidad creciente, multiplicando el deleite y al mismo tiempo la necesidad de reinventar mi vida, de encontrar significados imprevistos. El espanto, en cambio, era una serie de signos de interrogación invisibles: qué clase de persona era Claudia, qué esperaba de mí, qué esperaba de sí misma, qué significaba su *y después*, cuánto habría aguantado en aquel juego, cuánto habría aguantado yo. Pero delante de la puerta de mi apartamento se desvaneció bruscamente todo vestigio de placer, esos signos perdieron su forma sinuosa, se transformaron en amenazantes signos de exclamación: corta por lo sano, nada de tonterías, ya sabes cómo va a terminar todo, lágrimas, amenazas, desprecio, y Livia, los niños, las tensiones, no quería ni pensarlo.

Regresé justo a tiempo. Mi mujer le había dado el pecho a Giulio, la cena a Sara y a Nilde, que ya se preparaban para irse a dormir, había dejado la mesa puesta para nosotros. Me quejé del tráfico, fui a lavarme las manos. Sara me siguió en pijama, tosiendo.

—Tengo fiebre —dijo.

Le rocé la frente con los labios.

—No tienes nada.

—Lo noto.

—¿Es el colegio el que te la provoca?

—A lo mejor.

—¿Por qué no quieres ir?

—Me aburro.

—Veamos cómo te encuentras mañana por la mañana y entonces decidimos.

Ante mi buena disposición, los ojos se le llenaron de gratitud y me confió en voz baja:

—Nilde le ha dicho a mamá que anoche saliste y nos dejaste solos.

—Es mentira.

—También le ha dicho que se hizo pis en la cama del miedo que pasó.

—Eso es verdad.

—Pero yo le he dicho que tú sí que estabas.

—Así me gusta, hay que decir siempre la verdad.

La verdad. Quién era el hombre en apariencia tranquilo que le hablaba así a su hija, una niña que cursaba primer curso de primaria con un año de antelación, que tal vez aún no estaba preparada para el alfabeto y los números, a la que tal vez atormentaban unos perversos niños mayores. Quién era, o mejor dicho, en quién me estaba convirtiendo sin querer.

Giulio dormitaba, Livia lo metió en su camita con cuidado. Después, ella y yo acompañamos a las dos hermanas a sus camas intercambiando entre los cuatro exagerados y cómicos gestos de silencio. Luego nos fuimos a la cocina a comer nuestra ración de tortilla de pasta. A petición mía, Livia me habló del congreso con más detalle, y a continuación me preguntó por qué Nilde se había hecho pis en la cama. Anda algo nerviosa últimamente, dije, soñó que yo no estaba en casa, se asustó y mojó la cama. Ella pensó un

momento, sacudió la cabeza: no agrandemos el problema, fue un pequeño accidente, no se repetirá. Me mostré tan seguro como ella, pero asumí cierta responsabilidad por mi parte: Giulio, Claudia, el teléfono que no paraba de sonar, la niña se sintió abandonada. Qué va, dijo mi mujer, me tomó de la mano, preguntó: qué tal el trabajo. Exageré un poco las dificultades, me dio ánimos, a partir del día siguiente ya se encargaría ella de todo —verás que salís adelante como de costumbre— y me dio un beso en la mejilla.

—¿Y ese perfume? —preguntó, fingiendo recelo.

—Claudia. Media hora en ese cuartito y sales como si hubieses trabajado en una perfumería.

—No es su perfume.

—Habrá cambiado de marca.

—¿Seguro que fuiste a su casa?

—Desgraciadamente, sí.

—Te eché de menos.

—Y yo a ti.

Empezamos a hacernos arrumacos en la cocina y luego, tras asegurarnos de que las niñas dormían, seguimos en el dormitorio. Nos amamos con una pasión tan fantasiosa que al final me disgusté bastante por lo que había hecho poco antes en el coche. Qué abyección besar a mi mujer cuando dos horas antes había besado a otra. Me prometí otra vez: mañana le dejaré las cosas claras a Claudia, qué sentido tiene seguir con esta tontería, por ella no siento nada, en qué lío me estoy metiendo sin ninguna buena razón.

Pero en cuanto apagamos la luz, me vi otra vez en la casa de Montesacro, oí de nuevo la voz y el acento napolitano de la vieja profesora Clelia, volví al estudio diminuto, a la pinaza, la tramontana,

el coche, y a la necesidad de hablar de cualquier cosa que estuviese relacionada, aunque fuese remotamente, con Claudia. Dije: Abigail quiere cenar con Sara. Sí, a Sara también le hace ilusión, contestó Livia, adormilada. Increíble lo que se parece esa niña a la madre. Pues yo la encuentro idéntica a Alberto. No sé, a Alberto, dices, bueno, sí, algo de él tiene, pero yo la veo más parecida a Claudia, aunque resulta difícil decirlo, en realidad nos fijamos poco en los rasgos físicos de las personas. Apenas lo justo, vamos a dormir. Buenas noches. Buenas noches. Pero últimamente le noto algo que no funciona. ¿A quién? A Claudia, parece tan rígida, pero… Pero ¿qué? Pues no lo sé, a veces me resulta algo cortante, da señales de sufrimiento, quizás de desesperación, qué opinas. Ay, desesperación, no exageremos, anda, duérmete. Me acomodé bien pegado a su espalda y, mientras sentía que se entregaba al sueño, descubrí que en mi cabeza no estaba nuestra relación sexual satisfactoria sino —insistentes, no conseguía deshacerme de ellos— los contactos superficiales con Claudia.

Hasta unos minutos antes, en aquel dormitorio había habido un movimiento de cuerpos tal, una recíproca e íntima entrega tal, que incluso resumirla rápidamente habría requerido un esfuerzo notable. Sin embargo, allí, en la oscuridad, la fórmula *relación sexual satisfactoria* me pareció más que suficiente. En cambio, casi sin darme cuenta, recuperé hasta el menor detalle del pobre episodio erótico del coche, cada suspiro, cada gemido, cada temblor, y llegó un momento en que sentí la necesidad de levantarme para escribir sobre ello, convencido de que encontraría palabras intensas y profundas —una bonita ocasión para mi renovada vocación literaria —, incluso para el calor que notaron mis dedos en su entrepierna

debajo de las medias. Me aparté muy despacio de mi mujer, que ya dormía profundamente, me levanté de la cama con sigilo, fui a la sala de estar. Pero el mero hecho de sentarme delante del ordenador me irritó. Estaba harto de sexo. ¿Por qué entonces quería encontrar palabras de tono lírico con las que describir la exploración superficial de Claudia? ¿Por qué quería dotarla de profundidad, de sufrimiento, incluso de un punto de desesperación?

Martes

15

Al amanecer me dije que todas esas inquietudes nocturnas solo podían explicarse por el más banal, el más brutal de los hechos: me había enamorado. Me di una larga ducha demasiado caliente que me restó aún más energía, le hice unos cuantos mimos a Giulio y, de acuerdo con Livia, permití a Sara que no fuese al colegio. Cansadísimo, desalentado, con aquella frase en la cabeza —estoy enamorado—, me presenté en casa de Claudia nada menos que con diez minutos de antelación. Solo con verla —allí en su cuartito, ya sentada delante del ordenador— me reanimé. Me volví ocurrente, imaginativo, tan refinado como un miembro de la Academia de los Linces, y la propia madre de Alberto, que me había recibido y acompañado hasta el diminuto estudio de su nuera, me dijo antes de retirarse, dejando la puerta entornada: le veo a usted muy bien hoy, qué simpático es.

Claudia no me recibió igual de bien. Aunque el pelo se agitaba a su alrededor con cada pequeño movimiento, me dio la impresión de que, en conjunto, se había castigado: llevaba los vaqueros de siempre y un viejo jersey verdoso que contribuía —me pareció— a ensombrecerle la mirada. Cuando intenté tomarla de la mano, la apartó y dijo entre dientes: la puerta está abierta. Y cuando dije: me he pasado la noche pensando en ti, replicó como si hubiese estado presente: pero follaste con Livia, me juego lo que quieras.

Aun así su brusquedad no influyó en mi buen humor. Dije tonterías para arrancarle al menos media sonrisa y al final, cuando lo conseguí, nos besamos con veloz furor. Pero después nos pusimos a trabajar diligentemente, llevábamos muchísimo retraso en la revisión

de los dos últimos episodios de la tercera temporada. Las únicas interrupciones se debieron a una ulterior y rápida incursión mía en su boca en el preciso momento en que me explicaba su punto de vista sobre una frase desagradable de la arquitecta Sarcante, y a la cortesía de la profesora Clelia, que llamó a la puerta entornada dando un único y leve golpe con los nudillos y un segundo después la abrió de par en par para servirnos café con pastelitos.

—Si te sigues haciendo el gracioso con ella —me advirtió Claudia cuando la anciana se marchó—, cada cinco minutos la tendremos aquí.

—Es amable.

—No es amabilidad. Hace tiempo que intuyó que hay algo entre nosotros.

—¿Hace tiempo?

—Sí.

—Me parece que antes de ayer no había mucho que intuir.

—Eso lo crees tú porque no te ves. En realidad, no sabes ocultar nada, lo llevas escrito en la cara.

—¿Alberto también sospecha?

—No, por ahora con él todo está en orden, a menos que Clelia decida abrirle los ojos. Pero no lo hará, sabe muy bien que su hijo no soporta los chismes.

—Borra los mensajes —le sugerí, paralizado ante la idea de que su compañero leyese mi te quiero.

—No borraré nada.

—Son un riesgo.

No pareció estar de acuerdo. Es más, siguió insistiendo en mi falta de discreción, dijo que del mismo modo que ella se había dado

cuenta enseguida de mi interés, cualquiera podría haberse dado cuenta, y mucho más Clelia, que era una testigo atenta. Murmuró:

—Te preocupa Alberto, pero con quien debes tener cuidado es con ella y no darle tanta confianza.

La miré perplejo —sí, tenía la sensación de que en el pasado nunca había usado ese tono tan angustiado— y me dio por quitarle hierro al asunto.

—¿Estás celosa de la vieja?

Aquella salida tonta tenía la intención de tranquilizarla haciéndola reír, y, de paso, tranquilizarme también a mí. Pero ella respondió sin esbozar siquiera media sonrisa, mirándome fijamente a los ojos como cuando se dice algo de suma importancia.

—De la única que estoy celosa es de tu mujer, que es una belleza, y si alguna vez hacemos el amor, si es que llega a suceder, tú con ella no te acostarás nunca más.

Y después, como si tuviera prisa por ratificar aquel pacto, se puso de pie —las largas piernas enfundadas en los vaqueros, el busto tenso debajo del jersey, el pelo luminoso—, me tomó de la mano, me llevó hacia la puerta, la cerró con cautela, apoyó en ella la espalda y tiró de mí con fuerza, como si, con lo grande y fornido que yo era, quisiera que la aplastara contra la madera. Siguieron un par de minutos muy intensos de besos en la boca, y un convulso hurgarse por encima y por debajo de la ropa. Después me apartó y constató: habíamos dicho que no haríamos tonterías, y se echó a reír, una carcajada silenciosa con los ojos brillantes. Desarreglado, sin aliento, volví a sentarme, mientras ella entornaba despacio la puerta, se remetía la camiseta en los vaqueros, se los abrochaba y se sentaba a su vez delante del ordenador.

—Por el amor de Dios —dijo—, tenemos cuarenta años, estamos siendo francamente ridículos.

Asentí, pero mientras tanto tenía otra cosa en mente: las palabras de antes, aquel *hace tiempo*, aquellas alusiones a mi falta de discreción de la que jamás me había percatado, aquella aversión a la belleza de mi mujer que a saber desde cuándo albergaba, y sobre todo *si alguna vez hacemos el amor, tú con ella no te acostarás nunca más*. Hasta poco tiempo antes lo de Claudia con Livia parecía admiración, y sin embargo no, estaba celosa, realmente celosa, noté en ella un fondo seguramente oscuro, algo como fragmentos afilados que podrías pisar al caminar descalzo por terreno desconocido. Creo que ya no podía negarlo, estaba enamorado de Claudia, pero ni loco iba a aceptar semejante imposición, ni en sueños. Y *enamorado*, además, de ninguna manera; qué fácil resulta exagerar con las palabras, mejor *encaprichado*. De hecho, el enamoramiento no tardaría en revelarse como eso mismo, puro y simple encaprichamiento, una estúpida obnubilación. Sin embargo, en ese momento, en aquel cuartito, cómo me emocionaba la pretensión de Claudia —*si alguna vez hacemos el amor, tú con ella no te acostarás nunca más*—, tenía algo conmovedor, enunciaba la necesidad de considerarme absolutamente suyo. Quién sabe, tal vez ella me atraía precisamente por esa necesidad y esa urgencia de sentirse amada más que cualquier otra persona en el mundo. Ah, sí, abrazarla, estrecharla. Le pregunté, mirándole la cara y el cuello enrojecidos:

—¿Qué significa *si alguna vez hacemos el amor*?

—Significa que me parece imposible en nuestra situación.

—No diría imposible.

—Aquí desde luego no se puede.

—Si es por eso, en mi casa tampoco.

—Me niego a repetir la escena de anoche.

—Y yo.

—Resultaba mucho más fácil cuando era jovencita. Mis padres dejaban que me encerrase en mi habitación con quien me diera la gana.

—Una habitación también se puede encontrar cuando se es adulto.

—Demasiado complicado.

—¿O sea que no quieres?

Hizo una mueca y lanzó un suspiro, ambos indescifrables. Murmuré:

—Si no quieres, dilo enseguida. Pero si quieres, bastará con que nos organicemos.

Iba a contestarme cuando llegó Clelia. Llamó, entró, preguntó si me quedaba a comer. Claudia dijo:

—Comemos algo aquí, queso y un poco de pan, tenemos mucho trabajo.

La anciana se dirigió directamente a mí:

—No se quede ahí sin decir nada, rebélese. Claudia quiere matarle de hambre, pobrecillo. —Y esperó de mí una réplica algo cómplice. Pero me limité a apretar los labios y a abrir los ojos bien grandes, y eso la hizo reír.

—¿Ni un vasito de vino, ni una cerveza?

—Agua —dijo Claudia—, gracias. Y avíseme a las cuatro, por favor.

—Mejor a las cuatro menos diez, que Abi se pone nerviosa cuando no ve llegar a su mamá.

—A las cuatro ya va bien.

Clelia se dispuso a salir, aunque de mala gana. Era siempre sociable, propensa a la conversación brillante. En un par de ocasiones, cenando precisamente en esa casa, me había llamado la atención el hecho de que tanto ella como Carlo, invitado de honor como de costumbre, habían debatido con inteligencia y buen gusto sobre diversos temas nada triviales. Se detuvo en el umbral con unos ojos mucho más vivarachos que los nuestros.

—¿Hago demasiado ruido en la cocina? ¿Preferís que cierre?

Estaba claro que quería que fuésemos nosotros quienes decidiéramos si dejaba la puerta cerrada o entornada y quedó a la espera, como si nuestra respuesta fuera fundamental. Claudia calló con la vista clavada en el ordenador, como si se hubiese concentrado de nuevo en el trabajo, y yo pensé que tal vez no le faltaba razón, la profesora observaba cada una de nuestras miradas o suspiros y los interpretaba. Tras una breve vacilación, dije: qué va, si es usted muy silenciosa, y es una pena, porque una mañana la oí cantar y tiene una voz muy bonita. Siguió un intercambio de cumplidos irónicos e irónicas reticencias, y luego se retiró dejando la puerta entornada.

—¿Lo has visto? —preguntó Claudia.

—Sí. ¿Y si le cuenta a Alberto que antes cerramos la puerta?

—Se lo diré yo. No es posible que en mi casa no pueda cerrar la puerta del cuarto donde trabajo.

—De esa manera tú misma acabarás por hacer que sospeche.

—¿Y? Que sospeche, que se enfade, estoy harta. Llevamos dieciséis años juntos, y no conozco a ninguna de mi edad que haya vivido tanto tiempo con un hombre. Como siempre, soy la más tonta.

Noté que la incomodidad regresaba. Hacía dos años que nos conocíamos y en ese tiempo me había imaginado que ella quería a Alberto por lo menos tanto como yo quería a Livia. Sin embargo, ahora parecía que no, era insufrible, hablaba de separaciones como si fuera un signo de vivacidad intelectual, se refería a las relaciones duraderas como cosa de mojigatas. Susurré:

—Baja la voz.

Asintió, y cuando intenté retomar el tema de nuestro futuro incierto de amantes, cortó por lo sano, volvió lúcidamente al trabajo. Eso me gustó. Saber que la antigua Claudia disciplinada e inflexible era capaz de imponerse, si hacía falta, a esta nueva Claudia de arranques nerviosos, sarcasmos, afirmaciones categóricas y negaciones igual de categóricas, de arrebatos apasionados, me dio la impresión de que todo estaba bajo control. La miré mientras tecleaba en el ordenador una frase que le había pedido que añadiera. Sus mejillas recobraron su color normal, el enrojecimiento del cuello fue desapareciendo. Se estaba definiendo cada vez mejor y, al definirse, por momentos me preocupaba, por momentos la deseaba, y quizás la deseaba más de lo que me preocupaba.

Trabajamos, pasaron dos horas densas, pesadas. Entonces le dije que tenía que llamar a Livia para saber si Sara seguía con fiebre y avisarle de que volvería a casa después de las cuatro. Claudia se levantó de un salto y salió de la habitación con la mirada baja, pero dejando la puerta abierta de par en par. Yo también me levanté, fui a la ventana. Mientras hablaba por teléfono supuse que ella, desde el pasillo, desde la cocina, no se perdía una sola de mis palabras: la tos de Sara, las décimas de fiebre, Nilde que tampoco había querido ir al colegio para no ser menos que su hermana, los problemas con

la canguro, una señora de mediana edad tan eficiente, tan indispensable, que sus exigencias iban siempre por delante de las nuestras. Imaginando que Claudia me escuchaba, terminé por bajar la voz al despedirme con palabras de amor, hasta el punto de que Livia me preguntó: ¿todo bien?

Todo no, pensé, nada. No estaba bien que quisiera esconderme de Claudia —cuya presencia en mi vida se debía, hasta unos días antes, solamente al trabajo— para que no se molestara porque yo usaba con mi mujer una jerga cariñosa. No estaba bien que me parecieran agraciados los movimientos con los que ella, y no la vieja Clelia, trajo la bandeja con nuestro almuerzo cuando terminé la llamada telefónica. No estaba bien que, aunque me molestara que fluctuase entre dulzuras y brusquedades, temiese que de pronto me privaran de ambas. Y sin embargo quería continuar, ni siquiera podía imaginarme dejarlo. Comimos y trabajamos, trabajamos y comimos hasta poco antes de las cuatro, cuando dimos por concluido el segundo borrador de los episodios quinto y sexto y enviamos el archivo a la oficina de nuestro productor. Inmediatamente después, Claudia dijo, casi con un susurro:

—Has dicho que bastará con que nos organicemos.

—Sí.

Clavó la vista más allá del ordenador, al otro lado de la ventana, y murmuró:

—Organiza.

Después se fue corriendo al colegio, a recoger a Abigail, y yo, por educación, me quedé una buena media hora entreteniendo a Clelia, con la idea de que probablemente sabía de mi pasión por Claudia mucho más de lo que sabía yo. Si hubiera podido hablarle con franqueza, le habría preguntado: en su opinión, ¿cuándo me enamoré de su nuera, hace dos días o dos años? ¿Y es enamoramiento o encaprichamiento? Sí, me habría gustado sincerarme con ella como había hecho con Carlo. Los dos tenían mucho en común. Chismosos con buena cultura, ambos con un italiano que nosotros ya no sabíamos hablar, se notaba que se divertían juntos; él un Roman Polanski bastante más vivaz, ella una Catherine Deneuve algo más estropeada. Tal vez ya habían cotilleado sobre Claudia y yo. Tal vez habían dicho: el chico está perdiendo la cabeza, pobre. O incluso: no, es ella la que desvaría, él es todo casa y familia. Cabía esa posibilidad, a Carlo le encantaba conversar, a Clelia también, y yo, por oscuros motivos, simpatizaba de buena gana con los viejos, casi que envejecía de joven para practicar. Le dije que un día de esos me gustaría quedarme a escuchar el relato de su vida. Y como ante esa idea respondió con gorjeos de niña, dejé caer que quizás, más adelante, podríamos invitar también a Carlo, sería bonito e instructivo comparar sus relatos. Hizo una mueca de disgusto y exclamó: Carlo no, se lo ruego, es demasiado viejo para nosotros dos. Y su mueca, su tono me parecieron de una gracia ensayada en mil circunstancias distintas. Había sido una mujer hermosa, todavía se le notaba casi con ochenta años.

Me despedí pensando que tal vez entre Carlo y Clelia había una relación sentimental y me alegró imaginarlos poseídos por los amores de la vejez. Volví a casa mucho más aturdido que al comienzo de aquella historia, pero de buen humor y sin sentir ya el peso de la noche insomne y de la jornada llena de tensiones. Estaba emocionado con la voz de Claudia que seguía susurrándome: organiza, cosa que comencé a hacer enseguida. Mientras Livia ponía la mesa con la ayuda de Nilde, me encargué de Giulio, al que no le apetecía dormir, de Sara, a la que se le había pasado la fiebre —tenía menos tos pero estaba quejumbrosa—, y en secreto, dentro de mi cabeza, de las mentiras necesarias para pasar unas horas o incluso una noche con Claudia.

Confeccioné mentalmente una discreta lista de posibilidades: inventarnos una reunión maratoniana en la RAI; decir que nuestro productor nos había invitado a una de sus villas fuera de Roma para analizar otra vez los seis episodios de la serie de Sarcante; o, más sensato, no decir que debíamos ir juntos al mismo sitio y contar un par de mentiras distintas: yo, no sé, que iba a ver a un amigo de la infancia que vivía en Tívoli, y Claudia, que iba a reunirse con la autora de un libro de éxito ya listo para la televisión. Para después encontrarnos en un lugar seguro y a trasmano.

Pero el problema estaba justamente en el lugar seguro y a trasmano. Descarté un hotel, demasiado arriesgado, se dejaban rastros comprometedores que quedaban para siempre. ¿Y si alguien llegaba a vernos? El azar, en nuestra historia, había desempeñado un papel fundamental desde el principio. A mí, desde luego, no me conocía nadie, pero en el ambiente del cine Claudia era bastante famosa, en internet había varios vídeos de sus entrevistas, hasta la

habitación más desolada y desoladora implicaba un trayecto, una recepción, unas escaleras, un ascensor y, a cada paso, alguien podía exclamar: hola, qué hacéis por aquí. Así que lo mejor era conformarse con el apartamento o el estudio de un amigo.

Pero incluso esa solución enseguida se reveló repleta de obstáculos. Pasé revista a un buen número de personas —en su mayoría solteras, tanto hombres como mujeres— a las que podría pedirles ese favor. Sin embargo, tras seleccionarlas en función de la fiabilidad, muy pocas superaron la prueba. Me convencí de que la mayoría no se habría resistido al placer de ir por ahí chismorreando con frases como: hasta él, que parecía tan enamorado de su mujer y tan unido a sus hijos, tiene una amante; o incluso: bastaba con fijarse en cómo se le iban los ojos a los escotes. Por lo demás, incluso a los pocos que resultaron aptos, amigos que —estaba seguro— me hubieran entregado las llaves de su casa sin decir ni pío a nadie, acabé por descartarlos. Eran personas que me apreciaban mucho y sentían auténtica devoción por Livia, además de que querían a los niños, los habían visto crecer en el bonito ambiente de nuestra familia. ¿Cómo me las arreglaría para decirles: me prestas tu casa por unas horas, por una noche, que voy a ir con una mujer? Seguramente se mostrarían comprensivos. Eran gente de mentalidad abierta y gran sensibilidad, pertenecían a esa minoría que no reía, ni siquiera sonreía al oír historias de pasiones y sexo. Sabían que había poco de lo que reírse, conocían el mundo, habían vivido sus placeres y sus tormentos, preveían que, justo después de la felicidad, a la vuelta de la esquina, llegaba la infelicidad. Por eso pensé: dejémoslo correr; son personas a las que quiero, no tengo ninguna intención de decepcionarlas.

De modo que al final me quedaron solamente un par de amigos —me cuesta definirlos así— de la adolescencia, ambos más o menos de mi edad. Habían sido testigos de mis correrías de entonces y, dado que no creían en la felicidad de la pareja y no eran lo bastante sensibles para darse cuenta de su propia infelicidad, colaborarían alegremente en la organización de mi aventura. Si algo les escandalizaba —las raras ocasiones en que nos reuníamos a tomar un café o una pizza y hablábamos de nuestras vidas— era que siguiese con Livia. Y como me consideraban tan incapaz como ellos de aguantar lo que llamaban el funeral de la fidelidad, o sea, la vida de la pareja aparentemente unida, me decían de los modos más triviales que el collar que mi mujer me había atado al cuello debía de ser de los buenos y que el día menos pensado —con mi permiso— ellos también lo probarían con gusto. En fin, gentuza. Llevaba por lo menos tres años sin verlos, con el tiempo se me habían hecho más y más insoportables, chicarrones de alegría fingida, cruelmente provocadores. Comprobé si aún tenía sus números de teléfono, solo encontré el de Nino, al que conocía desde que yo tenía catorce y él dieciséis, trabajaba en el aeropuerto, no sé en qué puesto, llevaba una vida por encima de sus posibilidades y con frecuencia me había pedido dinero. Me encerré en el cuarto de baño, lo llamé a regañadientes.

Me desvié del tema durante un rato. Nino pasó progresivamente de la alegría al enfado, hasta mostrarse casi antipático. Sobre todo me molestaron dos de sus observaciones genéricas: qué cómoda es la vida de los burguesitos, que de tanto en tanto, a la chita callando, se hacen un regalito y nunca pagan peaje; y después: menudo asco revolcarse en la mierda sin ahogarse y encima salir oliendo a jazmín.

No tenía nada en contra de mí en concreto, solo daba su opinión sobre el mundo. Pero bastaba con añadir una frase, enfatizar un adjetivo, para darse cuenta de que era inútil formular con claridad mi petición, seguramente me habría dicho que no. Es más, se me pasó por la cabeza la sospecha de que, aunque me hubiese hecho el favor, enseguida le habría dado a Livia la dirección de su casa para que fuera y me pillara con las manos en la masa. Quedaba claro que le había disgustado que me metiera en terreno ajeno: le tocaba a él llevar una vida colmada de placeres sexuales y al mismo tiempo feroz y desquiciada; y quería que yo fuera el marido felizmente atrapado después de haber cometido fechorías que él conocía bien; una breve y despreciable evasión por mi parte debió de parecerle insoportable. Cuando le pedí el número de Gino, ese otro amigo nuestro, dijo que no lo tenía, que ya no se veían, y noté que mentía.

La llamada telefónica me deprimió, me quedé un rato sentado en el asiento del váter, con la vista clavada en el móvil. No sé por qué, me vino a la cabeza Clelia, y con ella Alberto, que, pensándolo bien, era la versión masculina lograda de su madre. Tal vez Nino tenía razón al maltratarme, me estaba esforzando por irme a la cama con la mujer de un buen amigo, un hombre amable y generoso. ¿Qué justificación podía yo aducir si llegaba a enterarse? ¿El consentimiento de Claudia? Me acordé con un estremecimiento de asco —sí, lo he escrito bien, *asco*— del hombre que casi veinte años atrás me había abofeteado en piazza Mazzini. Tal vez, si en lugar de rozarme apenas con la punta de los dedos me hubiese golpeado con fuerza, o lo hubiese hecho repetidas veces hasta partirme la cara, el mecanismo de su cabeza de profesor de latín no se habría atascado. Ahuyenté esa sombra venenosa cerrando los párpados con fuerza,

sacudiendo la cabeza. Deseé que, de darse el caso, Alberto me pegara una buena paliza. Salí del cuarto de baño.

Delante de la puerta me encontré con Nilde que me esperaba, requería atención con urgencia, tenía que darme una mala noticia. Lo hizo a su manera.

—Tienes que jugar siempre conmigo.

—¿Cuánto es siempre?

—Siempre, siempre, hasta que Abi juega con Sara.

—Ahora no juegan.

—Juegan, Abi viene para acá.

Los tiempos verbales de Nilde seguían siendo confusos, pero todo resultó más claro cuando Livia, en presencia de una Sara milagrosamente recuperada y loca de alegría, me explicó que Alberto acababa de llamar por teléfono.

Me convencí de que había entendido mal, pensé que el nombre había salido directamente de mi cabeza y no de mi mujer. Repetí alarmado:

—¿Alberto?

—Sí —dijo Livia, divertida—, ha sido una llamada telefónica algo violenta.

Él le había pedido si podía pasarse con Abigail no más de diez minutos, enseguida, antes de cenar, porque la niña estaba desconsolada, empeñada en ir a saludar a Sara, no conseguían tranquilizarla. De hecho, de fondo se oía a Abigail chillando, a Clelia que intentaba calmarla, a Claudia que gritaba a la niña y a Alberto, en fin, que era evidente que estaban en plena crisis familiar. Ella le había dicho: claro, tráela, que cenen juntas, y naturalmente le había parecido feo no invitar a toda la familia. De manera que, concluyó,

están a punto de llegar todos, la profesora incluida, dejarla en casa habría sido un desaire.

—¿Ahora, aquí?

—Sí, ¿qué problema hay?

Ese era uno de los maravillosos rasgos de la personalidad de mi mujer. Tenía tres hijos pequeños, una cena en marcha, seguramente estaba desbordada de trabajo. Y sin embargo ni pestañeaba; al contrario, parecía contenta de que llegara gente poco antes de la hora de cenar, ya se estaba devanando los sesos sobre qué inventarse para dar de comer a cuatro personas más. Eso sí, me dijo, Claudia puso un montón de pegas, me parece que está realmente cansada.

A mí me faltaba esa ligereza suya, tan bella y sincera, y reaccioné mal para ocultarme incluso a mí mismo la alegría y la angustia implícitas en la situación que se avecinaba. Dije: qué rollo, Livia, acabo de regresar, no podíamos posponerlo, yo qué sé, para el sábado que viene, Alberto será todo lo simpático que quieras, pero no se puede dejar que una niña te maneje a su antojo, la consiente demasiado. Después me di cuenta de que Sara estaba escuchando y, pese a tener a Nilde totalmente de mi parte, intenté arreglarlo y le expliqué a mi hija mayor, en un tono tal vez demasiado agitado, que había trabajado con Claudia de las nueve de la mañana hasta una hora antes, que Abigail era magnífica y que me alegraba mucho de la amistad que comenzaba entre ellas, pero eso de pasar también la velada con la persona con la que había sudado la gota gorda todo el día no era una perspectiva apasionante. Aunque —le dije, antes de que se echara a llorar, dándole un beso en la mejilla— papá, por ti, por Nilde y por Giulio está siempre dispuesto a cualquier sacrificio.

17

Desde el punto de vista formal, aquella cena improvisada fue sorprendentemente bien. Pero en lo sustancial, comprendí enseguida que todo había cambiado y, como era de esperar, a peor. Cada pequeño movimiento me pareció cargado de significados nuevos y ambiguos. Para empezar, aunque sobrecargada de trabajo, Livia encontró el tiempo y las energías para salir corriendo a peinar y vestir a Nilde y a Sara como si fueran a asistir a quién sabe qué fiesta. Y ella misma —mientras yo recorría el pasillo de punta a punta canturreando nanas para Giulio, que se retorcía en mis brazos luchando contra el sueño— reapareció con un maquillaje, un peinado y un vestido que realzaban su belleza más de lo habitual. Silencio, susurré a las tres que hablaban en voz demasiado alta, que si no Giulio no se duerme. Entretanto, pensé: Claudia se pondrá todavía más celosa, y ya lo está de un modo irracional.

Poco después me vino a la cabeza que, en otras ocasiones de cenas con amigos, por lo que yo recordaba, Livia nunca había cuidado tanto su aspecto y el de sus hijas. Reflexionaba confusamente sobre los efectos y los enigmas de aquel despliegue de elegancia cuando llegaron los invitados y todos nos alborotamos. Mi mujer fue al interfono a abrir, Sara corrió muy emocionada a la puerta, seguida de cerca por Nilde, yo deposité en su cama a Giulio, que por fin se había dormido. Cuando regresé a la sala de estar obligándome a asumir un aire festivo y hospitalario, todos se

estaban desprendiendo de bufandas, abrigos, sombreros —había caído sobre la ciudad un frío glacial capaz de borrar el recuerdo de los noviembres pasados en los que todavía parecía verano—, y de inmediato me di cuenta de que Claudia también se había transformado. Ni rastro de los vaqueros de horas antes, ni rastro del jersey. Daba la impresión de no haberse arreglado para nuestra miserable cenita familiar sino para desfilar como una desgarbada modelo decidida a deslumbrar a un público refinado. Abigail, desde luego, no iba menos arreglada que mis hijas, y hasta Clelia se había esmerado bastante con su belleza de vieja señora; probablemente ese modo de emperifollarse era normal, debía de haber ocurrido otras veces sin que yo le prestara atención; sin embargo, fuera normal o no, en cuanto vi a Claudia tan arreglada no pude ocuparme de nadie más, pese a haberla tenido a mi lado todo el día.

Me di cuenta, claro, de que hacía mal y me obligué a actuar con naturalidad: representa el papel de anfitrión, habla enseguida con Alberto, abrázalo y comunícale vuestra leal hermandad de varones, sacúdete esa hipnosis; si sigues así, de encaprichamiento nada: madre, hijo y puede que incluso tu mujer te lo noten de veras en la cara. Pero en algún rincón oscuro dentro de mí, evidentemente, algo se resistía, exigía una feroz sinceridad, no se resignaba a la simulación y al subterfugio que me había reprochado Nino. Por eso, fui a saludar a Claudia, la primera, con dos besos en la mejilla como si llevara mucho sin verla. Es más: le apoyé la palma de la mano izquierda en el cuello, le presioné la nuca con los dedos y al besarla en un lado y otro de la cara me acerqué a propósito, de modo excesivo, a las comisuras de la boca. Ella no se sorprendió ni se apartó; al contrario, me pareció que lo exigía, y se limitó a soltar una

risita apenas perceptible, como un sollozo. Eso me fortaleció, y cuando me separé de mejillas, nuca, cuello, nube de perfume y pasé a saludar a Clelia, Alberto y Abi, que ya era propiedad de Sara, noté que sonreía distraído, opaco, pero también desorientado por el hecho de que, ante semejante audacia, ya no digo la profesora, ni siquiera Alberto se sublevara y gritara: ¿qué coño está pasando entre vosotros dos?

Lógicamente era yo el que —con la cabeza hecha un lío, un torbellino de imágenes fragmentadas y pensamientos mutilados— amplificaba cada movimiento y cada intención. De hecho, a mi alrededor las cosas seguían su curso habitual, nadie daba muestras de desconcierto, y mucho menos Alberto que, en su italiano fino y cordial con acento napolitano similar al de su madre, se puso enseguida a hablarme del caso de un joven de Costa de Marfil envuelto en un asunto de drogas, pese a ser completamente inocente, y de cómo se estaba ocupando de sacarlo de la cárcel. En cuanto a las tres mujeres, se dedicaron a elogiarse recíprocamente la ropa con tonos de admiración; hasta Clelia, como invadida por un amor senil, soltaba frases apasionadas sobre lo espléndida que estaba mi mujer. Mientras tanto, Sara y Abigail se sentaron a la mesa, una al lado de la otra, sin esperar a que Livia les indicara sus sitios; Nilde, por su parte, desanimada, se ponía al lado de su hermana, después cambiaba de idea y, siempre desanimada, ocupaba la silla al lado de Abigail.

A partir de ahí, la velada fue transcurriendo lenta y tranquila. Solo yo —y tal vez también Claudia— no dejaba de sentirme mal. Me parecía una mezquindad conversar con su compañero, sentía que habría sido más honesto llegar a las manos ahí mismo, sin esperar

ulteriores acontecimientos. Quería dejar de ser amigo suyo, sobre todo quería que él dejara de considerarse amigo mío. Qué diablos, apenas horas antes había abrazado a Claudia, la había besado, sobado —esa es la palabra adecuada— como fruta en el mercado pese a la prohibición, y ella había hecho lo mismo conmigo, de pie, contra la puerta de su estudio diminuto. Incluso en ese momento, aunque Alberto estuviese allí presente, me sentía continuamente empujado hacia ella, como si un hombretón invisible, más grande que yo, me golpease con fuerza entre los omóplatos ordenándome: ve. Por ello, las veces en que Claudia fue a la cocina a ayudar a Livia a llevar cosas a la mesa, dejé plantados a Alberto y a Clelia y yo también fui, mientras le decía: deja, deja, Claudia, ya me encargo yo, persiguiéndola por el pasillo como si no pudiera sobrevivir sin respirar su mismo aire. Y después, cuando necesitó los pañuelos de papel que llevaba en el bolsillo del abrigo, me ofrecí de un modo de lo más confuso —la casa era pequeña, ella la conocía bien— a acompañarla para indicarle dónde estaba, pero ella dijo: gracias, ya lo sé.

Consideré una salvación que Nilde me reclamara entonces, que quisiera a toda costa que me pusiera a su lado y, en consecuencia, que mi mujer me hiciera sentar en un extremo de la mesa, entre la niña y Clelia, mientras ella ocupaba el otro, entre Claudia y Alberto, y entablaba de inmediato una conversación tan banal como animada. Me gustara o no, me dediqué a entretener tanto a Nilde como a la profesora.

Con mi hija fue arduo. Durante toda la cena intentó convencerme de que ella también tenía derecho a sostener en brazos el muñeco, idéntico a un recién nacido real, que Abigail había llevado de visita.

La tensión disminuyó un poco cuando las tres niñas terminaron de comer y las mayores se levantaron de la mesa después de aceptar a regañadientes que la pequeña llevara el muñeco hasta el pasillo y luego asistiera a sus juegos sin importunarlas más.

Con Clelia fue mejor. A petición mía, me habló de su marido, profesor de matemáticas, fallecido hacía unos diez años —un gran hombre, repitió varias veces marcando el acento napolitano, me lo pasé en grande con él—, y con modestia, también de su carrera dedicada al estudio de la literatura inglesa. La estuve escuchando, me gustaron las risitas que aludían a su disfrute de la vida conyugal, pero —lo admito— también presté oídos a las conversaciones de Claudia, Alberto y Livia; de ellas deduje que Claudia estaba enfadadísima con su compañero por habernos impuesto esa cena, y que él, como todos, disfrutaba entreteniendo a mi mujer y haciéndola reír, parecía embelesado.

Livia no paraba de reírse. En esa ocasión me pareció más animada y hospitalaria que de costumbre: le hablaba a Claudia al oído dando a entender que le decía cosas prohibidas para Alberto; cogía a Alberto de la mano, del brazo, y lo sacudía divertida, como para despertarlo. Saltaban de un tema a otro: los hijos, el trabajo, las dificultades de la vida en pareja, y mi mujer apoyaba a Claudia tomándole el pelo a Alberto, para después elogiarlo tomándome el pelo a mí. En un momento dado, le dije con tono fingidamente amenazante: que te oigo, ojo con lo que dices. Pero luego me concentré de nuevo en Clelia, tenía ganas de confesarse conmigo a saber desde cuándo, y no quería que se disgustara.

La situación cambió cuando, como he dicho, las niñas se levantaron de la mesa y se fueron a jugar. Se creó entonces un

espacio vacío entre Claudia y yo que me permitió verla bien, de perfil; habría bastado con que me desplazara de silla para disfrutar de contactos aunque fuesen mínimos, la mano, una rodilla, un pie. Pero no era solo eso. La posibilidad de sentarme a su lado, en público, ante la mirada de mi mujer, de Alberto, resultó que en vez de disgustarme me atraía, lo veía como una legitimación. Pero Clelia tenía demasiado interés en acapararme —me estaba contando sus estancias como estudiante en Londres, en los años sesenta—, y yo no supe cómo ir al grano y decirle: vayamos con ellos.

Fue una suerte, desde luego: seguramente habría dicho y hecho cosas fuera de lugar. Oí que Livia afirmaba con un léxico insólito en ella: me daría cuenta enseguida si me engañara, desde hace doce años no ha pasado ni una sola vez junto a mí sin meterme mano por todas partes. Molesto, pensé: por qué contará Livia estas cosas a unos extraños, no es propio de ella, ha bebido. Y caí en la cuenta de que lo que me contrariaba no era que mi mujer le hiciese ese tipo de confidencias a Alberto, sino a Claudia, que para mí ya no era una extraña y me estaba lanzando una mirada divertida. Esbocé una media sonrisa abochornada, estuve a punto de intervenir, pero Clelia seguía hablándome, me distraje, me perdí algunos de sus comentarios, por educación me centré otra vez en la profesora.

Me giré de nuevo hacia mi mujer solo cuando dijo: esta mañana Carlo me tuvo al teléfono más de media hora para demostrarme que acercarse demasiado a los demás siempre es un riesgo.

¿Carlo? ¿Carlo la había llamado por teléfono para decirle algo así?

Alberto comentó con amabilidad: Carlo es una gran persona, pero se está volviendo demasiado sombrío; además, digámoslo abiertamente, hay veces en que piensa más en lo bien que están

juntas las palabras que las personas. Clelia también abandonó bruscamente sus memorias y fue categórica: ese viejo gruñón es la prueba de que ser escritor no implica ser inteligente. Yo me callé, me pregunté por qué Carlo —que sabía muchas cosas de mí y de Claudia— había sentido la necesidad de llamar por teléfono a Livia y hacerle esa observación. Aunque me fiaba de él, me puse nervioso: la cabeza de los viejos ahora funciona, al cabo de una hora tal vez no.

Reapareció entonces Nilde, hecha un mar de lágrimas por los desprecios que le habían hecho su hermana y Abi. Le dije: tesoro mío, creo que es hora de irse a la cama. Clelia estuvo de acuerdo, todos estuvieron de acuerdo. Claudia fue a arrancar a su hija del lado de Sara y yo, tras dejar a Nilde con Livia, que seguía charlando animadamente con Alberto, fui tras ella enseguida gritando: Sara, es tarde, despídete de Abi, vamos a dormir. Lamentaba que desapareciera así, de golpe, como una figura de aire, quería decirle: oye, que estoy tratando de organizar, ya he pensado en algunas posibilidades; y también, con un tono menos meloso: pero quiero ser claro con eso de *y después*, lo nuestro es afecto y diversión, nada de desastres.

En el pasillo le susurré: te espero mañana a las nueve y media en Villa Torlonia, delante de La Limonaia. Ella no contestó, se llevó a su hija con maneras bruscas. Me di cuenta de que yo contenía la respiración como si estuviese comprometido en quién sabe qué operación compleja y solté el aire despacio. Por las buenas convencí a Sara de devolverle el muñeco a Abi. Nos reunimos con los demás, que ya estaban poniéndose los abrigos.

—Por todas las molestias que te hemos causado, deberías enfadarte con él —remachó Claudia dirigiéndose a Livia y señalando a Alberto, que asintió compungido.

—En cambio le estoy agradecida, para las niñas y para mí ha sido una estupenda velada.

—Nos vemos pronto, cuando vengáis a cenar a casa.

—Será un gusto.

Las dos mujeres se abrazaron, se besaron. A pesar de que pocas horas antes Claudia me había dejado bien claro cuánto detestaba la belleza de mi mujer, se la notaba cómoda. Simulaba amistad ante mis ojos, me ignoraba sin esfuerzo. Quizás yo había acabado camuflado en medio de un choque entre mujeres. Quizás yo no era más que un pretexto manido para dar rienda suelta a una antipatía. Quizás Claudia no me quería a mí, sino que más bien, por motivos que ni ella misma sabía, quería arruinar a Livia quitándole al hombre que amaba, al padre de sus hijos, y gritarle, pese a toda esa exhibición de supuesta sororidad: él me considera mejor que tú, él me quiere más de lo que nunca te ha querido a ti, él prefiere hacer el amor conmigo y contigo no follará más, yo floreceré, tú te marchitarás. De todos modos, por el momento —mientras Abigail llamaba al ascensor y Nilde aprovechaba para sostenerle el muñeco, y el padre y la abuela esperaban en el rellano— triunfaba la buena educación, las dos mujeres siguieron haciéndose cumplidos. Cuando Claudia ya se encontraba al lado de la puerta del ascensor, oí a Livia que decía:

—Te queda realmente bien el pelo así.

—Gracias.

—¿Has cambiado de perfume?

—Sí, ¿te gusta?

—Mucho. Se lo olí ayer a mi marido y pensé que andaba en tratos con una tipa llamada Tea.

—¿Tea como la amante de la arquitecta Sarcante? —preguntó Claudia, divertida.

—No lo sé —contestó mi mujer y, mientras me pasaba un brazo alrededor de la cintura y yo, mecánicamente, le rodeaba los hombros a ella por un lado y por el otro a Sara, que estaba junto a mí, me miró de arriba abajo y quiso saber, tomándome el pelo—: ¿La tal Tea es amante de la arquitecta Sarcante o tuya?

—Mía seguro que no, pregúntaselo a la arquitecta —contesté, molesto.

Miércoles

18

Después de acostar a las niñas, estuve a punto de decirle a Livia en tono afable: esta noche estabas un poco pasada de rosca; y añadir enseguida: fue algo inconveniente que le contaras a Alberto que estoy siempre metiéndote mano; y a continuación: tal vez Sara no debería oír ni siquiera en broma que su padre tiene una amante; y acabar con un: ¿qué te dijo Carlo durante esa llamada telefónica que duró nada menos que media hora?

Pero no pronuncié ni una sola de esas frases, temía las palabras del cansancio, comienzan inocentes y enseguida pasan a hacer

daño. De modo que intercambiamos comentarios generales sobre cómo se había divertido Sara con Abi y sobre cuánto había sufrido Nilde. Después nos metimos en la cama —las sábanas estaban heladas— y la única frase de cierta importancia la pronunció mi mujer con las luces apagadas: tienes razón, tu compañera no se encuentra bien, ¿siempre está tan malhumorada? *Compañera*, dijo, no *Claudia*. Contesté: pues a mí esta noche me pareció alegre, en estos días suele estar bastante amargada.

Por la mañana, las carreras de siempre. Livia dejó a Giulio con la canguro y se fue corriendo a la universidad; yo llevé a las niñas al colegio y fui a Villa Torlonia. Como de costumbre, me costó encontrar aparcamiento, pero a las nueve y veinticinco crucé la verja de via Spallanzani. El parque estaba vacío, unas nubes grises y blancuzcas cubrían el cielo, caía una llovizna inconsistente que parecía polvo de agua. Entre la grava se habían formado grandes charcos, un arbusto de margaritas amarillas goteaba lluvia, como los carteles desteñidos que indicaban con bonitos rótulos la presencia del tomillo aquí, y allí la del enebro, la mejorana, la verbena. No llevaba paraguas, me resguardé debajo del tejado de un *hub* —eso ponía en el letrero— de ciencia creativa, lugar donde tenía pensado llevar pronto a Sara para que descubriera su lado de científica ingeniosa.

Me quedé unos instantes mirando dos palomas, una negra y la otra blanca y rojiza, que picoteaban entre las piedras, después sentí frío y entré en La Limonaia. El local era amplio, de techo alto, paredes del bonito color de la toba, suelo ajedrezado de losas blancas y grises. Flotaba un delicioso aroma a café y cruasán, elegí una mesa desde donde poder vigilar la entrada. Claudia tardaba, le

mandé un mensaje: estoy dentro. Pero no contestó, empecé a pensar que no se presentaría, me dije: no pasa nada, lo esencial que debíamos comunicarnos ya nos lo hemos comunicado. Sin embargo, seguí mirando la hora en el teléfono, ya sabía que si no la veía aparecer por la puerta al cabo de diez minutos, la iba a llamar por teléfono, protestaría, llegaría incluso a enfadarme. Quería verla como fuera, aunque todavía no tuviese una dirección que darle, un día y una hora que sugerirle, un abanico de posibles mentiras que contarle a nuestros respectivos cónyuges.

Y, sin embargo, pensándolo bien, debería haber tenido más urgencia en hablar con Livia que con ella. En realidad, más me hubiera valido llamar enseguida a mi mujer, valorar el tono de su voz, averiguar si estaba enfadada conmigo por algún motivo. Yo la amaba, quería evitar que sufriera, no podía imaginarme la vida sin ella. Claudia —me repetí a mí mismo— solo es un juego del azar que ya es imposible no jugar hasta el final. Livia no, Livia era un edificio minuciosamente concebido, apasionadamente construido. Pero durante la cena de anoche, me había parecido que la radiante belleza de mi mujer, su evidente cordialidad, el destello de su inteligencia no se habían opacado, no, sino tal vez —*tal vez*— desequilibrado. Sentía que en las últimas horas le había ocurrido algo desagradable y que ella había elegido guardarse por el momento ese acontecimiento, una impresión que en doce años yo jamás había tenido. ¿Se trataba de una hipótesis fundada? ¿O eso que me estaba sucediendo a mí hacía parecer anómalos ciertos rasgos que siempre habían formado parte de su normalidad? ¿Era mi desorden el que desordenaba la imagen que tenía de ella? ¿Era yo quien le buscaba tres pies al gato?

Fuera, al otro lado de la puerta cristalera abierta de par en par, por la grava se movía un pequeño torbellino de hojitas relucientes. Un gorrión se apoyó delicadamente sobre mi mesa sin ningún temor. Me gustaba, me habría gustado que se quedase, pero un camarero lo ahuyentó con un gesto automático y me preguntó si ya sabía lo que quería. Le dije que esperaba a una persona, hizo ademán de marcharse, pedí un café *macchiato*, fórmula que al oírla da sensación de suciedad, y sin embargo remite a un gran agujero blanco sobre la superficie oscura del café. Lo peor sería —pensé mientras el camarero regresaba a la barra— que ayer, entre todas las cosas que vivió Livia, se hubiera colado, no sé, un patinazo involuntario de Carlo. Cuando me sinceré con él, no tuve en cuenta que podía hablar con mi mujer, estaba convencido de que hacía tiempo que había decidido relacionarse sobre todo conmigo. Pero, por sorpresa, la llamó por teléfono, a saber con qué motivo, incluso estuvieron hablando nada menos que media hora. De modo que con lo charlatán que era el viejo, con esa ligera inestabilidad propia de la edad, podía haberme traicionado sin querer. Y a Livia no se le escapaba nada, era una investigadora acostumbrada a trabajar con fragmentos y pequeñas desviaciones; le bastaba con una palabra en lugar de otra, una frase dejada a medias con mal disimulada incomodidad, para llegar a las conclusiones correctas. Me puse nervioso, busqué el número de Carlo, le escribí: ¿tienes hoy algo de tiempo para mí? Justo cuando estaba mandando el mensaje, entró Claudia.

La preocupación por Livia se esfumó. Me levanté de un salto mientras ella, con su abrigo largo, cerraba el paraguas y lo dejaba en un rincón. Evidentemente yo esperaba algo más de aquella

ansiada aparición, me quedé de pie junto a la mesa, indeciso, buscando en su figura el detalle que me encendiera. No lo encontré, para colmo se mostró arisca al saludarme, ni siquiera me dio un beso en la mejilla. No se quitó el abrigo pese a que estaba húmedo, dijo que tenía frío, movía los ojos, sus gestos eran demasiado rápidos. Se sentó y enseguida se puso a despotricar contra Abi, que no había querido ir al colegio. Después le tocó a Clelia, que había tenido que ir a correos a recoger un envío certificado, estos carteros nunca tocan el timbre dos veces, es más —rio nerviosa—, ni siquiera una, dejan el aviso y se largan. Y como había sido imposible convencer a la vieja de que podía recoger el envío no necesariamente esa misma mañana, tuvo que contarle una mentira, cosa que detestaba. Se había inventado una urgencia, había dejado a su hija con la mujer de la limpieza prometiéndole que volvería lo antes posible. Y eso que era su primera mañana libre después de meses de esfuerzo, incluso habiendo dormido poco por culpa de la terrible cena en mi casa —la definió con esa palabra: *terrible*—, incluso muerta de sueño. Todo por encontrarse unos minutos con alguien —hizo un gesto teatral para señalarme— al que veía casi a diario desde hacía dos años sin subterfugios.

No supe bien si su enfado era real o si ironizaba sobre la cita que más o menos yo le había impuesto. Mientras hablaba, el camarero me trajo el café, se lo puse delante, ella lo tomó mecánicamente, sin azúcar, algo para mí inconcebible. De todos modos, dije, menos mal que estás aquí, temía que no vinieras. Sacudió la cabeza y murmuró, fluctuando entre el descontento sentido y el descontento fingido: sí, he venido, pero no sé por qué, detesto la lluvia, detesto el frío y me tengo que ir corriendo. Intenté entonces cogerla de una mano, pero

ella la apartó. Dije con un tono que me salió algo meloso: ahora que estamos juntos todo es bonito, incluso la lluvia, incluso el frío, incluso todas las molestias y los contratiempos. Se rio aún más nerviosa: será bonito para ti, que te lo tomas con calma y consigues divertirte con cualquiera, hasta con Clelia. Yo elogié a la profesora con cautela. Divertirme no, dije, pero es simpática, me habló de su marido y de cómo disfrutaron juntos durante cincuenta años, no dejaba de repetir en napolitano: me lo pasé en grande. Mostró su disconformidad con una mueca: no te gustará tanto cuando veas los líos en que nos meterá. Estaba tensa, me parecía que también alegre, no lograba decidir si la tenía tomada conmigo o exageraba en broma. Traté de nuevo de cogerla de la mano, esta vez me dejó, pero señaló hacia la entrada con mirada pícara y me preguntó:

—¿Y si ahora entrara Livia?

Retiré la mano, solo dejé las yemas de los dedos sobre sus uñas.

—Está en el trabajo.

—Pero ¿y si entrara ahora? Dice que a la menor ocasión le metes esas manazas por todas partes. Piensa en lo contenta que se pondría si se enterara de que a mí también quieres meterme mano por todas partes.

Aquello me incomodó. El local estaba vacío, nuestras voces retumbaban, temí que el camarero de la barra la hubiese oído.

—Me preocuparía más si entrara Alberto.

—Olvídate de Alberto, hablemos de Livia. Entonces, tu mujer aparece en la entrada, es hermosísima y, como de costumbre, se da muchos aires.

Esa definición me molestó, murmuré:

—No se da muchos aires.

—De acuerdo, no se da muchos aires, es perfecta. Pero ve que me tienes agarrada de la mano. Entonces ¿qué haces tú, qué dices? Cuéntame cómo te agarras a un clavo ardiendo.

Recurría al mismo tono que usaba cuando argumentábamos sobre las posibles reacciones de un personaje, y por unos instantes no tuve la sensación de estar con la mujer de la que me había encaprichado —en ese momento, *encaprichado* me pareció más pertinente que *enamorado*—, sino con mi compañera de trabajo. Repetí con un tono un tanto hostil:

—¿Y Alberto cómo se agarraría?

—No cambies de tema.

—Parece que os lleváis de maravilla.

—Te he dicho que no quiero hablar de él.

Fue tajante, me callé, dijo que su compañero no debía entrar en nuestras conversaciones ni de broma. Yo le contesté: entonces Livia tampoco. De acuerdo, aceptó, y en ese punto, la praxis de los guionistas dio paso enseguida a la de las típicas rencillas de pareja, falsa la una y falsa la otra, ambas una cita sarcástica. Se fijó en las palomas que picoteaban en el umbral, pareció aburrida de mí y de ellas.

—Vámonos, prefiero pasear un rato.

—Llueve.

Se puso de pie.

—Llevo paraguas, y además ya no llueve.

Dejé dinero suelto en la mesa, la seguí. Era cierto, ya no llovía. De pronto el cielo se cubrió de pequeños claros azules, pero los árboles chorreaban como si lloviera, Villa Torlonia era un pantano. Claudia me pasó su paraguas, lo abrí con un chasquido violento del resorte,

se me arrimó por sorpresa y se aferró a mi brazo. En el local desierto no había querido que la tocara; ahora se apoyaba en mí como por culpa de los senderos destrozados, de los charcos de agua, pero de un modo envolvente, estrechándome contra ella bajo el paraguas. Me confunde, pensé. Su actitud oscilante contribuía a que la notara inestable, todo en ella se esfumaba enseguida. El abrigo, por ejemplo: el domingo anterior me había causado una gran impresión y ahora, si lo pensaba, me dejaba indiferente, una prenda fastidiosa que me impedía notar sus brazos alrededor del mío, el pecho y la cadera que me presionaban. O el pelo: tanto rollo, la luz, las nubes, y ahora ni caso. ¿Qué quería de ella, desenvolverla sin cesar para maravillarme? Ahora me hablaba con más calma, espiándome de abajo arriba, la cabeza reclinada a veces sobre mi hombro. Sonreía, reía, y cambiaba de nuevo el escenario, me embelesaban los dientes blanquísimos, el brillo de la saliva.

—Livia y tú estáis bien juntos —dijo, rompiendo el pacto de minutos antes.

Vacilé, quería ser sincero (*debía serlo*) pero sin disgustarla.

—Sí, así es.

—Entonces ¿por qué me escribiste que me querías? —preguntó, pero sin agresividad, como si realmente estuviese deseosa de entender.

Intuí que, a su manera, desde que entró en el bar estaba desarrollando aquel *y después* del día anterior —*quieres a tu mujer, me quieres a mí, muy bien, pero explícame adónde nos conduce todo esto*—, y lo estaba haciendo de un modo sutil, con breves incursiones irónicas y al mismo tiempo muy serias. Así que era el momento adecuado para decirle la verdad, la tenía en la punta de la

lengua. Pero una vez más no pude, todo seguía adelante, retroceder y hablarle del error me pareció una crueldad no solo hacia ella sino también hacia mí. Tras unos segundos de incomodidad, contesté con una frase vaga:

—Hay una larga historia entre mi mujer y yo.

No protestó, me estrechó el brazo con más fuerza, daba la sensación de que entendía mis dificultades y que leía con precisión más allá de la vaguedad de la respuesta.

—¿Es la primera vez que te enamoras de otra?

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí.

—Júramelo.

—Te lo juro.

—Y nunca dejarías a tu mujer.

Le besé el pelo y dije:

—No, nunca; tampoco soportaría que ella me dejara.

Por las zonas de césped encharcadas empezaban a corretear los perros, sus dueños los llamaban. Una mujer con impermeable y sombrerito rojo de lana me pareció especialmente nerviosa, gritaba a breves intervalos con voz débil: Nadò, Nadò, o algo similar. Llegamos al estanque en silencio, los surtidores no funcionaban, pero el agua estaba limpia. Al fondo había una villa con sus pórticos laterales. Aparté las hojas puntiagudas de la palmera enana que impedía el paso, bordeamos el estanque. Como ella no decía nada, pensé que la había ofendido. Le pregunté con cautela:

—¿Por qué, tú dejarías a Alberto?

—Deja ya a Alberto —dijo con desgana.

—¿Alguna vez lo has engañado?

—Hablemos de nosotros.

Sin embargo, nos quedamos callados, llegamos al edificio en silencio. De cerca, su blancura no se sostenía, aquí y allá el enlucido estaba abultado por la humedad y se había desconchado dejando una mancha oscura, las puertas estaban herrumbrosas. Pero después del frío gris de momentos antes, un sol sorprendentemente cálido se abrió paso entre las nubes. Le dije:

—Qué locura de tiempo.

Ella se echó a reír.

—¿Me tengo que ir a casa corriendo y tú quieres hablar del tiempo?

—No.

—Entonces basta, aclaremos las cosas: me quieres, pero también quieres a tu mujer.

—La formulación no tiene mucha lógica, pero en esencia es así.

—¿O sea que quieres hacer el amor conmigo para después volver y esa misma noche, o a la mañana siguiente, hacerlo con Livia?

—Qué necesidad hay de expresarse de ese modo.

—Si es así, hay que decirlo así.

Suspiré. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que le envié ese mensaje por error? Conté mentalmente, apenas cuatro días, estaba a punto de comenzar el quinto. Dije:

—En este momento es así, pero no sé qué pasará después. Ya ni siquiera soy capaz de prever qué pasará dentro de una hora. De modo que entendería si dijeras: ya no te quiero.

—Te gustaría, ¿eh?

—No me gustaría nada. ¿Quieres más?

Enfilamos la angosta columnata de la derecha. En el cristal de una ventana de la planta baja, un cartel indicaba: ZONA MUSEÍSTICA CON VIDEOVIGILANCIA. PROHIBIDO PRACTICAR ACTIVIDADES DEPORTIVAS DEBAJO DE LOS PÓRTICOS. Me dio un beso veloz en los labios.

—Sí, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Esta historia la empezamos juntos y la terminamos juntos.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que tú no dirás por tu cuenta que ya basta.

—No lo entiendo.

—No entiendes por qué me escribes que me quieres, pero quieres follar y ya.

—No pienso en ti de ese modo, nos conocemos desde hace demasiado tiempo.

—No nos conocemos para nada. Por eso te lo digo lo más claramente posible: no quiero sentirme probada y descartada. Nos enrollamos de común acuerdo y nos dejamos de común acuerdo.

Esta vez la besé yo, intensamente, abrazándola con fuerza, demasiada, con la impresión de que el abrazo no era suficiente y ella podía soltarse y acabar en el suelo. Pero al cabo de un segundo, dos, tal vez tres, me aparté, como si quien videovigilaba los soportales fuese a salir gritando que no solo se prohibían las actividades deportivas, sino también las eróticas, máxime cuando la estaba abrazando de ese modo y podía hacerle daño.

—Está bien, aunque sigo sin entender —mascullé.

—Lo entenderemos los dos en el momento oportuno.

—Todavía no he encontrado un sitio adecuado.

—Ya le dije a Alberto que una de estas noches iré a dormir a casa de una vieja amiga que está pasando por una mala situación.

—¿A dormir?

—¿No puedes dormir una noche fuera? —me preguntó con una mirada irónica.

—Sí que puedo —mentí.

Empezaban a aparecer madres con niños en sus cochecitos. O tal vez fueran las canguros; las madres trabajaban, como Livia. De acuerdo, ya me dirás, adiós, dijo de pronto Claudia en un susurro y bajó las escaleras a saltitos. La vi dirigirse a paso lento hacia la salida que daba a la Nomentana. Me quedé mirándola mientras se alejaba. Era cierto: el largo y pesado abrigo no me devolvía el efecto de dos días antes. Sin embargo, me acordé de pronto de dónde me vino la imagen del compás: de unos versos de John Donne reescritos por Cristina Campo. Y me había equivocado: el compás no era Claudia, sino nosotros dos juntos. Ella era el pie fijo y yo, por más que me alejara en diagonal con la pretensión de trazar círculos, era el pie subalterno. El complemento «de balaustre» no constaba, lógicamente, en el texto de Donne y de Campo, lo había introducido yo para escapar de ella por medio del ridículo, pero no lo conseguí. ¿Qué hacer, pues? Las horas pasaban volando, en algún lugar acabaríamos. Cuando el teléfono me avisó de que tenía un mensaje, seguía inmóvil en lo alto de la escalinata de la villa-museo, entre grandes ánforas manchadas de caca de paloma y musgo. Yo giraba alrededor de Claudia, bien clavada en mi cabeza, pese a que se difuminaban con alarmante facilidad sus labios de ayer, las manos de hoy, las miradas. Me había contestado Carlo. Escribía: te espero en mi casa a la una, comemos algo juntos y me cuentas cómo te va.

19

Llamé a Livia. El teléfono sonó un buen rato, temí que no me contestara. Pero lo hizo, con pocas palabras artificiales, evidentemente estaba con colegas o estudiantes. Le dije que me había llamado Silvero, alguien que ella solo conocía de nombre; era un pequeño productor muy activo para quien yo había trabajado en el pasado. El tal Silvero quería hablarme de un proyecto y me había invitado a almorzar, de manera que no comería en casa. De acuerdo, contestó, ella se encargaría de Giulio. Después me preguntó si me daba tiempo a ir al colegio a buscar a las niñas. Claro, dije, lo de Silvero será breve, no te preocupes.

Solo al final de la llamada me pregunté por qué le había mentido. Habría podido decirle la verdad sin problemas, en un par de ocasiones ya había ido a almorzar a casa de Carlo y no se lo había ocultado. Es más, pensándolo bien, habría podido contarle también lo del café con Claudia en Villa Torlonia, no tenía nada de malo: ella me habría imaginado en el bar con la Claudia de los dos últimos años, desde luego no con esa nueva figura de mujer cautivadora, la de destellos intermitentes de luces navideñas. Así que estaba omitiendo, inventando, y ni siquiera por necesidad. Después de doce años de leal convivencia, había iniciado una cadena de mentiras que, como sabía bien, podía convertirse fácilmente en mi pan de cada día.

Llegué a la casa de Carlo con esa pregunta en la cabeza. Vivía junto al Lungotevere delle Armi, en un apartamento que él mismo definía como demasiado grande para una persona sola. El ascensor estaba averiado, subí los seis pisos por las escaleras. Lo encontré en el umbral de su casa, pequeño, enjuto, de buen humor, como siempre. Murmuré jadeando: hoy será mejor que no salgas, el ascensor no funciona. Dijo que el ascensor se estropeaba un día sí y otro no, pero que no era una tragedia: todavía tenía las piernas fuertes, no le molestaba bajar y subir andando. Después me condujo a su estudio, siempre me había recibido allí. Noté enseguida que en el escritorio había tres o cuatro libros abiertos y que el ordenador estaba encendido. Dije: estás trabajando, he venido a molestarte, lo siento. Con su estilo indulgente ironizó sobre la palabra *trabajar*. Dijo que para mí y para Claudia escribir seguramente era un trabajo, pero para él —soltó una risa a medio camino entre la carcajada y el acceso de tos— ya solo se trataba de engañar al tiempo desgastando ideas con palabras inadecuadas. En otra época, de joven, sí que había escrito con sumo placer. Observaba a sus parientes, a sus conocidos e incluso a los transeúntes, de su vida visible deducía la secreta y se ponía a escribir intentando ser fiel a su realidad. Después se dio cuenta de que únicamente había aprendido —bastante mal, por cierto— un par de juegos malabares para dar la impresión de que un cuentecillo era la vida verdadera. No solo eso. Poco a poco se había convencido de que aquellos juegos maravillosos —útiles en otros tiempos para escribir obras maestras— ya no eran más que un puñado de truquillos manidos que, al utilizarlos por enésima vez, o incluso al sabotearlos por enésima vez, no permitían a la literatura avanzar un solo milímetro. Por eso,

querido mío —concluyó alegre—, no tengas reparos, para mí esta visita tuya es el maná; a mi edad, qué me importa escribir otra tontería en la que todo encaja en su sitio; tú me gustas desde que te conocí, me gustan tus líos, me gusta echarte una mano, me gusta ver en qué acabará tu desmadre existencial, me gusta incluso pensar que eres joven, que tienes una gran energía creativa de la que pronto sacarás una novela extraordinaria que yo, por mi parte, no sabría escribir. Y me empujó hacia una ventana, la abrió, quiso enseñarme el cielo azul, la luz, la ciudad, una parte del Tíber resplandeciente entre manchas de hojas amarillas. Fíjate qué día más bueno ha salido, exclamó, ¿a ti te parece momento para escribir? Lo mejor era conversar con amigos, pasear, mostrar interés por la gente en la calle, enamorarse.

Le lancé una mirada para sopesarlo.

—¿Todavía te enamoras?

—¿Y por qué no?

Estallé en carcajadas con toda la simpatía de la que me sentí capaz. Le dije que dichoso él, que en la cabeza seguía siendo un muchacho, pero me contestó que no, que era viejo, mejor dicho, viejísimo, en la cabeza y en el resto del cuerpo. La *muchachería* solo era un residuo, como hacer diez largos en la piscina cuando se aspira a treinta a pesar de la edad o planificar libros complicados que no había escrito ni siquiera en la plenitud de sus fuerzas. Por otra parte, ironizó, cuando todavía te queda algo de energía en las piernas no vas por ahí con bastón porque lo impongan los años, el bastón sería un estorbo. Y cerró la ventana, se dirigió a una escalera de caracol que se enroscaba hacia el techo y, con sus pasitos

meditados, comenzó a subir por ella aferrándose a la espiral de hierro del pasamanos.

Lo seguí como si fuera una especie de regidor supremo en la sombra —me hacía falta— y salimos a un espacio pequeño, pero con un ventanal desde el que se podía ver media ciudad. Nunca me había llevado allí.

—¿Te gusta?

—Precioso.

Adoptó una expresión de autoirónica complacencia. Algún que otro truquillo, dijo, ejecutado de manera mediocre no beneficia en nada al arte de la poesía, pero, si tienes suerte, te asegura una vejez con alguna comodidad. Entonces me hizo sentar a una mesita puesta, quiso servirme vino, aunque por señas le dije que no, y, de buenas a primeras, me preguntó si había hecho el pequeño ejercicio de memoria que me había indicado.

Al principio me costó recordar a qué ejercicio se refería, pero después caí en que aludía a la recuperación de las palabras que yo le había atribuido en relación con Claudia. Le dije que me había esforzado, aunque solo había conseguido dar con una especie de débil eco, no sabía repetirle las frases exactas y tampoco en qué circunstancias las había pronunciado. De todos modos, se mostró muy interesado en mi investigación, y mientras servía no sé qué de una cacerola dispuesta sobre un hornillo —tal vez pescado con patatas—, quiso saber si yo todavía creía que él me había hablado del amor que sentía Claudia por mí. Fui vago —no tenía claro ni lo que se me pasaba por la cabeza, lo único que me preocupaba era no hacerle daño a nadie—, y me puse a comer sin prestar atención a lo que tenía en el plato.

—Todo placer nuestro lleva consigo el riesgo de causar sufrimiento —dijo.

—Lo sé.

—Me preocupa el pobre Alberto, es amigo mío.

—También mío.

—Es una buena persona, aunque tiene sus momentos de turbación y de furia, como todo el mundo.

—No conozco ese aspecto suyo.

—Claudia sí lo conoce a fondo —dijo.

La frase no me gustó, dejé de comer. Me sentí como cuando era joven, perdido en la ciénaga de la inquietud, una metáfora —y antes que eso un estado— que detestaba y me seducía a la vez. Estuve a punto de decirle que no solo no sabía ya nada de Alberto sino tampoco de Claudia, la Claudia que me atraía había pulverizado a la que me parecía conocer. Y me puse a contarle cómo habían avanzado rápidamente las cosas entre ella y yo sin darme cuenta, o casi. He sido fiel a Livia durante doce años, murmuré, sin embargo, en pocas horas, por casualidad, se rompieron las barreras. Qué debía pensar. ¿La fidelidad estaba sujeta a un plazo? ¿Era una tontería incluso tratar de ser fieles? Él negó con la cabeza, se limpió los finos labios con la servilleta de papel, y como el papel era azul, por un instante la luz reflejó ese color en su rostro descarnado.

—Aprecio mucho a las personas fieles —dijo—, pero los infieles me resultan simpáticos.

—¿O sea que me aprecias si me mantengo fiel a Livia y simpatizas conmigo si la engaño?

—A grandes rasgos, sí, pero evitaría eso de *engañar*, es un verbo odioso. La infidelidad no es un engaño, es una manifestación de

curiosidad.

—Supongamos entonces que me acuesto con Claudia: ¿estás de mi parte o de parte de Livia?

—Digamos que se mantiene intacta mi gran admiración por tu mujer, pero para que las cartas se mezclen un poco, el mundo necesita gente como tú y como Claudia.

Quiso servirme más pescado, más patatas, me negué con un gesto quizás demasiado tajante. Come, insistió, eres alto y fornido, te esperan placeres y tormentos, tienes que alimentarte, y me llenó otra vez el plato. Dije, bajando la vista:

—Sé que llamaste a Livia.

—Sí, necesitaba cierta información para una amiga que estudia el envejecimiento cultural.

—Le dijiste que acercarse demasiado a los demás es un riesgo.

—Puede ser, la curiosidad es arriesgada.

—¿Cómo la encontraste?

—En plena forma.

—Quería saber si la notaste intranquila.

—¿Debido a ti y a Claudia?

Lo miré alarmado.

—¿Se te escapó algo, media frase, una palabra equivocada?

Guardó silencio durante una larga fracción de segundo y sus ojos, de por sí pequeños, se achicaron bajo el peso de los párpados. Dijo:

—Te doy un consejo: si quieres llevar adelante esta historieta tuya sin causar daños, no me atribuyas a mí ni a los demás lo que solo depende de ti.

Me perturbó no tanto el sentido de las palabras como el tono con el que se dirigió a mí. Era un hombre que podía decir cosas

insoportables con una afabilidad que apaciguaba, pero ahora se había mostrado capaz de ser —cómo decirlo— inclemente. Traté de justificarme, le expliqué que con Claudia no se había dado la ocasión y el tiempo necesario para aclarar lo que nos estaba pasando. Por eso no estaba contento; al contrario, estaba asustado. Detestaba los subterfugios pero me sentía expuesto, ni siquiera contábamos con un lugar donde refugiarnos y estar tranquilos. Me da la impresión —murmuré— de estar como esos que en las películas echan a correr a ciegas y acaban en las arenas movedizas. Y en cuanto a la curiosidad, sí, la había, pero tampoco tanta. Amaba a Livia, no quería arriesgarme a perderla. En un momento dado, exclamé:

—Tú sabes muy bien cómo empezó, por mi parte nunca hubo una iniciativa premeditada.

Hizo un gesto con la cabeza, tal vez de asentimiento, tal vez no.

—Estando así las cosas, ¿qué piensas hacer? —preguntó.

—No lo sé.

—¿Quieres que decida yo por ti?

Estallé en carcajadas:

—¿Tú? Bueno, sí, sería estupendo. Al fin y al cabo, creo que he venido precisamente para eso.

Apartó el plato que había rebañado primorosamente con un trozo de pan, lo hizo como si de pronto le repugnara. Palpó el mantel de manera mecánica, quizás para buscar algo que no conseguía ver, se levantó, dijo con una educada media sonrisa:

—Perdona, vuelvo enseguida.

Se sumergió en la escalera de caracol, pensé que iba a buscar el teléfono o una pastilla que le alargara aún más la vida. Me levanté, me acerqué al ventanal. La luz ya no era cegadora, el tiempo se

disponía a cambiar de nuevo, volvía a soplar un poco de viento. La ciudad parecía el cuerpo petrificado de un animal muerto tendido entre la vegetación amarillenta, bajo un cielo pálido y desgarrado. Me aparté de los cristales, examiné con desgana los anaqueles de una pequeña biblioteca. Solo había libros de Carlo, ensayos y novelas, ediciones completas, de bolsillo, traducciones. Cuánto había escrito ese hombre, miles de páginas, y sin embargo se sentía parte de una incapacidad universal, aparentaba ser plácidamente infeliz.

Eché un vistazo a los títulos, los encontré pretenciosos. Prometían demasiado, quizás por eso habían decepcionado, a él en primer lugar. Me vino a la cabeza el hecho de que Livia apreciaba mucho esos libros, debía decidirme a leer alguno. Quizás, si los hubiese leído, habría encontrado indicios de las tortuosidades secretas de mi mujer, especialmente en ese momento en que una parte de su imagen nítida se me desenfocaba en la cabeza. Extraje uno de los libros, intrigado por el título: *Primer adulterio*. Me fijé en la fecha, era de 2003. Por el texto de la contracubierta deduje que hablaba de un hombre mayor, que llevaba más de cincuenta años felizmente casado, y descubría de repente que estaba enamorado de alguien de su edad, amiga suya y de su mujer desde hacía mucho tiempo. Viejos que aman a viejos, pensé molesto, no existe temática compleja —la juventud, la vejez, la guerra, los desastres del clima, las revoluciones, un tsunami— que no pueda enroscarse alrededor de una historieta romántica. Oí los pasitos de Carlo subiendo los peldaños de la escalera, dejé el libro en su sitio. Incluso cuando se movía daba la impresión de estar inmóvil, y eso me producía una necesidad de estabilidad. Al reaparecer, dijo:

—La cabeza es débil, no hay nada que hacer. Nunca me acuerdo de dónde pongo las cosas.

Me enseñó dos llaves colgadas de un llavero de color rojo. Añadió:

—Con esta se abre el portón, y con esta, la puerta. Es de un apartamento minúsculo que tengo en Monteverde. Antes vivía allí, pero desde que estoy en esta casa ya no voy.

Me entregó las llaves, ni siquiera traté de asombrarme por su generosidad, le di las gracias. Y aunque sabía bien que aceptarlas podía suponer el naufragio de mi vida adulta, el hecho de que fuese él quien me las daba me liberó de toda ansiedad. Se dirigió a un pequeño escritorio, apuntó la dirección y, al tenderme la nota, esbozó una amplia sonrisa y dijo:

—Solo una recomendación: esto debe quedar entre nosotros, no debes decírselo ni siquiera a Claudia.

20

Regresé por el Lungotevere a paso veloz con la esperanza de que los guardias urbanos no se hubiesen llevado mi coche. Lo encontré donde lo había dejado, atravesado, con una rueda encima de la acera. Me incorporé al tráfico distraídamente, como si la posibilidad de tener una brutal colisión sangrienta con otro coche o moto o autobús se hubiese vuelto irrelevante, pese a que mis hijas me esperaban en el colegio. Como de costumbre, Carlo me había alterado mágicamente el orden jerárquico de las cosas y me lo había reorganizado de arriba abajo siguiendo su inspiración del momento.

De modo que, mientras conducía en dirección a la Nomentana, respecto a aquellas llaves no sentí ni la responsabilidad de usarlas ni la amenaza de que me abrieran las puertas de una vida infernal. Y aunque jamás le había hecho una confidencia sobre mis pasadas fechorías —no revelaba a nadie lo peor de mí—, desde hacía tiempo Carlo parecía haber comprendido qué clase de persona enrevesada era yo. Sin embargo, no daba señales de querer sacarme del apuro; se limitaba a insinuarme, incluso con un gesto o una mirada, que en mí no había nada desechable, que todo contribuía a un desarrollo narrativo adecuado que yo mismo habría podido plasmar por escrito, si me hubiese decidido a abandonar los guiones y me dedicara a la literatura. Cierto, había definido mi situación como *un desmadre existencial*, pero esa expresión, que debería haberme deprimido, más bien me había dado ánimos gracias a su modo de pronunciarla. Era como si me hubiese dicho: todo está en movimiento, querido mío, el juego está en marcha, estás vivo, te lo estás pasando bien, qué más quieres; por ello me sentía —elegí a propósito un adjetivo que a mis oídos sonara agradable y divertido a la vez— jovial. Sí, era un alegre jugador de póquer que estaba poniendo sobre el tapete a Livia, Sara, Nilde, Giulio, también a Claudia, también el trabajo, que, cuando el trato de colegas se transformara en relación sentimental, podía llegar a atascarse e interrumpirse. Había mucho en juego; sin embargo, me sentía seguro, fuera cual fuese el resultado de la partida, lo disfrutaría. Por ello conduje durante un trecho con temeraria ligereza, no veía la hora de anunciarle a Claudia que había encontrado un buen lugar donde refugiarnos, y a Livia que tendría que pasar toda la noche fuera de casa.

Con esa disposición de ánimo, detuve el coche un poco más abajo del colegio de las niñas, un tramo de calle que a esa hora se convertía en un atasco de carrocerías y cuerpos agresivos de padres que daban bocinazos, gritaban, se afanaban en hacerse ver por sus hijos, que ya salían. Dejé el coche al borde del caos, esquivé a adultos y niños, crucé el patio, fui a una escalera exterior que llevaba a las aulas reservadas a los más pequeños. Pero una vez dentro dejé que me adelantaran otros padres, sobre todo madres, e incluso algún abuelo, localicé un rincón con una mesita y una silla, me senté y llamé a Claudia.

Lo único que quería era contarle lo del apartamento, me urgía saber cuándo podríamos ir. Solo si me indicaba el día, la noche que estaría disponible, podría hablar luego con Livia, improvisar una mentira. Pero el teléfono sonó un buen rato y Claudia no contestó. Aquello me pareció un inconveniente contrario a la buena racha que yo atribuía a Carlo. Resoplé, me guardé el móvil, fui al aula de Nilde. Me asomé, saludé con la mano a la maestra. Mi hija estaba sentada en un banquito con cara ceñuda, los demás niños ya se habían ido. Se levantó para acercarse a mí, pero cambié de idea, la detuve con un gesto. Me resultaría imposible telefonear a Claudia con las niñas en el coche, sonreí a la maestra, articulé en silencio: es solo un momento. Nilde hizo una mueca de incomodidad y volvió a sentarse. Marqué otra vez. Un timbrazo, dos timbrazos, tres timbrazos, cuatro timbrazos. Al quinto no contestó Claudia, sino Clelia.

Claudia ha ido al colegio a buscar a Abi, dijo, y se ha dejado el móvil. Se justificó, había visto la primera vez mi nombre en la pantalla sin decidirse a contestar porque su nuera se enfadaba mucho si alguien se atrevía siquiera a tocar su teléfono; pero a la

segunda llamada lo había cogido porque podía tratarse de algo urgente. Dije cohibido:

—Urgente, no, pero son cosas de trabajo, ya hablaré con ella más tarde.

—Le digo que le llame.

—No hace falta, lo intento dentro de un rato.

Se hizo un silencio y luego, con el tono de quien dice algo en broma, me preguntó:

—¿Y nosotros cuándo nos vemos?

¿Vernos? ¿Ella y yo? Solté una carcajada artificial:

—Cuando quiera.

—Cuando quiera es muy vago, fijemos una fecha. ¿Y por qué queda con ese viejo maligno, va a comer a su casa y conmigo nada?

El viejo maligno era Carlo, evidentemente. Reí otra vez, incómodo:

—¿Cómo lo sabe?

—Él y yo somos dos momias charlatanas.

La incomodidad aumentó. ¿Carlo la llamó por teléfono en cuanto yo me marché de su casa? Me pareció más probable que hubiese sido ella quien lo llamara, tal vez lo hacía continuamente, era una mujer culta que, sin duda, padecía de soledad.

—Son ustedes personas excepcionales —exclamé con fingido entusiasmo—, aquí la momia soy yo. ¿Qué le parece si nos vemos mañana por la mañana y damos un paseo?

—Perfecto, quedamos así. A las diez, al lado del Bersagliere de Porta Pia, en la parada del autobús.

—Será mejor que pase a buscarla en coche.

—De ninguna manera. Soy vieja pero independiente, me muevo por toda Roma en transporte público. Y sobre todo, ni una palabra a

Claudia, por favor. Mi nuera considera que es usted de su propiedad y si se entera de que nos vemos, me monta un número.

De golpe me divirtió ese rasgo común entre los dos viejos: por motivos distintos, ambos consideraban a Claudia como un problema.

—De acuerdo —dije—, a las diez al lado del Bersagliere.

—No veo la hora, anoche me hizo sentir muy cómoda. Su sensibilidad me causa ternura, es un muchacho tan bueno como triste. Hablar un poco nos hará bien a los dos, intuí muchas cosas sobre usted.

—¿Qué intuyó, Clelia?

—Ah, pues muchas cosas, muchas cosas, hasta mañana.

Me guardé el teléfono en el bolsillo. Estaba nervioso, el poder benigno de Carlo se había atenuado. Pedí disculpas a la maestra de Nilde, la niña se reunió conmigo en el pasillo. Protestó, pero la mandé callar, la arrastré hasta el aula de Sara. Qué había percibido Clelia en mí. Descarté que el viejo le hubiese contado lo de Claudia, lo de las llaves y el apartamento de Monteverde: la profesora no habría sido tan amable; habría tomado partido por su hijo y su nieta para protegerlos. Lo más probable era que no quisiera ser menos que Carlo, se estaba inventando un pequeño papel como mi vieja amiga del alma para luego utilizarlo con él por teléfono o en otras ocasiones en que coincidieran. Sí, así es como están las cosas, me dije para tranquilizarme, y he hecho bien en aceptar verme con ella. Reírle las gracias a Clelia suponía neutralizar uno de los peligros de aquella historia; aunque la verdad, no sé, me dejó perplejo: ¿por qué me había definido como alguien tan bueno como triste? ¿Era su opinión o repetía una fórmula de Carlo, tal vez de Alberto, o incluso de Claudia?

Encontré a la maestra de Sara de bastante peor humor que la de Nilde. Se quedó callada a pesar de que me disculpé varias veces; solo contestó con un sonido feroz e inarticulado cuando me despedí y salí del aula con la niña. Mi hija mayor no se mostró belicosa como su hermana, sino muy taciturna; se limitó a comentar: ha dicho la maestra que la próxima vez que llegues tarde me tira a la basura.

Las arrastré por el caos que había frente al colegio. Esquivé a un tipo que, de pie junto a su vehículo, a través de la puerta abierta, tenía la mano firmemente apoyada en el claxon en señal de protesta por mi coche, que le impedía largarse con sus niños. Pedí disculpas, aunque con tono amenazante, acomodé a Sara y a Nilde en el asiento de atrás, arranqué. Me costó mucho escapar de uno de nuestros rituales diarios: en el trayecto de vuelta a casa, cantar una cancioncilla que las dos niñas se sabían de memoria y a la que yo le cambiaba la letra adrede para divertirlas. Zanjé el asunto con un no rotundo y avanzamos un trecho sumidos en un silencio contrariado. Pero en un momento dado sonó el teléfono, la pantalla del salpicadero se iluminó. Era Claudia, contestar suponía que las niñas escucharan la conversación. Al tercer timbrazo, Sara, que había leído el nombre, dijo:

—A lo mejor Abi quiere hablar conmigo.

—No contestes —me sugirió Nilde de inmediato.

—Contesta —gritó Sara.

Contesté. Claudia preguntó:

—¿Me has llamado?

—Estoy en el coche, las niñas te mandan saludos —respondí un pelín frío.

—Saludos de Abi y de mi parte.

—Quería comentarte que ya lo he organizado todo.

—Bien.

—¿Cuándo podrías?

—Mañana.

Guardé silencio, sentí una oleada de angustia, *mañana* me pareció demasiado pronto.

—De acuerdo, te llamo para confirmar —dije, perplejo.

—¿Qué quieres confirmar? Si quedamos mañana es mañana.

—Mañana, pues, adiós.

—Saludos para Abi —chilló Sara, pero Claudia ya había colgado.

Miré a mi hija por el retrovisor, la vi pálida, decepcionada. Nilde también se dio cuenta y se acercó a su hermana, al experimentar precozmente que la dicha ajena nos amarga, mientras que el sufrimiento despierta en las almas más sensibles la inclinación a brindar consuelo. Sentí por las dos un amor tan intenso que se me saltaron las lágrimas. Trabuqué hasta llegar a casa su cancioncilla cambiando o inventándome palabras y me noté jovial una vez más. Pero el adjetivo ya no me divertía.

21

Las niñas se negaron a usar el ascensor, prefirieron subir andando. Ellas delante y yo detrás, un escalón tras otro hasta llegar a la puerta de casa, hablando a gritos en *koll*, una lengua indescifrable, y a cada media frase nos felicitábamos recíprocamente —bravo, bravísimas—; era tan divertido que llorábamos de la risa. Seguimos

incluso cuando nos precipitamos por el pasillo, gritando preguntas, respuestas, exclamaciones de asombro o de reprobación con sonidos incomprensibles incluso para nosotros. Giulio salió a recibirnos con balbuceos no menos oscuros, gateando a toda velocidad, y sus hermanas se lo disputaron con frases inventadas que casi lo dejan sordo. Después apareció Livia —qué tarde llegáis, me teníais preocupada—, y nosotros le contestamos en nuestra lengua incomprensible, cosa que hizo que se riera, aunque forzadamente. Después dijo, seria: de acuerdo, lo entiendo, pero ahora quitaos los zapatos y los abrigos, lavaos las manos, quiero que cuidéis de Giulio y que os toméis la merienda en la cocina porque dentro de tres minutos yo tengo una *call*. Le pregunté a Sara, perplejo: Onláin escaip verchual mitin? Sara contestó: Col presenteision ishoos. Nilde puso cara de asco, chilló: Milú escubiléc, y después pasamos a otras tonterías la mar de alegres que nos distrajeron mientras nos lavábamos las manos.

Me puso muy contento aquella actitud tan risueña de las dos. Me empeñé en que durase toda la tarde, hasta la noche, y por ello pasé poco a poco a otros juegos menos bullangueros para no molestar a Livia que, pegada al ordenador, dialogaba con estudiantes o no sé con quién. Cuanto más felices notaba a mis tres hijos, menos me despreciaba a mí mismo si, mientras tanto, buscaba qué excusa darle a su madre para justificar que al día siguiente pasaría la noche fuera. Si hubiesen dado señales de malestar —si yo hubiese dejado espacio para que esas señales se manifestaran—, probablemente habría percibido cómo la desolación se extendía por toda la casa y me habría sentido yermo, vacío. Pero así me convencí de que, en el papel de padre, les daba más de lo que les quitaría en el papel de

amante secretísimo, y por eso seguí ocupándome de Giulio, de Nilde, de Sara, incluso cuando Livia terminó de trabajar. Quise que se entregaran plácidamente al sueño bajo mi mirada.

Con mi mujer las cosas no me fueron tan bien. Bromeé con ella, y valoró mis tonos jocosos, sonrió, rio. En cuanto los niños se durmieron multipliqué los tonos afectuosos, dije:

—Hoy me ha pasado algo que me ha deprimido.

—¿El qué?

—¿Alguna vez te hablé de Gino?

—Creo que no.

—Es un amigo de la infancia, nos hemos visto poco durante estos años, pero me llamó esta mañana, quiere verme.

—¿Cuándo?

—Mañana por la noche.

—Mañana tengo mucho trabajo, y tal vez una cena.

—Llamemos a Laura.

—Laura no puede los jueves, ¿lo has olvidado?

—¿Cómo lo hacemos?

—Pues yo llego a las seis y aplazo lo de la cena. ¿A qué hora piensas volver?

—No creo que pueda volver.

—¿Te vas a vivir con el tal Gino?

—Está muy enfermo; seremos tres, todos amigos suyos de hace tiempo. Pasaremos la noche en su casa.

—¿No está casado, no tiene una novia, no tiene hijos?

—No.

—De acuerdo. ¿Llegarás a tiempo para llevar a los niños al colegio?

—No lo sé.

—¿Y mañana por la mañana cómo lo hacemos?

No me pareció oportuno decirle: a las diez tengo cita con Clelia. Le aseguré:

—Mañana por la mañana me encargo yo de los tres, y por la tarde también.

Livia sonrió, quizás por ese *de los tres* que daba la impresión de vete a saber qué carga, qué esfuerzo. Y esa sonrisa puso fin a una conversación que se había mantenido en un tono prudente incluso cuando ella me dijo: ¿te vas a vivir con el tal Gino? Nada de arrebatos, así que el tema me pareció zanjado, lo principal ya estaba hecho. La ayudé a recoger, a poner orden en el caos de los juguetes desperdigados por la casa. Pero me volvieron a la cabeza frases y actitudes suyas de la noche anterior. Primero pensé: hay algo que ya ayer la molestó y lo enturbió todo. Después me dije que era yo, por el malestar, por la ansiedad, quien no estaba momentáneamente en condiciones de absorber con alegría su poder habitual. Al final, las piezas encajaron y concluí que, como me amaba, debía de haberse acercado mucho a aquello que yo llevaba días ocultando en mi cabeza. Se había chocado con ello ayer, tal vez anteayer al volver de Génova, y a pesar de tratarse de un obstáculo inmaterial, el choque había tenido el mismo efecto que si se hubiese producido contra una esquina, contra un objeto cortante; todo su cuerpo se había contraído hasta el punto de resultar desagradable.

Me comporté como los animales que echan tierra sobre sus propios excrementos. La besé, le declaré mi amor primero de modo divertido, después de modo apasionado y, por último, con el tono grave de los momentos de la verdad. Quería cortar toda

investigación que condujera a descubrir qué era lo que le había hecho daño, quería que se relajara, que volviera a la normalidad. Pero me pareció que estaba desconcertada. Aceptó besos y caricias bajando los ojos, las veces que me miró a la cara la noté melancólica. Imaginé pensamientos como: hay algo que no funciona, demasiados mimos, hay gato encerrado, o gata, vete tú a saber cuál será. Mientras tanto la velada estaba a punto de concluir, ella no tardaría en regresar al ordenador para seguir trabajando un rato, yo elegiría una película en la televisión. Existía el riesgo de que nos fuéramos a la cama con el desasosiego, yo no quería. Volví a las caricias, comenzamos a hacer el amor, la sentí entregada y eso me tranquilizó. Pensé que, si de verdad hubiera tenido sospechas, no habría participado de ese modo.

En el baño, mientras me preparaba para la noche, descarté definitivamente que se hubiese producido algún cambio. El cambio, si lo había, se refería a mí, no a Livia. En el caos de mi cabeza se estaba produciendo una especie de doble movimiento: la estructura física de mi mujer —esqueleto, carne, piel, aliento, sabor, su sugerente olor natural—, que a lo largo de los años se había impuesto a todo mi imaginario erótico, iba perdiendo consistencia, mientras que la de Claudia —todavía apenas perceptible, aún toda telas y perfume como cuando la había estrechado bajo el pórtico de Villa Torlonia— se hacía cada vez más concreta, se volvía apremiante. Evidentemente, el único que podía frenar ese proceso era yo, y sin embargo no hacía nada. Me limitaba a asustarme si percibía su hostilidad y a seguir adelante si me convencía de que las razones del susto eran infundadas. Ay, Livia, Livia, lo siento. Enrosqué la tapa del dentífrico y entretanto ella apareció en pijama

en la puerta del baño. Quería cerrar la puerta de entrada y no encontraba las llaves. Dije distraídamente:

—Vi que Nilde jugaba con ellas.

—¿Dónde las habrá metido?

—No lo sé, coge las mías de la cazadora.

La casa estaba helada, fui a meterme en la cama, oí las dos vueltas de llave y el chasquido del cerrojo. Poco después mi mujer reapareció en el dormitorio, tenía más frío que yo y no veía la hora de acostarse. Preguntó sin especial curiosidad:

—¿Y estas?

Tenía en la mano las llaves del apartamento de Monteverde. Dije fingiendo estar ya medio dormido:

—Las encontré en el suelo del vestíbulo. Vuelve a guardármelas en el bolsillo, por favor, mañana las dejo en el buzón de la comunidad.

22

Al principio la desenvoltura con la que mentí me impidió dormirme. Ni remotamente pensé que Livia encontraría aquellas llaves, por eso reaccioné improvisando. La mentira nació en un destello junto con las palabras que le daban forma y sin la menor muestra de incomodidad. Aquel mentir desenvuelto me había dado placer como dan placer las cosas que salen bien. Desde luego no era un placer nuevo, lo conocía desde la infancia. Seguramente de ahí, de la adolescencia, provenía la vocación de contar historias que, aunque en sus inicios apuntaba a la buena literatura, había llegado a ser un

medio de ganarme la vida como guionista de cine. Pero de ahí también me venía una especie de instinto para alejar, como si fuera una molestia, todo aquello que podía herirme, afligirme, humillarme, confundirme, aterrorizarme. Desde siempre, amañaba la realidad a mi gusto y arrinconaba en un lugar secreto todo aquello que pudiera estropear el relato de mi vida.

Metido en ese flujo de pensamientos acabé por preguntarme si la relación con Livia, que se había desplegado tan felizmente a lo largo de los años, no sería, en el fondo, una ficción que yo necesitaba. Pero la pregunta duró un instante, me pareció insoportable y, agotado, caí en un sueño profundo. Sin embargo, dormí unos minutos, lo justo para soñar que daba vueltas por la casa y no encontraba a ninguno de mis familiares. En el sueño Sara no me preocupaba, pues pensaba: he llegado tarde y la maestra la ha dejado en el cubo de la basura, donde la encontraré. Me angustié un poco porque no veía a Livia, a Nilde ni a Giulio. Pero no tardé en darme cuenta de que algo bastante abultado se movía despacio debajo de la alfombra de la sala de estar. Levanté una punta y allí, tendida boca arriba, descubrí a mi amante de hacía tanto tiempo, la mujer que tenía quince años más que yo. Estaba allí debajo, con los ojos muy abiertos, y estrechaba contra su pecho no a sus dos hijos, sino a Giulio y a Nilde.

Me desperté sobresaltado, con los músculos tensos, y tenía miedo de volver a dormirme. Me vi con veinte años, hijo único de dos profesores de ciencias, muy felices antes de mi nacimiento, muy infelices después, los dos con la repugnante obsesión por parecer jóvenes, mi madre empeñada en criarme de modo que no me convirtiera en un canalla como mi padre, mi padre dispuesto a evitar

que yo acabara siendo presa de mujeres infames como mi madre. Me crie sensible y amable. Evitaba el lenguaje obsceno, empleaba un italiano muy cuidado incluso con mis compañeros más malhablados, jamás me había drogado en exceso, llevaba un solo tatuaje —una lagartija diminuta en el hombro derecho—, y un pendiente con un brillante en la oreja izquierda. Pero con frecuencia prevalecía el afán por causar daño, como si hubiera estado rodeado de espectadores incapaces de apreciar los buenos modales, y en especial con las chicas, con quienes mi zafiedad superaba la de Nino y Gino, que eran mis amigos más disolutos y agresivos. Me acordé de que incluso ellos me dijeron en aquella época: cómo te has pasado con esa.

Esa era ella, mi amante, la mujer casada, madre de dos varoncitos. Se me apareció con los ojos muy abiertos como en el sueño y enseguida traté de alejarla, no quería dar a su sombra ni siquiera un nombre inventado. Cuando le dije a su marido: si tu mujer no hubiese querido, no habría ocurrido nada, y el marido —comedido profesor como mis padres— se olvidó del latín, perdió la luz de la razón e intentó darme una bofetada, yo sabía bien que aquella frase tendría desagradables consecuencias. Pero la pronuncié igualmente por su sonido, por la tonalidad, porque me parecía una frase muy impactante. Le oculté que la mujer se había resistido durante mucho tiempo a mis palabras empalagosas y a mis fingidos tormentos y juramentos de amor. No dije que experimentaba un placer enorme en atar progresivamente a mí no tanto a las muchachas, que, para no quedar mal, se sentían en la obligación de mostrarse más desenfrenadas que yo, sino a aquellas que por los motivos más diversos oponían resistencia. Omití que para seducirla,

si bien su mujer no me atraía más que otras, había exagerado lo mejor de mi naturaleza —buena disposición para escuchar, sentido del humor, afecto—, descartando adrede lo peor. En una palabra, oculté que era un mentiroso, que mantenía varias relaciones a la vez, en fin, que había engañado a la madre de sus hijos porque lo consideraba uno de mis derechos de joven macho exuberante. Y después hice cosas peores. La mujer me buscó, me quería, pero yo corté bruscamente la relación. Al cabo de algunas semanas, cuando por su continua insistencia me vi obligado a verla en un bar y ella me preguntó asustada: qué le dijiste a mi marido, se ha vuelto una bestia feroz, ya no lo reconozco, le contesté: qué queréis de mí, ya soy cosa del pasado, no tengo nada que ver con vuestra guerra, destrozaos, pero a mí dejadme en paz. Y la dejé ahí plantada —qué cojones, elegid: o folláis con quien os da la gana o cultiváis la pareja y la familia, no se puede tener las dos cosas a la vez—, no quise volver a verla. Me repugnaba que se deshiciera en lágrimas y recriminaciones ante mis ojos, la sentía como de otros tiempos, iglesia y familia, fidelidad y pecado, cómo se me había ocurrido irle detrás, era una mojigata anticuada que no sabía rendirse al placer sin lloriquear después. Y mientras escurría el bulto sin hacer ninguna concesión, sabía muy bien que estaba interpretando una versión de mí mismo sin fisuras, y que lo hacía porque consideraba que su sufrimiento era parte de un papel bien ejecutado dentro de la obra, y no quería darme cuenta de que, en la realidad, se sentía perdida. Si hubiese querido darme cuenta, y, por lo tanto, verla y escucharla de verdad, me habría perdido yo también, abandonándome en lágrimas sobre ella.

Al amanecer atribuí a las llaves que Livia había vuelto a guardarme en el bolsillo una función clarificadora. Las voy a utilizar, pensé, aunque haga daño y me haga daño. De algún fondo oscuro me está volviendo una necesidad infantil de destrozarlo todo. Quiero romperme en pedazos, este mundo sordo y ciego debe romperse en pedazos, es demasiado mentiroso. Y sentí un placer ardiente al representarme mientras desfiguraba mi propia imagen de marido y padre devoto, mientras socavaba una relación satisfactoria, mientras hacía que todo se derrumbara solo por un error que generaba errores. Después, como de costumbre, me asusté. En la penumbra del dormitorio hice un movimiento mecánico con la mano derecha, decidido, violento, como para alejar tanto a aquella mujer como a mi esposa y a los niños que se desesperaban, y a Claudia que estaba de rodillas en el suelo de quién sabe qué habitación de Monteverde, apenas cubierta con un top blanco, las manos juntas, la mirada empañada.

Jueves

23

El día arrancó con un mensaje de Claudia a las siete de la mañana. Me comunicaba que, a las 22.43 de la noche anterior, había recibido un correo electrónico amable pero muy crítico sobre nuestros guiones. El correo llevaba un archivo adjunto de nada menos que quince páginas repletas de notas estúpidas y capciosas que ella —

Claudia— pensaba rechazar sin entrar siquiera a discutirlas. Me reenviaba las quince páginas, me pedía que las leyera enseguida, quería saber mi opinión. Concluía bruscamente con un: mándame la dirección y dime la hora.

No pude echar siquiera un vistazo a las notas de la producción. Livia ya estaba levantada, había preparado el desayuno, estaba dando de comer a Giulio, intentaba sacar de la cama a Sara, quería que yo fuera a ver a Nilde porque tenía mocos verdes y quizás tuviera fiebre. Le envié a Claudia la dirección de la casa de Monteverde, le escribí que la esperaría allí a partir de las ocho de la noche, en el interfono no había nombre, con que pulsara el número nueve era suficiente. Mi mujer se dio cuenta de que yo ya andaba trajinando con el móvil a esa hora y me preguntó si había problemas, preocupada evidentemente ante la idea de que mis líos de trabajo interfiriesen con sus líos de trabajo. Claudia, mascullé, los guiones, sin dar demasiadas explicaciones. Quería evitar que me dijese cosas como: vas a tener que currar ni se sabe cuánto a partir de mañana, ¿y hasta entonces te vas a pasar la noche con un amigo de la infancia al que nunca he oído nombrar?

Se había ido con prisa hacía una media hora larga, soñolienta pero hermosa y elegante, cuando por fin llegó la canguro para recoger a Giulio y yo pude salir y ocuparme de entregar a las niñas rebeldes —Nilde me gritó: si me sube la fiebre, tienes que venir enseguida, ¿entendido?— a distintas maestras, en ambientes distintos. Después, me metí en un bar y leí a toda velocidad las notas de la producción. No me parecieron capciosas ni estúpidas, sino amenazantes. El productor exigía modificaciones sustanciales con unos plazos ajustadísimos, y las sugerencias de quien había leído los guiones y

redactado las notas eran órdenes impuestas con fingida cortesía. Me preocupé, llamé a Claudia.

—¿Las has leído? —me preguntó sin siquiera decirme hola.

—Sí.

—¿Y qué opinas?

—Que habrá que trabajar.

—¿Lo dices en serio? Son tonterías. Si hacemos lo que nos piden, ya nada funciona.

—En algo habrá que ceder.

—Lo mínimo indispensable.

—¿Dónde estás?

—En la calle. He tenido que llevar a Abi al colegio porque su abuela tenía unos compromisos ineludibles.

—Podríamos vernos, no sé, dentro de un par de horas, comer juntos y decidir qué rechazamos y qué no —propuse.

—Ni hablar. Tengo que hacer varios recados e ir a la peluquería. Esta noche tengo una cita y no quiero quedar mal.

—¿Con quién?

—Con un imbécil al que quiero en silencio desde hace casi dos años.

No dije: el imbécil también te quiere. Pensé en las tensiones de los últimos días, en la noche sin dormir que llevaba encima, en la siguiente igual de insomne que me esperaba, en la pesada tarea de revisión que sin duda vendría después, y no tuve ganas de bromear. Mascullé:

—De todos modos, a mí no me parece que todas las notas sean malas. Tal vez deberíamos ponernos a trabajar en serio hoy mismo, a más tardar mañana por la mañana.

No dijo nada durante una larguísima fracción de segundo, después soltó la carcajada:

—¿Qué pasa, te vas a echar atrás?

—No.

—Dilo ya, no me hagas ir hasta Monteverde para encontrarme luego con que no hay nadie.

—Me encontrarás a mí.

Salió corriendo a hacer sus compras y —me imaginé— probablemente a aplicarse algunos cuidados de belleza. Yo me reuní algo reacio con el Bersagliere, siempre avanzando hacia Porta Pia, seguro de que, como rezaba la leyenda en la base del monumento, nada se le resistiría.

Estaba preparado para aburrirme una horita con Clelia y no me importaba. Imaginaba lo que diría, y eso, en aquella circunstancia concreta, me relajaba. Seguramente continuaría hablándome de los momentos importantes de su carrera universitaria. Me hablaría de la buena vida que había tenido con su marido durante más de cincuenta años. Hablaría de Carlo, sobre todo de su faceta de escritor exitoso, con amigable ironía. Diría maravillas de su único hijo, su adoradísimo Alberto. Criticaría con cautela a Claudia en su papel de esposa y madre, tratando de comprender a la vez qué tipo de relación había entre su nuera y yo. Y naturalmente colmaría de elogios sin paliativos a su nietecita, sin olvidar la belleza de mis hijos y de Livia, que los había traído al mundo. Sin embargo, no ocurrió nada de todo esto, el encuentro fue sorprendente.

Llegué cinco minutos antes, pero ya la encontré esperando en la parada del autobús. Se había arreglado mucho más que para la cena en mi casa; de lejos vi a una hermosa señora mayor bajo el

casquete transparente del paraguas —el tiempo era inestable, en ese momento lloviznaba—, llevaba un abrigo azul noche ceñido a su figura delgada, la bufanda con toques de color celeste y rosa pálido entre los que destacaban unos ojos vivarachos y el pelo corto y canoso, calzaba unas botitas oscuras con la cremallera de bordes rojos. Me dijo: menos mal que ha llegado antes, estoy muerta de frío, lléveme enseguida a un sitio limpio y con buena calefacción.

Había planeado ir al bar de la última planta de la Rinascente, se encontraba a un tiro de piedra, se lo propuse. Aceptó con un entusiasmo impostado, pero al dirigirnos hacia allí rezongó porque la acera estaba cubierta de fango y suciedad, temí que resbalara. No le ofrecí el brazo para evitar que lo rechazara, fue ella quien dijo: me apoyo un poco, que si me caigo por culpa de esta cochinada no me levanto más. Y enseguida quiso cubrirme con su paraguas, pero era bajita, y el paraguas acabó chorreándome lluvia en los hombros y el cuello. Se dio cuenta, me dijo con tono de disculpa: cójalo usted. Llevé yo el paraguas hasta la Rinascente, y por guarecerla todo lo posible, me mojé mucho más que si hubiese ido sin él. Durante el trayecto exclamó de vez en cuando, con pocas variaciones: qué contenta estoy de que haya encontrado algo de tiempo para mí. Yo, a mi vez, elogié los paraguas transparentes, cómo me gustaban, etcétera.

En cuanto entró en los grandes almacenes, se quejó del intenso olor a maquillaje perfume cremas y ella misma me guio rápidamente hasta las escaleras mecánicas. En el bar se mostró contenta, pero le costó bastante encontrar una mesa de su agrado, buscaba una con vistas. Al final se conformó con el corso d'Italia, que, según dijo, visto desde lo alto, con sus edificios rosados y las murallas

aurelianas, parecía menos sucio, y apreció el techo con planchas de cristal sobre las que se cernía el cielo encapotado. Mientras esperábamos los capuchinos que pedimos, me miró con atención como si no quisiera perderse un solo detalle de mi aspecto desaliñado, luego dijo: usted, señor mío, ha salido muy bien, sus padres han hecho un buen trabajo.

Me sentí incómodo, le di las gracias, mascullé que también tenía mis defectos. Y me puse a elogiar a su hijo, seguro de que el tema nos ocuparía agradablemente un buen rato. Sin embargo, llegó la primera sorpresa, habló mal de Alberto. Y no utilizó la retórica habitual de las madres que empiezan criticando a los hijos para después cantar sus alabanzas sin el menor pudor. Clelia hizo lo contrario. Dijo: a Alberto lo criamos muy bien, es un profesional de primer nivel y un hombre generoso, no soporta las injusticias, está siempre de parte de los desheredados —utilizó justamente esa palabra, que yo no oía desde hacía mucho: *desheredados*—; pero, prosiguió, si ante el mundo sabe mostrarse de una pieza —le gusta la buena reputación—, en privado es un tormento: caprichoso, mezquino, lleno de ínfulas, incluso violento con quienes quiere. Al decirlo entrecerró los ojos, se quejó de los agravios que había cometido contra su padre y también contra ella, la madre. Los definió como feos feísimos, cosas de las que no quería hablarme para evitar que después yo no pudiera saludarlo siquiera.

Esa manifiesta hostilidad me molestó. Le dije: de todos modos, Alberto está muy unido a usted, la cuida, la tiene en su casa, y en estos tiempos no es un detalle menor envejecer en un apartamento grande y luminoso, ver crecer a Abi día tras día. Soltó: el apartamento por ahora está a mi nombre, soy yo la que lo tiene en

casa a él y a su familia, y además le hago de criada y de canguro gratis. Después bajó la voz y murmuró: de todas maneras, no es eso lo que me entristece; me entristece que él por dentro sea puro sebo que con nada se pone rancio. Pero se arrepintió enseguida de aquella imagen desagradable, sonrió, pasó a reprocharse su escaso instinto maternal, dijo riendo: no nací para tener hijos, mi ideal era estudiar, viajar y dejarme mimar por mi marido, que era un hombre lleno de atenciones.

Me quedé escuchando cómo trazaba con leve ironía el retrato edificante de su consorte en oposición al de su hijo. Y, debo reconocer, me distraje a menudo pensando que Alberto debió de pasarlas moradas con esos padres demasiado perfectos, demasiado felices. Después llegó la segunda sorpresa. La vieja profesora pasó bruscamente a hablar bien de Claudia y nunca cambió de opinión; al contrario, de comentario en comentario, se mostró nada menos que afectuosa con su nuera.

—Alberto no se la merece —dijo—, y reconocerlo es para mí un tormento, pero ¿sabe qué pensé al principio? Pensé: tengo que decirle que toda esa agradable fachada de mi hijo es puro teatro, que detrás del abogado exitoso y de la persona atenta se esconde un hombre, por decirlo suavemente, retorcido y capaz de arruinarle la vida.

Sin embargo, después había desistido. Claudia era tan guapa, tan amable, tan sensible, tan ingeniosa y tan culta que —pensó— tal vez encontrase la manera de llevar a su hijo por el buen camino y todo saldría bien. Pero no. Clelia terminó su capuchino —yo me había tomado el mío hacía rato— y declaró estar totalmente a favor de Claudia. Dijo, desolada: mi hijo le ha jugado muchas muchas

muchas malas pasadas, antes y después de nacer Abi. Yo esperé unos instantes, y al ver que ella no aclaraba nada, intenté con prudencia comprender qué significaba aquel *muchas muchas muchas*. Pero la vieja profesora se mostró reticente, se limitó a pronunciar un cuarto *muchas* y miró el cielo gris al otro lado de los barrotes de metal bruñido y el techo de cristal.

Imaginé que las innumerables culpas de Alberto serían las de costumbre: el mundo lo mantenía fuera de casa más de lo debido, se iba a las ocho de la mañana, regresaba tarde por la noche y por ello disponía de mucho tiempo para él en el que la familia casi nunca ocupaba el primer lugar. Y así, abochornado por el silencio de la profesora, dejé caer de modo algo confuso, pero con tono sentencioso para quedar bien: mi querida señora, la vida en pareja es hoy cada vez más difícil; usted y su marido tuvieron suerte, dos estudiosos satisfechos con sus carreras, algo de prestigio, algo de dinero, un amor que lograron que durara toda la vida; ocurre algo muy distinto en estos tiempos con tantos cambios radicales, el dinero siempre escaso, ninguna gloria a la que aspirar; sin embargo, por lo que he podido ver, no me parece que Claudia sea especialmente infeliz; imagino que, como todas las parejas, ella y Alberto tienen un acuerdo no escrito y que sobre esa base van avanzando; así que, Clelia, ayúdelos con discreción; entre marido y mujer, ja, ja, ja, nadie debería meterse, porque quien se mete siempre es un extraño, y el extraño, aunque tenga buenas intenciones, solo acaba causando daño.

Al oír la palabra *extraño*, la vieja profesora se apresuró a asentir y comenzó a hablar de malas influencias, la gente, las envidias, los amigos falsos. Ahí llegó la tercera sorpresa: primero con prudencia y

después cada vez más abiertamente, manifestó su descontento con Carlo y su relación con Alberto. Al principio me pareció que bromeaba, que usaba adrede el vocabulario de la madre angustiada porque su hijo había acabado siendo compañero de pupitre de un pésimo sujeto. Y eso que la había oído hablar siempre de Carlo al estilo de quien disfraza la simpatía con una crítica afectuosa. En realidad —no tardé en descubrirlo— consideraba su aparición en la vida de Alberto como un factor de riesgo para su hijo y para la estabilidad de la familia. Carlo parece tener tan buen carácter, dijo, sabe hacerse querer, yo también lo quiero. Pero, murmuró muy apenada, le mete a Alberto en la cabeza unas ideas peregrinas, y cuando se trata de extravagancias, mi hijo siempre muerde el anzuelo.

—¿De qué se trata? —pregunté.

—Lo de siempre.

—¿Por ejemplo?

—Sexo.

—¿Se lo ha dicho Alberto?

Tras vacilar, contestó:

—Claudia.

—Ah.

—Sí.

No me atreví a preguntar nada más. Puse cara de haberlo entendido todo, me entraron ganas de despedirme con una excusa, pero mientras raspaba con la cucharilla el fondo de mi taza vacía dije:

—Le agradezco que haya confiado en mí y que me lo contara. Cada vez que sienta la necesidad de hablar conmigo, hágalo sin

problemas, estaré siempre a su disposición.

—Gracias. No olvidaré nunca esta mañana, hacía mucho que quería hablar con usted.

Dejé la cucharilla.

—¿Por qué precisamente conmigo?

Sonrió un poco incómoda y dijo:

—Porque usted lleva algo dentro que lo diferencia de todos. Se lo dije a Claudia el primer día que apareció en nuestra casa. Y se lo repito a menudo: ese muchacho es una buena persona. ¿No me cree? Es así. Me hubiera gustado que Alberto fuera como usted.

El deseo de largarme aumentó. Clelia era una señora entrada en años, qué feo seguir allí pronunciando frasecitas hechas, tenía la impresión de estar abusando de ella y de su confianza. Pasó a soltarme su discurso de persona culta —nos hemos ganado, menos mal, el derecho al placer, nos hemos librado de la culpa, del infierno, de leyes insustanciales, pero el dolor, ¿dónde metemos el dolor, hacemos como si nada?— y yo escuchaba, asentía con la cabeza, indeciso entre el sí y el no, pero cuando se dirigió a mí repitiendo: usted que es una buena persona, pensé: basta, o me largo o yo también empiezo a sincerarme. Y dije sin pensarlo, con una risita fastidiosa: no, no soy una buena persona. Y le conté sin pausas, sufriendo ante sus ojos con cada palabra, que a los veinte años había tenido de amante a una mujer de treinta y cinco, con dos hijos, y que el marido se había enterado; aquella pequeña aventura fuera del matrimonio se había complicado, él empezó a perder la cabeza cada vez más, y mientras tanto yo abandoné a esa mujer porque era una pegajosa y tenía demasiados remilgos, me olvidé de ella y de todo el asunto, para mí había sido una de tantas

vertiginosas tonterías, hasta que una mañana, casi dos años después, resultó que se había tirado desde un quinto piso y el marido, tal vez porque de esa manera ella se le había escapado definitivamente, había matado a los hijos y se había quitado la vida.

En ese punto, me callé. Pero durante larguísimos segundos seguía viendo la sangre de los niños, y sentí en mis propias piernas la carrera de mi amante hacia el alféizar, y en los ojos, su mirada desde el borde del precipicio. De modo que no me pude controlar, me tembló el labio, me ardían los ojos. Nunca había contado aquella historia hasta el final, ni siquiera a Livia, ni siquiera a mí mismo. Qué sabía yo de lo que había pasado, yo solo había sido un elemento desencadenante, a saber cuántas cosas habían pasado antes que yo y cuántas después, en aquellos dos años. Pero luego, poco a poco, me fue entrando una flojera en la cabeza, en el pensamiento, en la sintaxis, incluso en la elección de las palabras, y no se me fue ni siquiera después de conocer a Livia. Lancé un único sollozo, con voz entrecortada le dije a Clelia: disculpe.

La profesora alargó una mano, me hizo una ligera caricia en la mejilla, y tuteándome de repente me dijo:

—No me he equivocado, eres realmente un muchachito bueno y triste.

24

Lloviznaba otra vez. Acompañé a Clelia en coche hasta su casa, aunque al principio ella no quería. Aceptó cuando le dije que tenía

que hacer unas compras en el mercado de piazza Menenio Agrippa y prometí dejarla allí, bastante lejos de su casa.

En el coche me pidió varias veces que no le contara nada a Claudia de nuestro encuentro y, lógicamente, que guardara para mí lo que me había confiado. Todo ese secretismo tenía una razón, me confesó su plan: esperaba que yo —ahora que lo sabía— influyera positivamente en Alberto de modo consciente, e incluso —por qué no— en Carlo. Tú, me dijo, te quitas méritos, te das poca importancia, pero ellos, a su manera, te dan mucha; todavía no saben por qué, pero tiempo al tiempo, ya lo descubrirán. Contesté que eso que ella, con su sensibilidad femenina, creía haber descubierto en mí seguramente no alteraría lo más mínimo la sensibilidad masculina de Alberto y Carlo. Pero ella insistió con argumentos enrevesados, dijo que a los ojos de los demás, incluso a los de Claudia, mi fuerza estaba en la hermosa familia que tenía, en el modo en que nosotros cinco nos exponíamos al mundo, unidos, sin miedo. Ellos —me dijo con una mirada irónicamente sugerente— consideran que la magia viene de tu mujer y todavía no han entendido que el punto fuerte eres tú. Reí, y ella remachó: tú, justamente tú. Cerca del mercado me despedí de ella diciéndole: tienen razón, Clelia, sin Livia y mis hijos no soy nada. Ella hizo un ademán que podía ser de negación y de despedida, y se bajó trabajosamente del coche, soltando algún quejido. Pero en cuanto estuvo de pie, cruzó segura la calle, una viejecita elegante, con paraguas transparente y botitas ribeteadas de rojo.

Pensé en hacer de veras unas compras —fruta, sobre todo— pero no me apetecía mojarme otra vez; me quedé unos minutos más en el coche en la esquina de viale Gottardo oyendo el murmullo de la

llovizna en el techo. Tenía en la cabeza ecos de la larga conversación con Clelia, uno en especial me irritaba —*de qué se trata, lo de siempre, sexo*— y lo arrinconé entre los cotilleos, veía en él las ansias maternas, el moralismo de una anciana, me esforzaba por pensar en otra cosa. Y así, no sé si sugestionado por el nombre de la plaza del mercado, o a causa del pequeño organismo de Clelia que acababa de desaparecer entre los puestos de fruta y verdura, o incluso porque se me había quedado grabada en la mente la definición de mi familia —*unida*—, me acordé de la fábula de Menenio Agrippa. Y no por su significado político o por el modo divertido en que mi padre se había dedicado una vez a desmontar su lógica, sino porque, por primera vez, caí en la cuenta de que Menenio Agrippa no recurrió a elementos de gran calidad para la retórica de la concordia entre fuerzas desiguales y violentamente divergentes, sino que mantuvo los pies en la tierra, habló de estómago, manos, boca, dientes. Tal vez fue aquella cruda materialidad la que contribuyó a la fortuna de la fábula. Antes que los patricios y los plebeyos, antes que las duraderas y auténticas discordias y que las momentáneas y fingidas concordias, hubo siempre, únicamente, cuerpos vivos que manoseaban, desgarraban, engullían, digerían, orinaban, defecaban, oscilando entre el deseo ciego del goce por diversos orificios y el terror aún más ciego del deterioro y la muerte. Yo mismo no era más que un organismo dentro del cual se había despertado por azar, tras una prolongada indiferencia, la curiosidad por otro organismo, y después, vertiginosamente, la necesidad y la urgencia de estrecharlo, acuciarlo, juntar piel con piel, acariciarlo, lamerlo, morderlo, penetrarlo, jadear de placer sobre él. Y ya. Lo demás era palabrería:

amor, fidelidad, cohesión de la pareja, unidad de la familia, el sentido de la responsabilidad, el reparto civilizado de los agravios, la pretensión incivilizada de creerse siempre con derecho: si te vas, me muero; si te vas, os mato a ti y a ellos. ¿Por qué esforzarse entonces, día y noche, dentro de un relato casi sin elipsis desde el sábado hasta hoy, con el tiempo como una pequeña olla que se desborda? Tenía que decidirme. Pero también la decisión, cómo no, qué de cuentos de la tragedia griega en adelante. La decisión, en general, venía precedida por un montón de cavilaciones, pero al fin y al cabo se trataba de uno de los actos más materiales, un mandoble, un salto por la ventana, una puñalada limpia, un monosílabo, sí-no. Apartarme de la Batteria Nomentana en nombre de unos días emocionalmente intensos y unas pocas horas de goce. O apartarme de Monteverde en nombre de una feliz y armónica rutina. Esta última, ojo, no menos placentera. Pero un goce distinto, menos peligroso, hasta el punto de que ahora era la decisión hacia la cual, en el fondo, prudentemente, me inclinaba. Pero ¿el intestino, el aparato urogenital, los brazos, las manos, la boca, los dientes, la lengua se calmarían de verdad con sermones? ¿O más bien colaborarían, todos juntos, enloquecidamente, como de hecho estaban haciendo desde el sábado hasta este jueves, para pasar olímpicamente del yo charlatán que siempre cree encontrarse en una encrucijada dramática cuando en realidad no hay ninguna encrucijada? Se obedece al cuerpo, y si no, ¿a quién?

Seguía así, inmerso en un divagar delirante, cuando me di cuenta de que todo se había vuelto luminoso, el sol irrumpió de golpe. La llovizna paró, los paraguas se cerraron, me apeé del coche para ir a comprar fruta. Qué numerosas las mujeres solas, ancianas, de

mediana edad, jóvenes. Se iban de los puestos del mercado con bolsas de la compra repletas, algunas —abuelas, madres, empleadas del hogar— empujaban además carritos con la capota desplegada para proteger a los pequeños del frío y del goteo de las cornisas y los árboles. Lo hacían con esfuerzo, deteniéndose a menudo por el peso de las bolsas, por los coches mal aparcados que impedían el paso, por la acera en pésimo estado y para evitar las cacas de perro. Cuerpos, siempre cuerpos, fatigados, resignados, descontentos, rabiosos. Y no faltaban, naturalmente, las parejas, sobre todo de viejos matrimonios silenciosos, ella compraba la comida, él se quedaba esperando y después cargaba con las bolsas. Sin embargo, eran más raras las parejas de mediana edad, a menudo peleonas, y frecuentes las jóvenes, que reían, se chocaban, se separaban, se abrazaban, les interesaba sobre todo estar juntos, Livia y yo habíamos sido así.

Me detuve en un puesto, quería comprar unas manzanas annurca, una lona me goteaba agua en la cabeza. Lancé una mirada al coche que, como de costumbre, había dejado mal aparcado, y me llamó la atención una pareja que se acercaba desde viale Gottardo. Miré mejor, eran justamente ellos. Claudia y Alberto avanzaban hacia mí como desde el fondo más incomprensible de una pesadilla.

Conversaban en un tono tranquilo, me pareció, si bien a esa distancia no se podía descartar que se estuviesen peleando con gestos controlados. Él llevaba un enorme paraguas abierto como si no se hubiese dado cuenta de que había dejado de llover, y su otro brazo la sujetaba a ella por los hombros, quizás con el único fin de mantenerla debajo de la campánula negra del paraguas. Así desde lejos, era agradable verlos; como suele decirse, hacían una bonita

pareja, Claudia con el abrigo que yo conocía, Alberto con una chaqueta a pesar del frío. Él inclinó el paraguas, se dio cuenta de que ya no llovía, se detuvo, lo cerró. Solo entonces vi que Claudia había ido realmente a la peluquería y que ahora lucía el pelo muy corto. Se quedó esperando mientras Alberto sacudía el paraguas, y continuaron hablando, cuántas cosas tenían que decirse. Después siguieron andando en dirección a mí, él volvió a agarrarla por los hombros, probablemente un gesto habitual: sin duda, ya no respondía a la necesidad de mantenerla a cubierto.

Qué hacía allí Alberto, a la hora del almuerzo. En general, pasaba todo el día fuera de casa, nunca tenía tiempo. Verlo me puso nervioso como si, al pasear por el barrio donde vivía con su compañera, me estuviese ofendiendo. Además, me molestó aquel aspecto de pareja feliz. Acababa de saber por Clelia que entre ellos no todo era de color de rosa, y me fiaba de Clelia, con mayor razón porque apenas una hora antes había tomado partido por Claudia en contra de su hijo. Podía haber exagerado, pero estaba claro que no había mentido. Sin embargo, se encontraban a un centenar de metros y no veía señales que contradijesen la imagen de pareja enamorada, ningún rechazo, ningún gesto de fastidio. Vi a Claudia en la cama, por la noche o al despertar, la cabeza sobre el hombro de su compañero, los pechos contra el torso de él, el vientre contra su cadera, las piernas enroscadas a una pierna de él. Me dije: qué pinto yo entre estos dos, por qué tengo que ir hasta Monteverde, por qué me preparo para sustituir a Alberto por una noche en un apartamentito de via dei Quattro Venti. En resumidas cuentas, pensé, yo la quiero porque ella me quiere, Claudia es el pie fijo del compás, yo por mi parte me limito a girar. Pero si ella está bien

como está, yo estoy de fábula como estoy, yo que desde el principio sé que llegué a este punto solo por no haber sabido decir: me he equivocado de destinatario, yo que soy ahora pura reacción sexual a un estímulo ocasional; bueno —pensé—, me meto en el coche, me voy a casa, como algo, mando un mensaje en el que digo: quiero a Livia, no puedo, y mañana mismo le devuelvo las llaves a Carlo.

Pero ya estaban a unos metros, me pareció que moverme para cruzar la calle podría llamar su atención y tal vez, quién sabe, Alberto no me habría reconocido pero Claudia seguramente sí. Me quedé quieto, oculté la cara entre las manos como si me hubiese dado un ataque de desesperación; tal vez pensé, como pensaba Nilde, que de ese modo sería menos visible. Pero en la oscuridad de aquel gesto encontré bien ordenado lo que debía de haber ocurrido. Alberto había vuelto a casa por sorpresa, inesperadamente liberado. Había invitado a Claudia, yo qué sé, al restaurante de debajo de su casa, o bien se había mostrado de algún modo feliz de poder disfrutar de aquella bonita ocasión y del escaso tiempo que tenían para ellos antes de que Abi saliera del colegio. Ella lo había notado amable, alegre, lo había redescubierto sin tristezas, con la sonrisa de los primeros tiempos, y había sentido el peso de la infidelidad, doblegando mecánicamente el sentimiento de culpa con manifestaciones de afecto. Pero nada había cambiado realmente. La infelicidad de la que me había hablado Clelia seguía allí, detrás de la farsa, y allí estaba también el amor por mí, la urgencia de una noche juntos.

Fingí que esa hipótesis me parecía convincente, aparté con cuidado las manos de la cara. Claudia y Alberto habían pasado de largo, renuncié a la fruta, corrí al coche, arranqué y me fui. Durante

el trayecto estallé en carcajadas, me dije en voz alta: eres un hipócrita, quieres ir a follártela, está todo dispuesto, ve; y después, si tiene que venir el infierno, bueno, que venga el infierno, es la naturaleza de las cosas, lo sabes bien: tú, Livia y los niños gozáis de buena salud, lo soportaréis. O, qué se le va a hacer, sufriréis.

25

El tiempo, qué angustia. Volví a casa, me daban punzadas en la boca del estómago, comí algo con desgana. Para huir de la luz amarillenta de la cocina, fui a la sala de estar, eché otro vistazo a las notas de la producción, busqué soluciones para los puntos más críticos. Pero, en definitiva, pensé y volví a pensar sobre todo en cuánto se complicaría la relación de trabajo con Claudia una vez que, al terminar el día, se convirtiera plenamente en relación sexual. Fui sumando una representación decepcionante tras otra, las dejé dando vueltas en la cabeza, les puse colores encendidos a esta y a esa otra, las decoloré, me fui corriendo a casa de la canguro a recoger a Giulio y después al colegio a por las niñas.

En el coche, como de costumbre, dejamos que el lenguaje enloqueciera, balbuceamos junto con el niño, haciéndolo feliz. Al llegar a casa, pusimos desorden en el orden impuesto por la señora de la limpieza, dejamos mochilas y abrigos en el suelo, arrastramos juguetes por el pasillo gritando, riendo, peleando, lloriqueando, ay, uh, ah. Las bocas no cesaron de chapurrear ni siquiera cuando se abalanzaron sobre las más variadas meriendas. Los niños comieron

mucho: Giulio el que más, Nilde lo suyo, Sara bastante. Y qué contentos se les veía al hacerlo, con qué alegría ensuciaban y se ensuciaban, qué trabajo daban. Estaba borrando el caos, limpiando y ordenando, cuando Livia apareció antes de hora, poco después de las cinco de la tarde.

La recibí con un entusiasmo seguramente desmedido, se la disputé a los niños. La estreché con fuerza incluso cuando ya tenía en brazos a Giulio, que me apartó con un feroz manotazo en la nariz. Livia me tomó el pelo, pero con una leve hostilidad: ¿qué pasa, tenías miedo de que no volviera más? Le contesté que esos miedos los tenía desde hacía una docena de años y añadí: menos mal que has llegado un poco antes, así me da tiempo a ducharme. Se asombró —con gesto serio— de que tuviese que salir.

—¿Adónde tienes que ir?

—A casa de Gino.

—¿Quién es Gino?

Me inquieté un poco.

—Livia, ¿estás de broma? Te lo dije ayer, es un amigo que está enfermo.

No perdió el gesto serio, tal vez incluso lo acentuó.

—Tienes razón, perdona, lo había olvidado. ¿Cuándo vuelves?

La miré todavía más inquieto. ¿El día anterior me había escuchado distraídamente y ahora de veras no se acordaba? ¿Había eliminado lo que le dije porque la enfermedad y la muerte no cuadraban con su carácter de mujer activa, confiada, intransigente con las quejas? ¿O, como era sensible, no se había creído una excusa tan banal y ahora quería que se la repitiese, a propósito, para percibir mejor su falsedad? Reí:

—Lo estás haciendo adrede, sabes perfectamente que pasaré la noche allí y que volveré por la mañana.

—¿Tienes que quedarte toda la noche por narices?

—Los demás se quedan, yo también me voy a quedar. Y sabes que me cuesta afrontar el sufrimiento, saldré malparado. Además, después me tocará ir corriendo a casa de Claudia, tenemos un buen lío con la producción, trabajaré todo el día.

Si se había ensombrecido porque iba a estar toda la noche junto a la cabecera de Gino, se molestó —lo percibí— aún más porque después me pasaría gran parte del día fuera de casa. Pero era una mujer con la cabeza disciplinada, se recuperó enseguida, dijo: de acuerdo, nos organizaremos. Y estaba a punto de escabullirme para meterme en la ducha cuando exclamó con ese tono anómalo suyo, entre el juego y la agresividad: espera, no te vas de aquí sin ayudarme con el edredón nórdico, hace demasiado frío, esta noche la cama estará helada.

Vacilé un instante, estuve a punto de decir: no, no puedo. Pero después, aunque el tiempo volaba, aunque afuera había oscurecido hacía rato, aunque temía que Claudia llegase a via dei Quattro Venti antes que yo, ni siquiera intenté escurrir el bulto. Desde luego, si uno tiene la formación adecuada, bajar del armario un edredón nórdico para una cama de matrimonio y meterlo en una gran funda de tela no es un problema, un par de minutos y listo. Pero para esas cosas yo no tenía la formación adecuada y embutir el edredón dentro de su funda siempre me hacía perder los nervios. Livia, por su parte, no me iba a la zaga. Pese a haberse aprendido de memoria todos los consejos ofrecidos en internet para culminar la operación con éxito, le costaba más que a mí. Y dado que incluso la señora

que nos ayudaba a mantener limpio el apartamento le había dado a entender que prefería no intentarlo siquiera, el único que podía ayudarla era yo. ¿Qué podía decirle: no tengo tiempo, pasa frío? Contesté: de acuerdo, pero démonos prisa, y desplegamos primorosamente una funda azul sobre la cama, aprovechando que las niñas jugaban con Giulio en su cuarto.

Estudiamos la abertura más bien reducida del saco, intercambiamos opiniones sobre cómo proceder. Yo recordé que la vez anterior —es decir, por lo menos seis meses antes— lo habíamos conseguido doblando el edredón por la mitad antes de meterlo en la funda. Procedimos pues de ese modo, pero cuando traté de empujar el edredón hacia dentro empezaron los líos. Tendía a convertirse en una acumulación de nudos que el saco se negaba a recibir. Livia soltó entonces un bufido de desaliento, según ella nos habíamos equivocado por completo. Dije, nervioso: tengo que irme, Livia, déjalo. Ella parpadeó, entrecerró la boca y quiso introducirse en la funda para comprobar si así lograba arrastrar el edredón tras de sí. Para ello se arrodilló, con los tobillos en el borde de la cama, y la cabeza, los hombros y los brazos debajo de la tela azul; por fuera, la curva de la espalda y las caderas, las nalgas enfundadas en los vaqueros. Me sentí en la obligación de decirle: sal de ahí, que si no las cosas se van a complicar, y para divertirla imité una pasión incontenible. Pero ella me pateó, para de una vez, dijo, se negó a salir, siguió peleándose con el edredón. En ese momento, nuestros hijos irrumpieron en el dormitorio, primero Giulio gateando, después Nilde corriendo y por último Sara a paso desganado.

—¿Qué hacéis? —preguntó Nilde.

—Ponemos la funda del edredón —contestó Livia, con medio cuerpo dentro del saco.

—Os ayudamos —dijo Sara, y Nilde y ella se subieron a la cama con la intención de meterse con su madre dentro de la que no tardaron en llamar la cabaña azul.

Comprendí que ya no lo resolveríamos, eché un vistazo al teléfono para ver la hora y si había mensajes de Claudia, chillé:

—Alerta, alerta, fuera de la cama.

Las niñas se quedaron quietas y enseguida volvieron a ponerse de pie junto a la cama. Livia salió de la funda, despeinada y con la cara roja, y preguntó: ¿por qué gritas alerta?, ¿qué hacemos ahora? No quise explicarme, busqué bajo la tela azul la punta del edredón, estiré los brazos lo más posible y, confiando en que la maniobra resultara, grité dirigiéndome a las niñas y sacudiéndolo todo con fuerza: he aquí el proceloso mar azul que se eleva hacia lo alto del cielo, soplan vientos de tempestad, oh, qué olas, oh, qué manga de agua, ay, ay, ay. Repetí la maniobra y los gritos con creciente furia, con violencia liberadora, sostenido por los chillidos entusiastas y al mismo tiempo aterrados de mis hijas, por la risita insegura de mi mujer. A fuerza de sacudidas, el edredón se desplegó por entero dentro de la funda. Livia nos dijo a mí y a las niñas: basta de gritos, por favor, y cogió en brazos a Giulio, que lloraba de miedo. En ese momento corrí a ducharme, me sequé el pelo a toda prisa, me puse desodorante a raudales, saqué del armario un sobretodo algo más decente que la cazadora habitual y fui a la puerta.

—Adiós —dije.

—Adiós —contestó Livia lanzándome una mirada tibia desde el pasillo.

—Un besito a papá —pedí a las niñas.

Corrieron a besarme en la mejilla, una en un lado, la otra en el otro.

—¿Vas a casa de Claudia? —preguntó Sara.

—No —dije—, voy a ver a un amigo que está muy enfermo.

26

En cuanto salí, bajo un cielo lleno de resplandores sin truenos, me detuve un momento como para comprobar si llovía. No llovía ni me importaba si hubiese llovido, solo intentaba despejar la cabeza. Fuera la pregunta de Sara, fuera la mirada perpleja de Livia, fuera la angustia por el edredón. Me concentré en la velada que tenía por delante: tal vez debía comprar algo de comer, Claudia tendría hambre, yo también.

Entré a paso veloz en una charcutería de allí cerca, compré cinco *arancini* sicilianos y cinco croquetas de patata, y después, por precaución, añadí un poco de pizza, ciento cincuenta gramos de jamón. No entendía nada de vinos, me llevé un tinto bastante caro y confié en que en la casa de Monteverde hubiera un sacacorchos y algunas copas. En cuanto me subí al coche, me arrepentí de no haber comprado algo de verdura, una ración de calabacines marinados o de espinacas. Como eran casi las siete, arranqué y me dispuse a cruzar pacientemente la ciudad, todo un fluir de catadióptricos, un destellar siniestro de luces azules, grandes charcos de agua en los pasos inferiores, calles cenagosas

eternamente en obras. Una moto patinó de pronto y fue a chocar contra un autobús, la muchacha que la conducía salió rodando unos metros y se incorporó con gesto inseguro. Me quedó impregnada una sensación de peligro, qué fácil era romper las cosas, partirse.

Llegué a via dei Quattro Venti poco antes de las ocho. Las llaves del portón se me resistieron, tuve que dejar en el suelo la botella de vino y la bolsa con la comida, e intentarlo una y otra vez hasta que la cerradura dio un chasquido. Por el contrario, resultó fácil abrir la puerta del apartamento, en la tercera planta. Avancé a tientas por la oscuridad helada de la casa, encontré el interruptor, encendí la luz. Sin muchas ganas, traté de familiarizarme con la distribución de esos pocos metros cuadrados: una pequeña cocina a la derecha, en el centro la sala de estar igual de pequeña y a la izquierda el dormitorio, el baño. Todo se veía limpio, bien amueblado, extraño.

Palpé los radiadores, estaban fríos, busqué la caldera, un termostato, nada. Me quité el sobretodo muy a mi pesar. En la cocina encontré, aliviado, las copas y el sacacorchos, y también platos, cubiertos, la jarra para el agua y hasta un mantel. Puse la mesa, distribuí sobre ella lo que había comprado, miré la hora. Claudia se retrasaba, no había mandado ningún mensaje. Sería curioso, pensé, que no viniera. Curioso, pero no sorprendente, incluso más en la línea de la mujer nueva que había ido descubriendo en esos días. La primera no faltaba a ninguna cita, es más, llegaba con antelación; y esta, pues: organiza —dijo—, dime la hora y dónde, ahí estaré; pero nada me aseguraba que realmente fuera a dar señales de vida.

Los zumbidos y chirridos del apartamento me empezaron a molestar. Estaba cansado, notaba un agujero en el estómago

causado tal vez por los nervios de la espera, tal vez por el hambre, tal vez por las dos cosas, y como si perdiera sangre por ese agujero me sentí débil, torpe y, sobre todo, imprudente. Me había metido en una cadena de mentiras inútiles, y todo por qué, eh, por una noche —como dicen— de amor. Pero qué inadecuada resultaba esa expresión: una noche de curiosidad, más bien, hecha de palpitaciones y sexo.

Eché un vistazo al dormitorio y enseguida, preocupado por frío, vi que en la cama solo había una mantita de algodón. Abrí de par en par las puertas de un armarito colocado en la pared de enfrente, estaba vacío. No encontré mantas ni en la sala de estar, ni en la cocina, ni en el baño. Nos moriremos de frío, pensé. O más probablemente me moriré solo yo, de desilusión. Claudia se salvará, son las nueve, a estas alturas ya no vendrá. La constatación me mantuvo un momento en vilo entre la decepción y la sensación de haber escapado a un peligro. Me vino a la cabeza nítidamente esta frase: si no viene, la amaré para siempre. Pero enseguida me sonó excesiva y me apresuré a precisar: como a una hermana.

Me disponía a comer un *arancino* cuando se oyó un trueno ensordecedor, seguido de ráfagas de lluvia; fui a la ventana. El agua caía en cascada con un fragor que amedrentaba, era como si de repente una espesa película se desplegase de un enorme rollo en lo alto del edificio. Me quedaré aquí, encerrado herméticamente, como un pollo en el congelador, me dije, y bajé deprisa las persianas de todas las habitaciones, a pesar de que no había rastros de agua ni en los alféizares ni en el suelo. Lo hice únicamente para que el apartamento pareciera más seguro. ¿Y mi casa? Era vieja y destartalada, pensé en los niños, en Livia. Quizás estaban asustados

por los truenos, por el silbido del viento, por el violento azote de la lluvia, por las vibraciones de la pésima carpintería, que no era ni sólida ni hermética como la de ese apartamento. Miré otra vez el teléfono; sin señales de mi mujer. ¿Llamarla por teléfono, más mentiras, en todo caso fingir que lo hacía desde la habitación contigua a la de Gino moribundo? Lo dejé estar. ¿Y Claudia? Quizás se había quedado en su casa, había desistido. Pero todavía podía encontrarse en camino, retenida en un atasco a saber desde cuándo. Hablar con ella. ¿Y si estaba cenando con Alberto? Tuve la sensación de que todas las habitaciones se habían vuelto más frías, pensé en ponerme el sobretodo. Iba a hacerlo cuando sonó el interfono, un desgarro.

—¿Sí?

—¿Me abres, por favor?

Apreté el pulsador.

27

La vi por el hueco de la escalera, subía andando despacio, encorvada, como si el abrigo jaspeado y la mochilita que llevaba a la espalda fueran especialmente pesados. No me di cuenta del estado en que venía hasta que apareció en el rellano. La mochila chorreaba agua, el abrigo chorreaba agua, a su paso toda ella dejaba una estela de lluvia.

Entró con una sonrisa forzada, palidísima. Estoy calada hasta los huesos, dijo, no me toques, y la sonrisa se convirtió en una mueca

nerviosa, un sonido fatigado de la garganta. Llevaba el pelo pegado a la cabeza, la cara mojada, el maquillaje corrido, y el abrigo parecía un trapo colgado del grifo del fregadero.

Al pensar en cómo debía de haber cuidado su aspecto y verla en cambio en ese estado, me embargó la ternura. Le quité despacio la mochila de la espalda mientras ella me contaba que el taxista, tras haberla tenido una hora y media en un atasco, la había dejado en un número equivocado, por lo que tuvo que caminar un largo trecho bajo la lluvia mientras se transformaba en huracán. Me asusté, decía, no sabía qué hacer, y le brillaban los ojos, y yo, embargado por la emoción, la abracé, la besé, murmurándole en la boca frases inconexas como: pobre pobre pobre tesoro, ven, qué bonita eres, qué pequeñita eres, qué perfume más rico. Después me di cuenta de que recurría al mismo tono, a las mismas palabras que usaba con mis hijas cuando se lastimaban y yo me enternecía por su fragilidad sufriente, y me avergoncé, me callé, mientras ella decía: cuidado, que te vas a mojar tú también, y me apartaba con delicadeza. De hecho, bastó con ese abrazo para que se me humedeciera el jersey, dije: ven, quítate el abrigo. La tomé de la mano como si la casa fuera inmensa y ella pudiera perderse, la llevé a la sala de estar, la ayudé a salir de aquel largo bloque de tela que le pesaba sobre el cuerpo, y ella, entretanto, palpándose el vestido, exclamó desolada: ay, mira cómo estoy, qué desastre, por no hablar de los zapatos, qué rabia, ni rastro de la impresión que quería causarte —soltó una risa nerviosa, se sorbió los mocos—, en cuanto me mojo un poco ya me da dolor de garganta.

De nuevo sentí una fuerte emoción, como una oleada de pena porque ella estuviera apenada. Murmuré: no, ven, estás espléndida,

y de veras me lo parecía. Llevaba un vestido de punto muy corto, oscuro, con mangas largas, medias negras, zapatos rojos de tacón, su tenue perfume se mezclaba con el olor a tela mojada. No pude dejar de atraerla otra vez hacia mí, besarla —quería consolarla, quería que no tuviese dudas sobre cuánto me gustaba—, pero era como si se hubiese duchado con la ropa puesta, noté que al estrecharla entre mis brazos temblaba de frío, murmuró: espera, llevo el pijama en la mochila, me cambio. Se apartó de mí con un *brrr*, abrió la cremallera de la mochila, exclamó: ay, no, está todo mojado, y quería decir que la mochila estaba empapada no solo por fuera sino por dentro, el agua había calado hasta la ropa interior para el día siguiente, también el pijama. Toca, dijo desconsolada, enseñándome la chaqueta color crema del pijama con amplias manchas húmedas. Asentí con un gesto solidario, dije en tono colaborador: desvístete y ponte mi abrigo, está seco. Fui a buscarlo al colgador y, antes de dárselo, saqué de los bolsillos un estuche con regaliz, un paquete de clínex y varias llaves que dejé en el mueble del recibidor. Pero, entretanto, ella debió de imaginarse arrebujada en aquel largo y raído sobretodo masculino y puso una cara aún más abatida, hasta el punto de que procuré borrar de mi voz el menor asomo de broma y murmuré, serio: anda, ven, que te resfrías, con esto estarás todavía más guapa. Naturalmente, no se convenció, pero aceptó enfurruñada el abrigo, me preguntó dónde estaba el baño, se encerró dentro.

La oí despotricar, trajinar, noté su descontento, confié en que entrara pronto en calor y se le pasara el disgusto, la palidez. Pensé en el vino como en un disolvente del malestar, fui a la cocina, descorché la botella, regresé a la puerta del baño con una copa

llena. Quería mostrarme tan servicial como divertido, pero cuando la puerta se abrió y ella me vio, esbozó apenas media sonrisa y dijo: ¿con el estómago vacío, quieres emborracharme? Mi abrigo la hacía delgada, vencida por el exceso de tela, solo le asomaban la cara, el cuello, la punta de los dedos, los pies descalzos. Bebió un sorbo, temblaba, y como se dio cuenta de que yo lanzaba una mirada a su atuendo, dijo con su risita forzada: las bragas y el sujetador también estaban empapados. Después me preguntó: ¿sabes dónde está el secador de pelo? En el baño no lo había encontrado.

El secador de pelo, dónde estaría, busqué por todas partes, en la cocina, en la sala de estar, en el dormitorio, nada. Cuando volví se estaba frotando la cabeza enérgicamente con una toalla, le dije desolado: no hay. Se encogió de hombros, siguió frotándose el pelo y mirándose al espejo con asco. Dijo: de guapa nada, estoy hecha un monstruo, se me ha corrido el maquillaje, de ti no me puedo fiar. Y estornudó —un estornudo que se le rompió dentro—, soltó la toalla, bebió vino de la copa que había dejado en la repisa, se echó una última mirada triste. Ven a comer algo, le dije, y de nuevo la tomé de la mano, una mano pálida.

Descalza, envuelta en mi abrigo, me siguió hasta la cocina. Al ver los *arancini*, las croquetas, la pizza, el jamón, hizo una mueca tal vez decepcionada, pero se me sentó enfrente, se sirvió una croqueta. Yo traté de comer un poco de pizza con el jamón, me serví vino, pero con el revuelo se me había quitado el hambre. La miré, era un ovillo de lana con ojos y pelo oscuros, cada vez más pálida, los labios violeta, los ojos nerviosos. Me justifiqué como si yo tuviera la culpa de que los radiadores no funcionaran, de que no hubiera secador de pelo y —antes de que ella lo descubriera, se lo dije yo— tampoco

una manta gruesa. Exclamó: vamos mejorando, y después, con impostado optimismo: sobreviviremos. Luego añadió, brusca:

—¿Has apagado el teléfono?

—No.

—Apágalo.

—Podrían llamarme.

—¿Livia?

—Los niños.

—Yo lo he apagado, no quiero saber nada de nadie.

Apagué el teléfono, noté su mirada clavada en mí mientras yo pulsaba opciones. La obediencia tal vez le gustó, me acarició una mano, se levantó, tomó otro sorbo de vino. Dijo con alegría, aunque se notaba que no estaba alegre: vamos a la cama, me estoy pelando de frío, o me das calor tú o me muero. Y se me acercó, la besé, busqué debajo del abrigo, descubrí que de verdad había tenido que desnudarse por completo. Cuando estuvo junto a la cama, exclamó: es realmente una mantita de algodón, esperaba que estuvieses de broma. Se me pasó por la cabeza durante un momento el edredón nórdico que había metido en la funda unas horas antes y me dije: está todo mal, en la Batteria Nomentana hay un edredón de cama doble listo y con olor a recién lavado, mientras que aquí, en Monteverde, solo hay una mantita blancuzca con olores y sudores estivales del viejo Carlo. Y en voz alta anuncié: ya me ocupo yo de ti, no soy friolero. Ella negó con la cabeza, contestó: ya no me fío, por ahora me dejo puesto el abrigo. Y mientras se acurrucaba en la cama, bien arropada dentro de la envoltura del sobretodo, me desnudé deprisa, fuera zapatos, fuera calcetines, fuera todo, y me metí en la cama helado.

Enseguida la atraje hacia mí, pero al estrecharla puse cuidado en que mis manos frías se posaran sobre la tela, mientras ella se aferraba a mí castañeteando los dientes y aceptando sin reparo mi propuesta de colocar sus pies de hielo entre mis piernas. Seguimos besándonos, las manos se me calentaron, con cuidado le abrí el abrigo. Acaricié despacio su cuerpo esbelto, me acarició a su vez con las manos gélidas. El deseo de fundirla en mí aumentaba, pero también la frustración por no lograr de veras apoderarme de ella. La dilatada costumbre conyugal era una molestia, mis manos evocaban a Livia por las semejanzas y las diferencias. Quise alejar lo antes posible el cuerpo de mi mujer, nuestros acostumbrados rituales sin ansias, y me volví más exigente, más apremiante, me dejé llevar. Ella dijo: así no —rio, me besó—, así no. Me frenó, me tomó una mano, entrelazó sus dedos con los míos, susurró:

—Despacio, ¿estás enfadado conmigo?

—No. ¿Qué dices? —me apresuré a contestar.

—¿Estás enfadado porque llegué tarde?

—Qué va.

—¿Porque te he pedido que apagaras el teléfono? Si quieres, vuelve a encenderlo, no le tengo manía a Livia, no le tengo manía a tus hijos, soy yo quien se equivoca al estar aquí contigo. Ella podría necesitar tu ayuda.

Murmuré:

—Livia sabe arreglárselas en cualquier situación.

—Yo no.

—¿Qué es lo que va mal?

—Todo.

—Cuéntame.

Susurró un no, apartó un poco la cara de la mía, preguntó:

—¿Me quieres de veras?

—¿Es que no te das cuenta?

—No, y si no estoy segura, no puedo.

—¿Qué es lo que no puedes?

—Estar aquí contigo. Si no tengo la certeza de que me quieres, debo irme.

Reí incómodo.

—¿Con este frío y esta lluvia?

—Sí.

Le pasé los dedos por el pelo corto y húmedo, por la frente, los párpados, los labios. Dije:

—Quizás yo tampoco pueda.

—Tú sabes que te quiero.

—No sé nada. Es un verbo que no dice por qué, cuánto, cuándo.

En realidad, deseaba unas palabras irónicas y, a la vez, cariñosas, un *quizás*, un *muchísimo*, un rápido *desde siempre.* Esperaba una señal para seguir haciendo el amor. Sin embargo, renunciando a su lenguaje explícito, Claudia susurró frases a medias, aludió vagamente a una mala época, dijo: una mala época que comenzó justo antes de la arquitecta Sarcante. Citó a Carlo, me reveló poco a poco que la idea de una mujer arquitecta, capaz de descubrir al culpable analizando la disposición de los espacios, se la había sugerido él; para mí fue una sorpresa, él nunca me lo había mencionado. No se mostró agradecida con el viejo, dijo con brusco sarcasmo: siempre hace lo mismo, es un apuntador, disfruta sugiriendo; le sugiere cosas a Alberto, a Clelia, a cualquiera que se le ponga a tiro —rio nerviosa, con rencor—, te aturde a fuerza de

sugerencias, te trastorna la cabeza. Se acordó de que él había sido el primero en deshacerse en elogios hacia mí, me había oído en un debate sobre un tema de cine, o quizás no. De todos modos —dijo, molesta— no quiero hablar de él, basta, lo echas de aquí y sale por allá, no quiero hablar de nada, solo de ti y de mí. Pero retomó lo de la mala época, la describió en voz baja, siempre mediante alusiones, como si la mala época estuviese allí en el dormitorio y pudiera oírla. Todos, murmuró, quieren que yo haga cosas que no quiero, primero digo que no y luego cedo porque soy tonta y no soporto el desamor, pero después me arrepiento. Así, poco a poco, tú te convertiste en la única cosa que quería yo, solo yo. Qué bonito era verte día tras día, me encantaba que estuvieras en todas las conversaciones, en casa, fuera, en todas partes, en fin, que me enamoré.

Mientras la escuchaba, tuve la excitante sensación de que iba cediendo, era como si aquel balbuceo le hubiese aflojado los tornillos que mantenían su cuerpo bien sujeto y ahora estuviese cayendo sobre mí dulcemente, abriéndose. Tal vez la mala época se terminaba en ese momento, volví a besarla y a acariciarla, murmuré:

—Pero aquí, ahora, estás bien.

—Digamos que me siento menos infeliz. Pero tengo miedo de equivocarme también contigo.

—¿Qué es lo que va mal?

—No me lo estás contando todo.

—¿Yo?

—Sí. Hasta hace unos días parecías la persona más transparente que conocía. Pero desde que me escribiste que me quieres, te has vuelto cada vez más opaco. Te miro y no veo nada, no logro entender siquiera cuándo bromeas y cuándo vas en serio.

—Todos somos un tanto opacos, ¿no?

—Tú el que más, especialmente cuando está tu mujer.

—No es verdad.

—Es así, no sé de quién te escondes más, si de mí o de ella. Lo cierto es que te comportas de una manera en la que, al final, parece que los dos estáis fingiendo.

Dejé caer unos noes, un qué va, un déjate de bromas. Qué suaves y turgentes eran sus pechos, esperaba que las palabras de la polémica se desvanecieran deprisa. Pero se puso seria, me apartó un poco, murmuró:

—Tengo que hacerte una pregunta.

—Dime.

—¿Quién es Tea?

Di un respingo, no con el cuerpo, lo noté solo en la cabeza.

—¿Tea?

—Sí, Tea. Livia la mencionó la otra noche, y ella se hacía la celosa y tú el despistado.

—Nada, una tontería. Bromeaba con la nueva novia de Sarcante.

—¿Y cómo sabe ella lo de la nueva novia de Sarcante?

Reí.

—Claudia, ¿estás celosa? A Tea la inventamos nosotros, no existe.

—Contesta, ¿cómo lo sabe Livia?

Me decidí, dije:

—El sábado pasado, recuerdas que me pediste el nombre que le habíamos puesto a la compañera de la arquitecta, pues yo, por error, se lo mandé a Livia en vez de a ti. De ahí surgió esta historia, el perfume, la amante, etcétera, pero era un juego, nada del otro mundo.

Silencio. Estábamos cara a cara, nuestros labios casi se rozaban, yo había vuelto a acariciarla por debajo del abrigo con las manos ardientes. No podría soportar que me detuviese otra vez. Pero el nudo había llegado a su desenlace y Claudia se disponía a desanudarlo. Murmuró, como si se tratara de una mera constatación:

—O sea que yo nunca recibí ese nombre porque se lo mandaste por error a tu mujer.

—Sí.

—Y a mí, en cambio, me llegó el te quiero.

Vacilé.

—Sí.

Afuera seguía lloviendo, dentro nos congelábamos, estábamos en la cama en esa postura tan extraña, ahora los dos con las manos calientes, los pies hirviendo, demasiado avanzados para echarnos atrás. Me dije que solo debía lograr explicarle con claridad que si seis días antes le había escrito que la quería sin quererla en realidad, ahora podía decirle, boca a boca, que milagrosamente la quería —sí, usaría ese verbo—, aunque en el momento de enviar aquel mensaje no la quisiera en absoluto.

—Así fue —le confirmé—, y olvidé por completo que necesitabas ese nombre. Ya no me importaban nada Sarcante y Tea. Lo importante era que acababa de escribirte te quiero.

—Una mentira.

—El mensaje decía la verdad.

—Si le hubiese llegado a Livia.

—No, no lo creo, no.

Me apresuré a contarle cada impulso de mi mente confusa, pero me di cuenta enseguida de que las cosas no iban bien. Esta vez era yo quien se expresaba con frases truncadas, con palabras pronunciadas a medias, sustituidas de inmediato por otras. Una cosa que era cierta, dije esforzándome por ser claro, pero cayendo en cambio en el acertijo, en pocas horas, en pocos días, se fue haciendo menos cierta; y una cosa que era falsa, en pocas horas, en pocos días, se fue haciendo cada vez más cierta. Le susurré acariciándola, besuqueándola, mordisqueándola, que sospechaba que la quería desde mucho antes de aquel mensaje. Imagínate —murmuré—, me encontraba en tal estado de alteración inconfesable, de deseo reprimido, que casi con seguridad atribuí a Carlo palabras que decían la verdad sobre mí y sobre ti, cuando en realidad fui yo quien las concibió y quiso pronunciarlas. Pero no debí de resultar convincente ni con los hechos ni con las palabras; es más, me pareció que mientras yo hablaba, la inquietud de Claudia iba en aumento. Ironizó: Carlo te lo sugirió pero qué maestro, todo gratis, y me apartó con dulzura. Dijo: espera, así me haces daño. Dijo: ahora tengo calor, perdona. Dijo: me está entrando sueño. Y primero se puso boca arriba con la vista clavada en el techo, después se giró, me dio la espalda.

Esperé en silencio que dijese algo más, intenté acariciarle la cadera, susurré: ¿quieres dormir un rato? Masculló algo, tal vez un leve sí, y a los pocos segundos comenzó a respirar pesadamente. Como si se lo hubiese ordenado un dispositivo electrónico, se quedó dormida.

Viernes

28

Me quedé a su lado, no me atreví a moverme porque no quería despertarla. Me convencí de que diez minutos de sueño la tranquilizarían y luego haríamos el amor durante toda la noche. Pero pasó por lo menos media hora y Claudia no se despertó. Me vi desnudo debajo de la manta de algodón, helándome junto a una mujer que dormía con mi sobretodo puesto. Como el frío iba ganando terreno, me acerqué para robarle algo de calor, le besé la espalda, pero me di cuenta de que besaba el abrigo y paré, me sentí ridículo.

El ridículo, sí, en el amor, en el sexo, tal vez en todas las cosas que nos abruman —públicas y privadas—, es mejor que cualquier medicamento. Esperé un poco más confiando en que mi proximidad, no digo que la inquietara, pero al menos que la despertara. No fue así, de modo que me levanté de la cama con cuidado, recogí mi ropa, me fui a la sala de estar. Allí me vestí, decidí hacer un poco de ruido, subí la persiana. Pero Claudia no dio señales de vida y entonces abrí la ventana. De inmediato entró en la casa una ráfaga de frío húmedo junto con el ruido de un autobús. Ya no llovía.

Volví a cerrar, noté que había recuperado el apetito. Fui a la cocina, comí un *arancino*, bebí un poco de vino. No sabía qué hacer. Encendí el teléfono, miré si había mensajes de Livia; nada, mejor así. Entretanto me invadió una especie de melancolía, sentí que el tiempo se había adelantado como si hubiese recibido un empujón.

Los niños ya eran adultos, Livia se había convertido en una bella anciana muy parecida a Clelia y las horas en el apartamento de Carlo habían quedado muy atrás, formaban parte de un episodio descolorido que había perdido su carácter realista. ¿A qué habíamos quedado reducidos?: figuras mediocremente estilizadas, personas desorientadas encajadas a la fuerza en una trama, Claudia, empapada, subiendo las escaleras, yo esperando.

Me estremecí. Contemplé el rastro de lluvia todavía visible que ella había dejado al entrar y lo seguí hasta el abrigo posado en el brazo del sillón, hasta su ropa abandonada en el suelo, en el baño, por decepción o por rabia. El abrigo estaba en pésimas condiciones, lo colgué en la ducha para que escurriera. Recogí su vestidito de punto, las bragas, el sujetador, el top —prendas costosas, pensadas para resultar excitantes—, y la imaginé mientras las compraba, mientras regresaba a casa y descubría que Alberto no estaba en el trabajo, que quería almorzar con ella. Me la imaginé nerviosa; quizás había escondido deprisa las compras, quizás se había mostrado afectuosa para borrar cualquier posible sospecha. O quizás no, quizás le enseñó con naturalidad las prendas, le dijo cuánto se había gastado, se las probó incluso para que le dijera que le quedaban bien. Y cuando él regresó al trabajo, entonces se preparó minuciosamente para mí. Ah, cómo disfruté inventándome aquella escena, verla mientras se lavaba el pelo bajo la ducha, mientras se lo secaba para que le quedase suave como el peluquero no había conseguido dejárselo, mientras se miraba al espejo en bragas y sujetador transparentes y después se ponía las medias, y después el vestido corto de punto, y se maquillaba con mimo —un ojo, luego el otro—, y elegía unos pendientes para complementar los piercings.

Quién sabe qué habían dicho Clelia y Abi al verla. La profesora seguramente había ironizado con tono benévolo —me gustaba cada vez más aquella vieja señora, me alegraba que me considerase un muchacho bueno y triste, esperaba ser realmente así—, pero Claudia, tal vez a causa de esa mala época suya de la que no conseguía salir, había percibido la ironía como una señal de peligro. O tal vez no, y nuera y suegra estaban en perfecta armonía, Clelia conocía a fondo los motivos del descontento de aquella mujer que dormía con mi abrigo —yo no, y ahora eso me asustaba un poco—, por eso la había elogiado, animándola, anda, aléjate de mi hijo y de ese viejo asqueroso de Carlo, trabajas mucho, los productores, los plazos de entrega, no te hace bien estar siempre encerrada en casa, distráete.

Nada era seguro, en definitiva, me dejé llevar cada vez más por los *quizás*. Quizás Abi resultara más fácil de perfilar, bastaba con pensar en mis niñas, en cómo miraban embelesadas a Livia cuando se maquillaba, se vestía, salía de casa y desaparecía en el mundo. Pero me vino a la cabeza que, al contrario de Abigail, para Sara y Nilde el ponerse guapa de su madre era la norma. Livia siempre iba a la universidad como a una fiesta, y hasta el pequeño Giulio se habría sorprendido si ella hubiese salido de casa sin antes haberse lavado el pelo, sin maquillaje, con un traje vulgar, un viejo abrigo deformado. Por no hablar de mí. Habría pensado: qué le ocurre, se encuentra mal, está triste, se ha enamorado y no la corresponden, se ha enamorado y el amor se acabó, la han abandonado. Basta con un pequeño descarrilamiento de las vías habituales y salta la alarma. Y hoy una alarma, mañana otra, se acaba perdiendo la cabeza. Vi otra vez, por unos segundos, a mi vieja amante de hacía casi veinte

años, la única mujer a la que de verdad quise y a la que de verdad detesté, la primera en enseñarme que los diversos ingredientes de nuestros mundos miserables vienen envueltos en una lámina, y que la lámina es finísima, se rompe fácilmente. Su marido, el profesor de latín, mató a los hijos tras verla saltar por la ventana. Quizás, si hubiese logrado impedirle aquel salto, no lo habría hecho. O quizás lo habría hecho de todos modos, porque él no la perseguía para impedir que se matara sino para matarla y correr después a prohibir para siempre a los niños, dos varones, que se parecieran a él.

Ay, esas dos criaturas expectantes, aterradas por los alaridos del padre, por los gritos de la madre: la vida de los niños está llena de ansias y terrores. Qué percibía Abi de Alberto, qué de la mala época por la que Claudia decía estar pasando. Y mis propias hijas qué sabían realmente de Livia y, sobre todo, de mi perfil de hombre corriente, siempre acomodaticio, siempre maleable, con un tono sin altibajos ni sobresaltos. Quién era yo para ellas. A qué riesgos las estaba exponiendo en los últimos días, a qué riesgos estábamos Claudia y yo exponiendo a Abigail al movernos por aquel terreno minado, Claudia que ahora se escondía en el sueño, yo que dejaba pasar el tiempo esperando que se despertara, y en derredor fantasmas que llegaban desde negras profundidades, gemidos de placer y de horror, muecas de suficiencia y, al acecho, la desesperación, las posibles reacciones por exceso, violencias, tormentas de fuego, la sangre.

Todo lo posible se encontraba concentrado, ahora, en aquel espacio provisional que Carlo nos había ofrecido. De él siempre me había seducido la combinación de finísima sensibilidad y distante ironía. Tenía, pensándolo bien, la intangibilidad de quien permanece

ajeno pese a estar dotado de una omnisciencia divina gracias a la cual ofrecía a los demás soluciones y salidas. Y poco importaba si las soluciones eran falsas, y las salidas, ciegas: lo esencial, para él, era la alegría de poner en marcha un mecanismo y ver si funcionaba. Me acordé de la palabra que había utilizado Claudia con inesperado sarcasmo: Carlo es un *apuntador*. Pensé: en este momento me haría falta justo alguien que me hiciera una sugerencia. ¿Qué hago, Carlo, vuelvo a la cama y me duermo junto a ella, o la despierto, la cubro otra vez de besos y, por fin, hacemos el amor? Qué desperdicio este cuerpo de mujer agitado por los sueños y las pesadillas, hemos perdido el tiempo, qué hora es.

Miré el teléfono, era poco más de medianoche. Regresé al dormitorio, Claudia estaba despierta bajo la manta blanca, tenía las manos detrás de la nuca, los brazos y los hombros dentro de mi abrigo, miraba el techo. Preguntó hostil, sin mirarme:

—¿Todavía sigues aquí?

—Has dormido mucho.

—Antes de salir me tomé un calmante.

—¿Te sientes mejor ahora?

—No.

Me acerqué a la cama, le rocé los pies con los dedos, eran dos pequeños promontorios bajo la nieve del algodón. Pregunté con la voz un tanto ronca:

—¿Puedo volver a tu lado?

—No.

—¿Qué quieres que haga entonces?

—Vuelve al lado de Livia y los niños y déjame las llaves.

Adopté un tono fingidamente divertido:

—Tengo que devolverlas.

—Ya las devolveré yo.

—No sabes a quién.

—Lo sé; a Carlo, lógicamente.

Callé, no sabía qué hacer, después murmuré:

—Me pidió que no te lo dijese.

—Claro. No para de hacer y de contar cosas que después te pide que no cuentes.

—Deja que me ponga a tu lado, por favor.

—El momento ha pasado.

—¿No quieres volver a verme?

—No, nunca más.

—¿Y el trabajo?

—Para eso está el correo electrónico, y cuando acabe esta tontería de Sarcante, nos resultará más fácil prescindir el uno del otro.

—Habías dicho que debíamos terminar esta historia de común acuerdo.

—¿No lo estamos haciendo?

—Yo no quiero.

—Lo quieres desde que empezó.

Vacilé, después dije casi en un susurro:

—Te quiero.

Rio maliciosa:

—Para escribir guiones sales del paso, pero para lo demás usas las palabras sin ton ni son.

—¿Se lo contarás todo a Alberto?

—No hace falta, ya se encargará Carlo.

—¿Y qué va a pasar?

—A ti nada. A ti te quieren, quieren a tu familia, la quieren —rio de nuevo—, sobre todo a Livia.

Sentí que el miedo iba en aumento, no sabía cómo contenerlo.

—Piénsalo —dije deprisa echando mano del repertorio de frases manidas—, lo que no se cuenta nunca ha ocurrido.

—Es la fórmula más querida de los mentirosos. Lo que no se cuenta, querido mío, nos infecta y nos envenena. Vete.

Dije débilmente:

—No.

Entonces se puso a chillar. Su voz aumentó gradualmente de volumen; de pálida pasó a ponerse roja, con los ojos grandes y brillantes:

—Vete, vete, vete, que te vayas te he dicho.

Salí del dormitorio, cogí las llaves del coche, las de mi casa, el regaliz, el paquete de pañuelos, y cerré despacio la puerta a mi espalda sin pensar ni por un momento en que me devolviese el abrigo.

29

En cuanto estuve en la calle me sorprendí al comprobar que en el pequeño apartamento había tenido más frío que el que sentía fuera. Las rejas de las alcantarillas estaban taponadas de hojas muertas, alrededor de ellas se ensanchaban unos pequeños lagos que los coches pisaban al pasar, lanzando largas esquirlas de agua. A pesar de la hora, no sería fácil regresar a casa, lo deduje por los lamentos

de los camiones de bomberos y las ambulancias. Pero no me preocupé, necesitaba tiempo para poner en orden las ideas y encontrar una excusa con la que explicar mi reaparición en plena noche y sin abrigo. En especial, necesitaba una pausa para alejarme lo más posible de la boca, de las manos, de todo el cuerpo, el cuerpo de Claudia.

Bastaron unos pocos pasos en dirección al coche para arrepentirme de haberla obedecido. Que ella me hubiese echado no implicaba necesariamente que yo me marchara de verdad. Debí tener más paciencia, calmarla con palabras, caricias y besos, entusiasmarme con el corte de pelo que, como un estúpido —me daba cuenta en ese momento—, pasé por alto y no le elogié, confirmar de mil maneras que, en un lapso de tiempo muy breve, de un error había surgido una verdad que ni yo conocía. La aceptación habría llegado poco a poco, yo sabía cómo hacerlo.

Pero me asusté. Apareció por sorpresa una tercera Claudia: no era la mujer eficiente y rigurosa, benévola y exigente, con la que había trabajado durante dos años, y tampoco la mujer de cuarenta años, áspera, desencantada, y sin embargo enamorada con la que creí poder encerrarme durante una noche en el apartamento de Carlo. A aquella nueva figura que se había despertado allí, en la cama, la turbaban tanto como a mí sus vergüenzas secretas. Reconocí enseguida un dolor que venía de lejos, causado por vete a saber quién, por vete a saber cuántos. Y de esas personas, de sus peticiones, de cómo la habían doblegado, no sabía ni iba a saber nunca nada. Por eso me sentí incapaz —qué decir en mi defensa, qué replicar a ese *vete*— y salí corriendo. Desde luego, al día siguiente o al otro, Clelia podría contarme lo peor de Carlo; y Carlo,

a su vez, podría garabatear frases pésimas sobre Clelia y su nuera; y Alberto, yo qué sé, me revelaría las penosas debilidades de Claudia. Pero de qué servía sumar un chismorreo a otro: los demás siempre permanecen en la sombra, y al final, entre unos y otros, solo conocemos las habladurías. Lo único sensato que puedes hacer —me dije mientras seguía avanzando mecánicamente hacia el coche—, sí, es dar la vuelta, tocar el timbre del interfono hasta que te abra, aceptar sus gritos y los insultos, no dejarla allí sola, con ese frío, la ropa mojada, la comida estropeándose en la cocina, la certeza de no ser amada por nadie, nadie, nadie, ni siquiera por ti.

Pero se impuso el miedo. Llegué al coche, vacilé, arranqué, vacilé, dejé a mis espaldas via dei Quattro Venti y bajé hacia el Tíber. Calles inundadas, tráfico interrumpido, desvíos fastidiosos en la noche.

Tampoco por la Nomentana las cosas fueron sobre ruedas. Sombras rojizas y azules me indicaron el camino a la derecha, se había caído un árbol, había que doblar a la altura de via Carlo Fea, regresar subiendo por viale Ventuno Aprile. En ese punto me arrimé a la acera, llamé a Claudia. El teléfono sonó mucho rato, no contestó. Le escribí un mensaje en el que le decía que teníamos que hablar, no había entendido mucho de sus líos, por qué le tenía tanta manía a Carlo, cómo se encontraba su relación con Alberto, qué reproches les hacía a los dos. Tengo que saberlo —concluí—, si no, no sabré cómo ayudarte, la desesperación sin remedio me aterra. Después mandé el mensaje, arranqué de nuevo, era el momento de regresar a la zona vigilada por mi mujer.

Cuando estuve debajo de casa busqué aparcamiento, a duras penas encontré uno. Eran las dos, debía improvisar una excusa para Livia: yo qué sé, que Gino se había alterado mucho y que sus

amigos decidimos dejarlo descansar; o que su situación se había agravado de repente y, en aquella noche de tormenta, una ambulancia lo había trasladado al hospital. Estuve incluso dispuesto a decir que se había muerto, y que era tal mi dolor que me había dejado el abrigo en su casa. Pero ya era irrelevante que Livia me creyera, las posibles consecuencias de la velada eran mucho más terribles que las de una mentira mal concebida. Mientras subía en el ascensor, miré el teléfono: Claudia no había contestado. Abrí la puerta con cuidado, la cerré con cuidado.

Avancé a oscuras. Era mi casa, la conocía bien, y aunque los niños dejaban juguetes por todas partes, en cuanto se quedaban dormidos mi mujer siempre lo ordenaba todo, no había peligro de que tropezara con algo y los despertase. Pero la oscuridad me asustó, me dije: ¿y si ya no fuera la casa que conozco? En ese preciso momento choqué contra algo que retrocedió como si estuviera vivo y se hubiese asustado a su vez. Por el mero contacto reconocí el triciclo de Nilde, lo busqué a tientas, lo llevé a la cocina. Allí encendí la luz y, por suerte, encontré todo en orden. Ni una filtración de agua en la pésima carpintería, el lavavajillas había acabado el ciclo, sobre todo me di cuenta de que la casa estaba caldeada, por fin debían de haber encendido la calefacción. No te preocupes, me dije, si Claudia no contesta, mañana por la mañana llamas a Clelia; ella conoce la vida —su fórmula mágica es *me lo pasé en grande*—, te tiene cariño, hará lo posible por darle un orden aceptable a tus imprudencias; y todo volverá a empezar: el trabajo, los paseos, las cenas, la amistad entre Abi y Sara, un poco de vida social para pavonearse de vez en cuando; quizás, cuando las cosas hayan

vuelto a su sitio, Claudia y tú encontraréis incluso una manera menos arriesgada de daros un poco de placer.

Entretanto oí que me llamaban. Era Nilde, el golpe con el triciclo debió de despertarla. Apagué la luz de la cocina, encendí la del pasillo por miedo a que hubiese más juguetes desperdigados, fui al dormitorio de los niños. En la penumbra encontré a mi hija sentada en medio de la cama, restregándose los ojos.

—Duérmete —dije.

Murmuró soñolienta:

—¿Ha vuelto el sol?

—No.

—Tengo que decirte una cosa.

—Dime.

—Giulio se ha caído de la trona.

—Ah, ¿se ha hecho daño?

—Ha llorado.

—¿Y le ha salido sangre?

—Poquita, pero yo lo he curado.

—Así me gusta.

—Papá.

—Dime.

—Me he hecho pis en la cama.

—¿Otra vez?

—Sí.

Lo comprobé, el pijama estaba seco, la cama también.

—¿Has llamado a mamá?

—Mamá no está, a lo mejor ha bajado al sótano.

—A lo mejor —dije. Hice que se tumbara. Le di un beso en la frente y murmuré—: Duerme un buen rato.

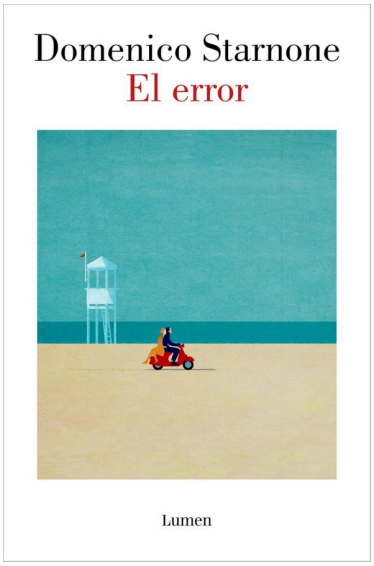
Se durmió enseguida. Comprobé una vez más, inútilmente, el teléfono y dejé encendida la luz del pasillo. Me fui para el dormitorio.

¿QUÉ SUCEDE CUANDO UN «TE AMO» ACABA EN EL CHAT EQUIVOCADO?

La nueva novela del «mejor escritor vivo de Italia» (Jhumpa Lahiri), ganador del Premio Strega y traducido en 32 países

«Una exploración del deseo contemporáneo».
Il Libraio

«Un auténtico cirujano de los pensamientos y tormentos que se agitan en la mente de los hombres».
La Repubblica Napoli



¿Sabemos realmente lo que deseamos? ¿Y cuán peligrosos son nuestros anhelos? Un mensaje de amor enviado a la destinataria equivocada origina una historia irresistible que nunca abandona del todo su tono irónico y que, sin embargo, empuja al protagonista a un enredo con consecuencias cada vez más inquietantes. El error inicial, aunque fortuito, quiebra los límites de lo cotidiano. Y en pocos días, un marido irreprochable, padre leal de tres hijos pequeños, comienza a cambiar la mirada distraída que siempre ha dedicado a la que hasta ayer era solo una compañera de trabajo. El deseo cobra forma y exige verse realizado.

Domenico Starnone, «el mejor escritor vivo de Italia» (Jhumpa Lahiri), añade una nueva pieza a su exploración de la fragilidad de la pareja, lugar de deleites y sufrimientos: una síntesis de los desastres de los que es capaz el género humano.

La crítica ha dicho:

«Con esta novela Starnone vuelve a sorprender y se confirma como el mejor escritor italiano contemporáneo y como uno de los pocos que ha llevado adelante su discurso poético, obra tras obra».
Teresa Ciabatti, *Corriere della Sera*

«Un relato que se lee aguantando la respiración [...], consigue que el lector sienta como propias la ansiedad, la inquietud [...] y la desesperación de los personajes que inventa, recreándolos como si fueran aún más reales que los [...] que habitan la realidad».
Marina Valensise, *Il Messaggero*

«Un auténtico cirujano de los pensamientos y tormentos que se agitan en la mente de los hombres. […] Con un ritmo que va aumentando hasta volverse claustrofóbico, Starnone ha escrito una novela sobre las tentaciones y los secretos inconfesables, revelando cómo las pequeñas sacudidas pueden alterar las conciencias y las certezas».
Pier Luigi Razzano, *La Repubblica Napoli*

«Un libro prácticamente perfecto y brillante, a la altura de los mejores de Starnone, cuyo diagnóstico sobre el deseo es el único posible: que es absolutamente inexplicable, y por ello debe narrarse».
Nicola H. Cosentino, *La Lettura*

«Indaga en lo más profundo del alma humana, sobre todo de la masculina, para delinear las ansias incontrolables con las que el deseo intenta establecer su dominio a pesar de cualquier posible

mediación racional. […] Starnone ha detallado […] el eros, la violencia, la ternura, los celos y las pasiones».
Generoso Picone, *Il Mattino*

«Domenico Starnone ha construido una novela viva, palpitante, en la que el deseo de pasar página va de la mano del sobresalto, sostenido sobre dos palabras universales, [...] las más deseadas, las más feroces. Las palabras equivocadas: te quiero».
Annalena Benini, *Il Foglio*

Domenico Starnone nació en Nápoles en 1943 y en la actualidad vive en Roma. Colabora con distintos medios, entre ellos *L'Unità*, *La Repubblica* y el *Corriere della Sera*. En su faceta de escritor es ampliamente conocido por las novelas *Via Gemito*, con la que ganó en 2001 el Premio Strega y fue candidato al Premio Booker en 2024; *Labilità* (Premio Castiglioncello); *Prima esecuzione*; *Spavento* (Premio Comisso); *Autobiografia erotica di Aristide Gambía*, así como por la «trilogía sentimental», con la que Lumen inició la publicación de su obra, y que está compuesta por *Ataduras* (2018, Premio The Bridge), llevada con gran éxito al teatro y al cine (con el título *Lazos* y con la dirección de Daniele Luchetti), y traducida en treinta y dos países, *El juego* (2020, finalista del National Book Award) y *Confidencia* (2022), a las que siguieron *Vida mortal e inmortal de la niña de Milán* (2023) y *El viejo en el mar* (2024), uno de los mejores libros del año según *The New Yorker*. *El error* (2026) es su última novela.

Titulo original: *Destinazione errata*

Primera edición: octubre de 2026

© 2025, Giulio Einaudi editores S. p. A., Turín
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Celia Filipetto Isicato, por la traducción

Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione Internazionale italiano

Este libro ha sido traducido gracias a una subvención del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Cooperación Internacional italiano

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Beppe Giacobbe

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-3394-7

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: LumenEdit
Twitter: @LumenEdit
Instagram: @LumenEdit
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

El error

Sábado

Domingo

Lunes

Martes

Miércoles

Jueves

Viernes

Sobre este libro

Sobre Domenico Starnone

Créditos